



Anne McAllister

Una noche para el recuerdo

Anne McAllister

Una noche para el recuerdo

Argumento:

Los placeres sencillos a veces se complicaban Nicholas Savas era alto, moreno y demasiado guapo como para poder confiar en él. Para proteger a su alocada hermana pequeña de su magnetismo sexual, Edie se interpuso y fue ella quien cayó en sus redes. A Nick le fascinó la desafiante y hermosa Edie, todo un reto y una tentación a la que conseguiría arrastrar desde el salón de baile hasta su dormitorio. Pero una noche con Edie Tremayne no fue suficiente. Ni una, ni cien.

Capítulo 1

POR SU aspecto, Edie pensó que Don Alto, Moreno y Espectacularmente Guapo, que dedicaba una seductora sonrisa a su preciosa hermana, Rhiannon, debería haber llevado en la frente escrita con mayúsculas la palabra «PELIGROSO».

El tipo de peligro del que le correspondía a ella salvarla. Así que Edie se quedó observándolos, apoyada en un pilar del salón de baile del castillo Mont Chamion, mientras a su alrededor se celebraba la boda de Su Alteza Real la princesa Adriana con su atractivo novio, el conocido actor y director Demetrios Savas. La orquesta tocaba y las parejas bailaban en la pista. Pero en lugar de bailar, Rhiannon permanecía junto al hombre, hablándole desde tan cerca que casi se tocaban.

¿Era mucho pedir que Don Peligroso se limitara a corresponder a su sonrisa y a su coqueto parpadeo con una sonrisa amable, y que pasara de largo? Era evidente que estaba fuera de la liga de Rhiannon. Su hermana podía ser bonita y coqueta, pero aquel hombre debía de pasar de los treinta y era demasiado hombre para Rhiannon, que acababa de cumplir veinte… y que no era precisamente madura para su edad.

Edie vio a su hermana posar la mano sobre el brazo de él, y mirarlo con admiración. Edie reconocía aquella expresión: o estaba verdaderamente interesada en lo que él decía, o Ree estaba haciendo lo que se le daba mejor: actuar. En cualquier caso, Edie sabía que tendría que intervenir.

Las parejas de baile le bloqueaban la visión por un momento, pero cuando volvió a verlos, el hombre miraba con gesto divertido a su hermana. Al sonreír se le formaba un hoyuelo en la mejilla, que Ree acarició con un dedo.

Edie contuvo un gemido, notó un codo en la espalda y se volvió esperando una disculpa. Pero encontró a su madre con gesto alarmado.

–¡Haz algo! –musitó Mona Tremayne. Y se volvió para tomar del brazo al productor danés, Rollo Mikkelsen y dedicarle una de sus cegadoras sonrisas de antiguo sex symbol del celuloide.

Edie pensó que era una suerte que Rhiannon todavía no hubiese alcanzado

el nivel de perfección que tenía la madre de ambas en el arte de la seducción. Cesó la música y Edie creyó oír una risa ahogada de su hermana, a la que se unió la de una profunda voz de barítono.

Mona también debió de oírla, porque se volvió y lanzó una mirada de irritación en su dirección antes de volverla a Edie con preocupada complicidad. Así que Edie apretó los dientes, consciente de su deber:

–Está bien. Allá voy.

Como mánager de su madre y de su hermana, Edie era responsable de sus carreras profesionales. Se ocupaba de la administración de sus finanzas, organizar su agenda, estudiar las ofertas que recibían, los contratos y la multitud de peticiones que recibían una de las más famosas actrices de cine, y su preciosa hija de prometedora carrera.

Pero de todo eso, lo único que Edie odiaba era tener que intervenir cuando su hermana hacía alguna tontería. A lo largo de los años, Mona había aprendido a cuidar de sí misma. Y si cometía errores, se ocupaba de rectificarlos.

Rhiannon, por contraste, era joven y vulnerable, emocional y temperamental. También era amable y cariñosa. Lo que la convertía en una bomba de relojería.

Conseguir que Rhiannon estuviera lo bastante ocupada y con constantes proyectos profesionales era la mejor manera de asegurarse de que no cometía alguna locura.

Normalmente Edie se ocupaba de ello organizando su calendario, para lo que no necesitaba moverse de California. Pero dos días antes su madre había llamado desde Mont Chamion diciendo: «Haz las maletas ». Y cuando su madre hablaba en ese tono, sabía que no valía la pena discutir. Mona tenía un sexto sentido para intuir cuándo Rhiannon podía meterse en un lío, y siempre era mejor actuar con prontitud. Así que Edie había tomado el primer vuelo para intentar apagar el fuego antes de que prendiera.

Pero no había contado con asistir a la boda. «¿Por qué no?», Mona insistió. «Claro que vas a venir. Y a la recepción. Cualquiera sabe qué puede hacer Rhiannon, sobre todo ahora que Andrew se ha marchado».

El encantador Andrew, el paciente Andrew para Edie, era el prometido de Rhiannon. Era su primer amor y el hombre perfecto para Rhiannon. Cuando

pasaban una buena racha, la vida de Edie era relativamente tranquila.

Pero tras una pelea de enamorados, Andrew se había marchado el día anterior. Y Mona tenía razón, Rhiannon era impredecible cuando se sentía rechazada y dolida.

Aun así, Edie había protestado por tener que ir a la boda.

«Claro que vas a venir», dijo Mona con firmeza por la tarde, a la vez que se ponía el vestido para la boda e indicaba a Edie que se lo abrochara.

Se trataba de un vestido de un profundo azul que enfatizaba el color de sus ojos, con un escote en forma de uve en la espalda.

«No estoy invitada», dijo Edie, obedeciendo.

«Tonterías», Mora la miró a través del espejo. «Eres mi invitada».

«Oliver es tu acompañante».

Sir Oliver Choate, actor inglés y el más reciente coprotagonista de Mona, había volado desde España el día anterior expresamente para escoltarla a la boda.

«Además», dijo Mona con impaciencia, «puede que conozcas a alguien».

Edie apretó los dientes. No soportaba a Mona cuando intentaba hacer de celestina. Suspiró profundamente.

«No tengo ningún interés en conocer a nadie, mamá».

«No me llames mamá en público», la reprendió Mona. «¡Vas a cumplir treinta años!».

Edie rio y sacudió la cabeza.

«No estamos en público. Además, todo el mundo sabe la edad que tienes y ya no te ofrecen papeles de joven inocente».

Mona suspiró.

«Prefiero no pensar en ello», se ahuecó el cabello castaño. «Y es hora de que vuelvas a estar disponible ».

Con eso quería decir a que debía salir con alguien. Retomar su vida social. Superar la pérdida de Ben. Pero Edie no quería superarla. Su marido había sido lo mejor que le había pasado en toda su vida. Y por mucho que hubieran pasado dos años y medio, para ella el tiempo no significaba nada.

«Yo lo logré», apuntó Mona, y no por primera vez.

«Y ya ves cómo te ha ido», dijo Edie con aspereza.

El padre de Edie, Joe, había muerto al caer de un caballo, cuando Edie tenía cinco años. Era el verdadero amor de Mona, quien se había pasado los siguientes veinte años intentando reemplazarlo por una serie de sustitutos que se habían convertido en padrastros de Edie.

«Tengo unos hijos maravillosos», dijo Mona, mirándola retadoramente en el espejo.

Eso era verdad. Edie no tenía queja de sus hermanos y hermanas pequeñas. De hecho Rhiannon, Grace, Ruud y Dirk eran lo mejor que tenía en la vida, la familia que no había podido formar con Ben.

«Eso es verdad», accedió Edie con solemnidad.

«Y una de ellas te necesita», había dicho Mona a modo de chantaje emocional. «¡Quién sabe qué sucedería si Andrew rompiera el compromiso!».

«¿Crees que sería capaz?». Edie pensaba que Andrew adoraba a su hermana, pero también entendía que su paciencia tuviera un límite.

Andrew Chalmers tenía veintitrés años, era medallista olímpico de natación, monísimo y absolutamente encantador. El pobre amaba a Rhiannon desde el colegio. Él la equilibraba, sacaba el lado más dulce y más sensato de ella.

Un mes atrás, Andrew le había pedido que se casara con él y Rhiannon lo había aceptado sin titubear. Iban a casarse el verano siguiente y Rhiannon se había volcado en organizar la boda. Al menos, hasta la pelea del día anterior.

No había sido precisamente discreta. Allí mismo, en medio de una de las salas más elegantes de Mont Chamion, Rhiannon se había puesto furiosa cuando Andrew le dijo que tenía que ir a una competición de natación en Vancouver.

«¿Y yo?», gimió Rhiannon. «¡Tienes que llevarme a la boda!».

«No voy a poder», había contestado Andrew con calma. «Ya lo sabías, Ree. Te lo dije la semana pasada cuando te empeñaste en que viniera. Te advertí que tendría que irme el viernes».

«¡Pero quiero que estés conmigo!».

«Puedes acompañarme», le recordó él.

Pero Rhiannon no había querido perderse la boda, y había estado convencida de que manejaría a Andrew a su antojo. Pero Andrew tenía más personalidad que todo eso. Y ni los llantos ni las amenazas le habían hecho cambiar de idea. Al día siguiente voló a París y de allí a Vancouver. Edie se había alegrado enormemente de que no se sometiera a los antojos de Rhiannon, pero por otro lado le preocupaba que, desde su marcha, Rhiannon se hubiera comportado como el personaje de un gran drama.

«Seguro que hace algo», predijo Mona. «Y tú lo sabes tan bien como yo. Va a destrozar su vida».

Con eso Mona quería decir que podía cometer cualquier locura con un hombre tan solo por vengarse de Andrew. Y eso se convertía en el problema de Edie.

Rhiannon era una de las mujeres más hermosas que Hollywood había visto en mucho tiempo. Era una Marilyn joven, una Betty Boo en carne y hueso, y podía coquetear con quien se lo propusiera.

Así que allí estaba ella, acechando desde el borde del salón de baile, envuelta en un brillante vestido malva que a Rhiannon le quedaba espectacularmente, pero que hacía que su cabello castaño resultara opaco y que resaltaba sus pecas. Pero lo peor era que los zapatos de su hermana le quedaban extremadamente pequeños. Se sentía atrapada en una mala versión de Cenicienta, sin hada madrina y con don Peligroso en lugar de Príncipe Azul.

Mientras miraba, Rhiannon se aproximó aún más a él, entrelazó el brazo con el suyo y le pasó la palma de la otra mano sensualmente por la solapa del esmoquin con un risita provocadora, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y dejaba flotar su cabello, que brilló bajo los reflejos de la araña de cristal.

Edie contuvo el aliento. Pronto estaría jugueteando con su corbata, como si fuera a desnudarlo. Mona tenía razón: el desastre era inminente. Apretando los dientes para ignorar las ampollas que se le estaban formando en los talones, Edie

se separó de la columna y fue hacia su hermana.

–¡Por fin te encuentro! –dijo animadamente con una sonrisa forzada.

Rhiannon se volvió, molesta por ver su coqueteo interrumpido.

–¿Qué quieres? –dijo con impaciencia.

Don Peligroso arqueó las cejas. Edie le sonrió, pero se dirigió a su hermana.

–He recibido un mensaje de Andrew –dijo, lo que era verdad.

A Rhiannon se le iluminó el rostro, pero en cuanto recordó que estaba enfadado con él, frunció el ceño.

–¿Por qué te escribe a ti? –preguntó en tono acusador.

–Ni idea –Edie se encogió de hombros–. ¿Quizá porque tienes apagado el teléfono?

–No quería hablar con él –dijo, haciendo un mohín.

–Pues él contigo sí. Y por lo que se ve, desesperadamente –exageraba un poco, aunque era cierto que el mensaje decía: *Dile a tu hermana que encienda el teléfono. Necesito hablar con ella.* Luego se volvió al hombre con quien hablaba y añadió–: Andrew es su prometido.

Él soltó a Rhiannon, retirando el brazo delicadamente y dando un paso a un lado.

–¿Estás prometida? –preguntó a Rhiannon.

Ree se encogió de hombros, enfurruñada.

–No está aquí –dijo. Y luego tuvo la decencia de mostrarse un poco disgustada–. Nos hemos peleado.

Don Peligroso no dijo nada, y Edie continuó:

–Se ve que durante estas horas ha tenido tiempo de reflexionar. Seguro que no pretendía hacerte daño, Ree. Seguro que te está echando de menos desesperadamente.

–¿Tú crees? –preguntó Ree, esperanzada.

Edie asintió con vehemencia.

–Llámalo.

Rhiannon titubeó, miró al apuesto hombre que tenía a su lado y luego recorrió el salón con la mirada como si calculara qué podía perderse si se ausentaba.

–Si se hubiera quedado, ahora estaríamos bailando –dijo, enfurruñada.

–Te dijo que lo acompañaras. A veces hay que ceder.

Tenía una competición –le recordó Edie.

–¡Pero me habría perdido la boda!

–Pero estarías con él –Edie hizo una pausa para darle tiempo a reflexionar. Luego añadió como sin darle importancia–: Si le llamas, puedes decirle que sir Oliver os ha ofrecido su castillo en Escocia para vuestra luna de miel.

Aquella era la mayor tentación posible. Desde que Oliver había hecho la oferta, Rhiannon no hablaba de otra cosa, cuando no protestaba por la partida de Andrew.

–Vale, lo llamaré –dijo Rhiannon, cayendo en la trampa–. Ya que me ha llamado… –tras suspirar, miró a Don Peligroso–. Me adora, y yo a él, aunque me saque de quicio. Así que será mejor que le llame –y con un gesto de resignación, añadió–: Me habría encantado ver la renovación de tu dormitorio.

–Y a mí habértela enseñado –dijo él, galantemente.

Edie los miró atónita aunque intentó disimular. Rhiannon se despidió con un ademán y salió con paso saltarín hacia el vestíbulo. Edie la observó marchar hasta que la perdió de vista. Entonces se volvió para irse, pero descubrió que el hombre clavaba la mirada en ella y que ¡le guiñaba un ojo!

Edie sintió una sacudida eléctrica en el corazón, como si hubiera sido devuelta a la vida… Como La Bella Durmiente gracias al beso del príncipe. Y aunque la ida le produjo risa, la sensación la tomó tan por sorpresa que se quedó muda. No había sentido nada igual desde Ben.

–¿Renovaciones en tu dormitorio? –preguntó con sarcasmo.

Don Peligroso se limitó a sonreír, y Edie sintió una nueva sacudida.

–Te juro que no había ninguna intención velada –dijo él con un brillo risueño en sus ojos–. Si quieres, te las puedo enseñar a ti –añadió, ofreciéndole el brazo.

Edie cruzó los suyos sobre el pecho.

–¡No digas tonterías! ¡No pienso ir a tu dormitorio, y Rhiannon tampoco lo habría hecho! –mintió, más por que necesitaba volver a centrar la atención en su hermana que por defenderla–. Adora a Andrew. No intentaba seducirte en serio –concluyó con firmeza.

–¿No? Se ve que no has oído la conversación.

Edie se ruborizó.

–Ella no se habría…

–¿Acostado conmigo? –el hombre rio abiertamente–. ¿Eso crees?

–¡No! –o al menos Edie confiaba en estar en lo cierto.

–No te preocupes. De todas formas, yo no me habría acostado con ella.

Edie abrió los ojos desorbitadamente al tiempo que sentía un sorprendente alivio.

Él sacudió la cabeza y la miró fijamente.

–Ni loco. No es más que una niña.

–Tiene veinte años.

Él asintió.

–Eso mismo. Además, no es mi tipo –él dio un paso hacia ella, y Edie retrocedió–. De toda formas, ¿tú quién eres? –dijo, clavando sus ojos oscuros en los de ella.

–La hermana de Rhiannon –nadie solía creerlo hasta Mora juraba sobre la Biblia que las había parido a ambas. Su hermana era rubia y voluptuosa, mientras que ella era delgada y angulosa, con un cabello castaño indefinido y ojos verdes mates–. Hermanastra –se corrigió.

–¿Y cómo te llamas, hermanastra?

–Edie Daley.

Tampoco sus nombres se parecían. Su hermana tenía el de una diosa de la mitología galesa. Edie, el nombre de su abuela paterna.

–Ah, Edie –él sonrió y le retiró un mechón detrás de la oreja–. El mismo nombre que mi abuela –efectivamente, era un nombre anticuado–. Yo soy Nick Savas.

–¿Eres hermano de Demetrio?

Él negó con la cabeza.

–Su primo.

Era típico de Rhiannon haber elegido al pariente más guapo del novio para coquetear. Todos los Savas eran espectaculares, pero aquel se llevaba la medalla de honor. Esa debía de ser la explicación de la sacudida que había sufrido hacía unos minutos. Que no estuviera interesada no significaba que estuviera muerta y no supiera apreciar la belleza en un hombre.

–Me disculpo en nombre de mi hermana si su comportamiento ha sido inapropiado –dijo con cortesía, al tiempo que empezaba a separarse de él–. Ahora, si me lo permites…

Pero antes de que diera un paso más, sintió unos dedos firmes retenerla por la muñeca.

–No pensarás ir a comprobar que llama a su novio.

–Claro que no.

–Entonces, ¿por qué huyes? Quédate a charlar conmigo –dijo en tono persuasivo.

–Yo… –Edie vaciló. Nunca le costaba decir que no, pero no pudo articular el monosílabo–. ¿De qué?

Él arqueó las cejas.

–¿De las renovaciones de mi dormitorio?

Edie no pudo evitar reírse.

Era el tipo de broma que Ben hubiera hecho. Su marido nunca se había tomado a sí mismo en serio, lo que para Edie, después de tantos años viviendo en el vanidoso mundo de su madre, fue como una bocanada de aire fresco.

No había esperado ese tipo de humor sarcástico en Don Peligroso, pero Nick Savas rio con ganas.

–¿Ves? Sabía que conseguiría hacerte sonreír.

Edie intentó protegerse de la atracción que sentía por él.

–Sonrío muy a menudo.

–Pero ¿cuántas veces lo haces con sinceridad? –la retó él con dulzura.

–¡Muchas!

–Esta es la primera que me dedicas a mí.

Edie fue a protestar, pero él la calló posando un dedo en sus labios y diciendo:

–Baila conmigo.

Era puro encanto: la sonrisa de medio lado, la mirada suplicante, el dedo sobre sus labios. Y su modestia la tomó de sorpresa; al igual que la punzada de deseo que la asaltó.

–No, gracias –contestó, desconcertada.

–¿Por qué no? –Nick le presionó la muñeca sin apartar los ojos de los de ella.

–Preguntar eso es una descortesía –protestó Edie.

Él esbozó una sonrisa.

–Yo creía que la descortesía era rechazarme.

Edie se sentía como una adolescente ruborizada.

–Lo siento, pero no puedo –dijo, sacudiendo la cabeza.

–¿No puedes o no quieres? –insistió él.

Edie decidió decir la verdad.

–Me duelen los pies –dijo, encogiéndose de hombros.

Nick bajó la mirada hacia los zapatos de punta aguda que atrapaban sus pies.

–Dios mío –dijo, frunciendo el ceño. Luego sonrió y, tomándola de la mano, tiró de ella–. Ven –le hizo sentar en una silla en el extremo del salón y se arrodilló a sus pies.

A continuación, para sorpresa de Edie, en lugar de ir a buscar otra compañera de baile, le quitó los zapatos y lo dejó bajo la mesa.

–¿Qué estás…?

–No comprendo por qué las mujeres usáis unos zapatos tan terribles –dijo Nick con cara de incomprensión, a la vez que le masajeaba la planta.

Edie fue a decir que eran de Rhiannon, pero los dedos de Nick le nublaron el sentido. Era una sensación maravillosa. Cada caricia le causaba una descarga eléctrica.

Quería que se detuviera, pero al mismo tiempo, cuando lo hizo, le dieron ganas de suplicarle que siguiera.

–Mejor así –Nick se puso en pie con agilidad.

Edie alzó la mirada, turbada, y lo vio con gesto imperioso, en control. Ella solo pudo asentir.

–Ahora ya puedes bailar conmigo –dijo. Y tomándole la mano la puso en pie y tiró de ella hacia sí.

Entonces se produjo la magia.

Nick giró con ella al compás de un vals. Edie esperó tropezarse. Siempre lo hacía. Incluso el día de su boda, con Ben. La señora Achenbach, su instructora de baile, había logrado convencerla de que tenía dos pies izquierdos. Pero aquella noche, sin zapatos, sus pies hacían exactamente lo que quería que hicieran: seguir los de él.

Bajó la mirada hacia el suelo, y Nick Savas preguntó:

–¿Pasa algo?

Todo y nada a la vez. Edie sacudió la cabeza, maravillada, tenía la sensación de estar viviendo una experiencia extracorporal. Como Cenicienta.

Ni siquiera debía estar allí. No quería estar allí. Si estaba, era por Rhiannon, y esta se había ido.

Edie miró instintivamente en torno, buscando un reloj para ver cuánto faltaba para la medianoche.

No encontró ninguno, y Nick no le dio la posibilidad de buscarlos porque giraba y giraba con ella. Sentía un cosquilleo en la punta de los pies, y casi temía que alguien le diera una palmada y anunciara públicamente que estaba descalza.

Pero como era lógico, nadie le prestaba atención.

Para entonces habían recorrido toda la pista de baile. Era maravilloso y excitante. Y aun así, Edie no dejaba de pensar que tenía que recuperar los zapatos de Rhiannon.

–¿Y ahora, cuál es el problema? –preguntó Nick.

–Mis zapatos…

–No son tuyos –dijo él con firmeza.

–Puede que no, pero tengo que recogerlos –dijo Edie.

–Luego vamos a por ellos –dijo él, que no parecía en absoluto preocupado–. Sonríe –ordenó–. Me gusta cuando sonríes –sonrió a su vez como si con ello esperara que ella lo imitara.

Y así fue. Edie sonrió como si sus labios fueran tan maleables como sus pies.

Nick asintió.

–Así me gusta.

No era de extrañar que su hermana le hubiese puesto la *zarpa* en la chaqueta. Edie perdió el paso al tener esa imagen, pero Nick la sujetó con fuerza

de manera que sus senos se quedaron presionados contra su pecho. Y como no estaba demasiado bien dotada, eso significaba que sus cuerpos estaban en pleno contacto. A través de la seda del vestido podía sentir las piernas de Nick rozando las suyas. Si giraba la cabeza, podía ver las raíces de la barba de Nick. Y cada vez que respiraba, olía el perfume de jabón con un toque de madera de su loción para el afeitado. Le temblaron las piernas y Nick volvió a estrecharla aún más fuerte.

–No soy una buena bailarina –se disculpó Edie, intentando separarse de él.

Pero Nick no aflojó.

–Estoy disfrutando mucho –dijo él en un ronroneo que reverberó por la espalda de Edie.

Y el cerebro de ella dio un salto adelante que llegó… demasiado lejos. ¿Hasta dónde esperaba él llegar?

–¿Ahora qué? –masculló él al notar que se tensaba.

Edie sacudió la cabeza.

–Nada. Es que me he acordado de una cosa.

–Es mejor que no pienses.

Edie pudo intuir la sonrisa en la voz de Nick, y cuando giró la cabeza casi tuvo la sensación de que sus labios le rozaban el cabello. Hacía años que no sentía nada parecido. Desde la muerte de Ben no había percibido aquel cosquilleo en el estómago.

Que su madre le dijera que debía «volver a estar disponible» la dejaba indiferente porque no tenía la menor intención de forzar nada. Aquello tenía algo de inevitable; era completamente involuntario, y muy sensual. Nick la llevó hacia la zona de la orquesta y Edie se sintió envuelta por la música.

¡Peligroso!, le avisó una voz interior. Pero su yo bailarina y sus pies liberados, la contradijeron al instante… Siempre que recordara que no se trataba más que de una fantasía.

A los dieciocho años había dejado de creer en cuentos de hadas, cuando el atractivo actor, Kyle Robbins, le había roto el corazón. Y cuando se decía que su posterior relación con Ben probaba lo contrario, recordaba el dolor de perderlo, y

confirmaba que en el amor no había finales felices. Por eso se consideraba inmune a los hombres.

«Déjate ir», se dijo. «No es más que un rato agradable. Un baile, una noche, nada más».

Por primera vez en la noche, su mente y sus pies se sincronizaron. Miró a Nick Savas, y le sonrió.

Nick Savas no acudía a bodas desde hacía años. Pero era imposible haber rechazado aquella cuando se trataba de la de su primo, y cuando se celebraba mientras él estaba restaurando el castillo de la familia de la novia.

De todas maneras, no habría podido seguir trabajando mientras se desarrollaba la ceremonia, por mucho que lo hubiera preferido. No quería ver a más parejas prometiéndose amor eterno, ni ver la forma en que se miraban con ojos centelleantes. Podía ser egoísta, pero no quería que los demás tuvieran lo que él no había conseguido.

Desde que su prometida, Amy, había muerto dos días antes de la boda, había dado la espalda a todo eso.

Las bodas de los Savas eran las peores porque todos sus familiares se empeñaban en intentar buscarle una novia. No parecieran enterarse de que Nick no tenía la menor intención de casarse con nadie.

«Va a ser una preciosidad», le dijo su tía Malena la tarde anterior. «Creo que Gloria va a venir con dos de la ayudantes de Philip. Las dos son jóvenes y están solteras», añadió animadamente, confirmando los peores augurios de Nick.

«Es verdad», apuntó su tía Ophelia. «Va a haber un montón de mujeres hermosas. Tendrás dónde elegir».

Pero Nick no quería elegir nada. Así que llegó a última hora y se sentó en un borde, evitando a las numerosas tías, tíos y primos que en cuanto lo veían solo, querían encontrarle acompañante, porque en sus mentes cuadriculadas, el mundo solo era comprensible en pareja.

Y a pesar de que Nick estaba completamente de acuerdo, para él no había ya una media naranja, y nunca la habría. Cuando oyó al sacerdote entonar: «Tomas a esta mujer…» sintió la emoción atenazarle la garganta.

Vació su mente concentrándose en los querubines y serafines que flotaban

por encima de los invitados, estudiándolos como si tuviera que memorizarlos, tal y como le habría pasado hacía unos años cuando hacía un curso sobre detalles arquitectónicos históricos. Los que tenía sobre su cabeza debían de ser del siglo XVII.

–Os declaro marido y mujer.

Nick suspiró. Habría querido marcharse en aquel mismo momento, pero el tío Orestes se le acercó para preguntarle si no estaría dispuesto a restaurar el cenador de su casa de Connecticut.

Después, Nick se había incorporado a la fila de invitados para dar la enhorabuena a su primo Demetrios y besar a su resplandeciente novia.

Después de la cena, durante la que compartió mesa con las trillizas de su tío Phillip, con las que no cabía la posibilidad de que nadie pretendiera emparejarlo, se había apoyado en la pared, cerca de la pista de baile, donde nadie intentaría entablar conversación, ni lo sacaría a bailar.

Estaba contando los segundos para poder marcharse, cuando una joven rubia y vivaracha comenzó a hablarle.

–Soy Rhiannon Evans –había dicho, mirándolo como si esperara que la reconociera. Era joven, preciosa y vibrante–. Soy actriz –explicó, disculpándolo cuando él dijo que no sabía nada de cine.

Ella le dijo que debía animarse a ver sus películas. Que se tomaba su profesión muy en serio y que no quería ser conocida solo por ser bonita, un comentario que no sonó petulante, sino sincero.

Sonreía y actuaba de tal manera que Nick pensó que, si su conocimiento de las mujeres no le fallaba, pretendía seducirlo. Primero la mano en el brazo, luego la inclinación en su dirección, la caricia en la mejilla y la solapa de la chaqueta…

–Tampoco quiero aprovecharme de la fama de mi madre.

Entonces Nick descubrió que era hija de Mona Tremayne. A ella sí la conocía. De hecho, Nick no conocía a ningún hombre que no hubiese fantaseado alguna vez con Mona, aunque por edad pudiera haber sido su madre.

Se la habían presentado hacía un par de noches, en una cena de recepción que había dado Demetrios. Afortunadamente, aquel día su hija no estaba. Mona seguía siendo muy hermosa, además de divertida y agradable, y había mostrado

interés por sus trabajos de renovación en el palacio, sugiriéndole que entrara en el mercado de los ranchos.

Rhiannon no le había resultado ni la mitad de interesante, pero se había visto obligado a mostrarse atento. Al menos había tenido la certeza de que no buscaba marido. Había algo en su manera de coquetear y de barrer con la mirada el salón, que le había hecho pensar que pretendía que alguien la viera con él. Y como a él le daba lo mismo, permanecer con ella le sirvió al menos para mantener a sus familiares alejados por un rato.

Cuando le preguntó a qué se dedicaba, él se lo explicó con todo detalle, confiando en aburrirla con las vigas, las termitas, los problemas de humedad… Ofreciéndose a mostrarle un ejemplo si lo acompañaba a visitar el palacio. Y había llegado a comentar que se habían instalado en un dormitorio del palacio para supervisar las obras.

Había confiado con ello aburrirla o quizá asustarla, pero fue entonces cuando ella le acarició la solapa de la chaqueta, diciendo en tono insinuante que le encantaría ver su dormitorio.

Nick había pensado entonces que quizá sería mejor bailar con ella… Pero no había hecho falta, gracias a la aparición de Edie Daley.

Era difícil imaginar una salvadora más sorprendente, o una hermana menos parecida a la etérea Rhiannon.

Aunque Nick creyó detectar la misma estructura ósea de la cara en ambas. Mientras que Rhiannon enfatizaba los pómulos con maquillaje, Edie llevaba un mínimo maquillaje con el que parecía intentar ocultar sus pecas, aunque Nick sospechaba que le gustaría más llevándolas al descubierto.

De lo que no tenía duda era de preferir sus ojos verde grisáceos y su lengua afilada a los ojos azules y la fingida inocencia de su hermana. Edie no se hacía la encantadora, ni se mostraba seductora. No toqueteaba, sino que mantenía la distancia.

Y su objetivo era, claramente, evitar que su hermana siguiera con él. Acostumbrado a que las mujeres lo atosigaran, Nick tenía que reconocer que era un cambio bienvenido; y le hizo gracia la imagen de una hermana que se comportaba como una mamá gallina, decidida a evitar peligros a sus polluelos. Además, por cómo se había dirigido a su hermana, estaba claro que no lo consideraba a él único responsable, sino que la consideraba capaz de sembrar el

caos sin necesidad de ayuda.

Nick no envidiaba al prometido de Rhiannon, lo que hacía aún más admirable la capacidad de Edie de guiarla por el buen camino. Una prueba más de que era una mujer especial, que además de presencia, tenía carácter.

Aunque no tenía las perfectas facciones de su madre o la belleza etérea de su hermana, Edie tenía el tipo de facciones que la cámara adoraba, así como los ojos más luminosos que había visto en toda su vida.

A Nick le gustaron sus ojos, y su aire de responsabilidad y de no andarse con tonterías. Así como el empeño que ponía en separarse de él, que solo sirvió para que decidiera evitarlo.

Y para ello, hizo algo que lo desconcertó a él tanto o más que a ella, la invitó a bailar. La última vez que lo había echo y la razón por la que no lo hacía desde hacía ocho años había sido con Amy, tres días antes de su boda y de que muriera.

No dejó de repetirse que no era lo mismo, que después de todo era lógico bailar en una boda, que no significaba nada. Bailar era mover los pies al son de la música, y no tenía sentido considerarlo una especie de rito sagrado.

Así que la negativa de Edie lo dejó de piedra. En sus treinta y tres años de vida, jamás había sido rechazado, lo que debió dar lugar a la descortesía de preguntar por qué.

La inesperada respuesta le hizo reír. Le dolían los pies. Ninguna mujer que conociera, ni siquiera Amy, habría sido tan sincera.

Cuando le quitó los zapatos, le resultó incomprensible que hubiera conseguido calzárselos, y le sorprendió que fuera capaz de caminar en ellos. Pero una vez le liberó los pies, Edie dejó que la tomara y bailara con ella.

Fue como montar en bicicleta. Bailar no se olvidaba. Pero no tenía nada que ver con bailar con Amy. Esta era menuda y su cabeza apenas le llegaba al hombro, mientras que, si Edie se giraba, su nariz podía chocar contra su barbilla.

Edie parecía igualmente sorprendida de estar bailando, pero lo hacía bien, excepto en un par de ocasiones en las que él notó que se tensaba y hacía ademán de separarse. Cuando lo hizo, él la presionó contra sí y notó la presión de sus senos en el pecho, y su cabello acariciándole la barbilla. Bajó la mirada hacia el suelo y Edie se tensó y dijo:

–¡Me estás mirando los pies!

Nick rio y la apretó aún más.

–Así no puedo verlos, ¿estás más tranquila?

La respuesta de ella quedó ahogada contra su pecho, pero pareció ceder y dejarse llevar por la música. Lo malo fue que Nick fue cada vez más consciente de cuánto le agradaba tenerla en sus brazos porque que hubiera renunciado al matrimonio no significaba que hubiera renunciado al sexo.

Y la idea de llevarse a Edie a la cama le resultó muy atractiva. Parecía encajar a la perfección en sus brazos, tenía un cabello oscuro, fuerte y ondulado en el que sentía la tentación de enredar los dedos y ocultar el rostro. Imaginó cómo quedaría esparcido sobre la almohada. Y cuando ya intentaba decidir cómo conseguiría que sucediera, el vals acabó.

–Bueno –dijo Edie, separándose bruscamente de él–. Ha sido muy agradable.

¿Agradable? Nick la miró desconcertado y ella sonrió. Él le tendió una mano.

–Puedo hacerlo mucho mejor –se ofreció.

Pero Edie sacudió la cabeza con decisión.

–Gracias, pero no. Y no es descortés rechazar un segundo baile –dijo, antes de que él dijera lo contrario.

–¿Y una copa de vino? Podemos sentarnos a charlar.

–Ha sido un placer, Nick. Gracias por ser tan amable con mi hermana. Y por el baile –antes de que Nick pudiera reaccionar, se despidió con un dulce–: Buenas noches.

Nick se quedó callado aunque hubo un montón de cosas que calló: que no acostumbraba a verse sorprendido, que no recordaba haber deseado tan intensamente a nadie desde hacía años… Y lo más extraño de todo, que quería conocerla mejor.

Pero metió las manos en los bolsillos y se limitó a decir:

–Buenas noches, Edie. Gracias por el baile –ella se giró, y entonces él no

pudo resistirse a decir–: Si alguna vez quieres ver las renovaciones de mi dormitorio…

Ella se volvió con ojos brillantes.

El corazón de Nick se aceleró y le dedicó una de sus más seductoras sonrisas, pero ella le hizo un gesto de despedida y se perdió entre la gente.

Solo cuando dejó de verla, Nick desvió la vista con un extraño sentimiento de desilusión.

Era casi media noche y sería mejor retirarse. Pero no lo hizo. Recorrió el borde de la pista de baile con cierto desasosiego. Nervioso. Hambriento, pero no de comida. Su cuerpo no olvidaba lo cómoda que Edie Daley le había resultado entre sus brazos.

Bruscamente se giró hacia la mujer más próxima y la invitó a bailar. ¿Por qué no? Ya que había bailado una vez, ¿por qué no dos? Pero no fue lo mismo ni mucho menos.

Aquella mujer no se ajustaba a su cuerpo naturalmente, sino que se estrechó contra él, se asió a su cuello y le acarició con el aliento la barbilla. Más que bailar, se restregó contra él hasta que la música cesó y Nick consiguió quitársela de encima.

–¿Otro? –sugirió ella.

–No, gracias –Nick había tenido bastante–. Me voy a marchar.

Cuando acababa de decirlo, alguien le tocó el brazo por detrás.

–Me alegro de saberlo –dijo una voz inesperada.

Nick se volvió hacia ella y miró con sorpresa a los ojos de Edie Daley, quien entrelazando el brazo con el suyo y dedicándole una sonrisa arrebatadora, dijo:

–Porque acabo de decidir que estoy deseando ver las reformas.

Capítulo 2

NICK la miró atónito, con el corazón acelerado.

Pero al mismo tiempo que su libido se encendía, su cerebro lo puso en alerta.

–¿Has cambiado de idea? –preguntó, esforzándose por no sonar demasiado contento.

–Sí –dijo ella con una amplia sonrisa y sin el menor titubeo.

Nick estudió su rostro y creyó percibir una mezcla de ansiedad y desafío cuyo origen no pudo adivinar. La miró de arriba abajo y, decidiendo aceptar el reto, le tomó la mano y dijo:

–Encantado.

Entonces se volvió a su última compañera de baile y, tras despedirse de ella, enlazó los dedos de la mano con los de Edie y la llevó hacia el rincón donde se habían conocido.

–La puerta está en el otro lado –dijo ella.

–Voy a por tus zapatos –Nick se agachó para recuperarlos de debajo de la mesa–. Aunque no creo que quieras ponértelos.

Ella dejó escapar una risa nerviosa que confirmó a Nick que había sucedido algo.

–Desde luego que no –dijo ella.

Nick se los metió en los bolsillos de la chaqueta y le ofreció el brazo. Ella lo aceptó y caminó a su lado con dignidad.

Su actitud era mucho más tensa que cuando habían bailado, pero Nick decidió contener su curiosidad y ella mantuvo la mirada fija al frente hasta que llegaron a la puerta y se cruzaron con Mona quien, como de costumbre, estaba rodeada de un grupo de admiradores. Edie apenas les dedicó una mirada, pero a cambio dedicó a Nick una encantadora sonrisa y parpadeó con coquetería.

Nick estuvo a punto de reír, pero se contuvo y sonrió a Mona, que, al verlos, puso cara de sorpresa y de algo más… ¿Consternación? De ello concluyó que el cambio en Edie tenía algo que ver con su madre.

O quizá estaba relacionado con el hombre que estaba junto a Mona, al que esta dijo algo en voz baja y que a continuación miró a Edie con el ceño fruncido. Debía de tener la misma edad que Nick, y poseía cierto parecido con Robert Redford y le resultaba familiar, de lo que Nick dedujo que debía de ser uno de los muchos actores amigos de Demetrios.

El hombre transformó su ceño en una sonrisa y les interceptó el paso.

–¡Edie, cuánto tiempo sin verte! Mona me ha dicho que estabas aquí.

La mano de Edie se tensó sobre el brazo de Nick, pero devolvió la sonrisa.

–Justo nos íbamos.

–Pero si no hemos bailado.

Nick apreció un aumento en la crispación de la sonrisa de Edie.

–Me ha encantado verte, Kyle. Buenas noches.

–Nos vemos por la mañana –dijo el hombre.

Pero ya habían pasado de largo y Edie dijo en una voz más alta de lo necesario con el claro objetivo de ser oída.

–¿En qué ala está tu dormitorio?

Nick notó la reacción de sorpresa que el comentario causaba en el grupo y, aunque arqueó las cejas con sorpresa, dijo en tono animado:

–Por aquí –y le dedicó una seductora sonrisa al tiempo que la puerta para cederle el paso.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Edie pareció relajarse parcialmente y al llegar a uno de los corredores se detuvo bruscamente, suspiró y lo miró.

–Gracias –dijo, abandonando su fingida coquetería y borrándose de su rostro la tensión.

–Un placer –dijo él, pensando que la prefería así. Al ver que palidecía,

añadió–: ¿Quieres sentarte?

–Estoy bien –dijo ella, aunque no era ni un reflejo de la Edie Daley que había acudido al rescate de su hermana pequeña.

–¿Hay algo que deba saber? –preguntó él.

Edie se miró los pies y los frotó entre sí, y por un instante Nick temió que fuera a negar lo evidente. Pero finalmente, Edie lo miró e hizo una mueca.

–Me temo que mi madre es un poco pesada cuando se empeña en buscarme pareja.

–¿El chico rubio con la espléndida sonrisa?

–Sí –dijo Edie con un suspiro.

–¿No te interesa? –a Nick le sorprendió cuánto se alegraba.

–¡No! –dijo ella con una firmeza que iba más allá de la indiferencia–. Pero debía haber supuesto que intentaría algo así.

–¿Tu madre? ¿Acostumbra a hacerlo?

–Al menos lo intenta.

–¿Y a ti no te gusta? –Nick se dijo que tenía tanto derecho como él a rechazar a las casamenteras, pero la mayoría de las mujeres que conocía no tenían nada en contra.

–En absoluto –dijo Edie sin titubear. Nick pensó que cambiaría de tema, pero acabó añadiendo–: Mi madre está empeñada en que vuelva salir con hombres.

–¿Por qué dices «vuelva»? –preguntó Nick al ver que no le daba una explicación.

Edie hizo una pausa como si reflexionara sobre qué debía contestar. Finalmente, miró a su alrededor y luego a él con gesto de impaciencia.

–¿Dónde están las renovaciones arquitectónicas?

Nick enarcó las cejas.

–¿De verdad quieres verlas?

–¿Existen o solo estabas coqueteando con mi hermana?

–Claro que existen. Y no estaba coqueteando con tu hermana. Fue ella quien quiso verlas.

–Pero tú me has invitado…

–Porque estaba coqueteando contigo –y sin darle tiempo a reaccionar, Nick tomó de la mano a Edie y la condujo hacia la torre.

Caminaron en silencio mientras Nick se preguntaba si solo lo había usado para librarse de una situación incómoda o si estaba interesada en algo más íntimo. Por su parte, él tenía claro cuál de las dos opciones prefería.

Fuera lo que fuese, mientras abría la puerta de la torre, se dijo que acabaría por averiguarlo. Él era el único habitante de aquella parte de la casa y, cuando entraron, el vestíbulo estaba sumido en la penumbra.

Edie se detuvo y escudriñó la oscuridad.

–¿Te arrepientes? –preguntó Nick.

Edie tomó aire.

–No –dijo. Y tras una fracción de segundo, preguntó–. ¿Y tú?

La pregunta tomó a Nick por sorpresa.

Desde la muerte de Amy se había acostado con varias mujeres, pero ninguna había significado nada y ellas tampoco habían esperado nada más de él. Miró a Edie detenidamente, preguntándose cuáles eran sus expectativas. Entonces se dio cuenta de que ella esperaba una respuesta y, tras carraspear, dijo:

–No –con la misma firmeza que ella.

Edie sonrió, pero no con la sonrisa que le había dedicado a su madre y al hombre llamado Kyle, ni con la tensión de cuando había ido a buscarlo mientras bailaba, sino con la sinceridad con la que había sonreído cuando habían bailado juntos. Y en cuanto Nick la recibió, sintió unas sacudida de deseo.

Quería más sonrisas como aquellas. Quería más de Edie.

–Veamos las obras –dijo, y comenzó a hablar en detalle de la estructura del edificio. Al cabo de un rato, observó que Edie lo miraba con ojos brillantes, y se detuvo–: ¿Qué?

–¿De verdad sabes todo eso? –preguntó ella con genuina admiración.

Nick rio

–Es a lo que me dedico. Por eso estoy aquí.

–Creía que habías venido por la boda.

–No. Estoy aquí para restaurar la torre del este.

Y la sonrisa que quería ver, iluminó el rostro de Edie.

–¡Qué maravilla! –exclamó ella–. ¡Cuéntamelo todo!

Nick pensó que solo se trataba de amabilidad, pero a medida que encendió luces y fue mostrándole las distintas habitaciones, contándole historias de cada una, explicándole los cambios realizados, ella fue mostrando más y más interés.

En lugar de parecerle un aburrimiento, como a su hermana, hacía preguntas incisivas. En cierto momento, Edie le comentó que había estudiado Historia y que le habría gustado ser profesora.

–Un trabajo muy distinto a ser la mánager de tu madre, ¿no?

Edie hizo una mueca.

–Ya sabes, como dice Mona, la vida pasa mientras uno hace planes.

Nick se preguntó a qué planes se referiría, pero prefirió no preguntar.

–¿Alguna vez te ha tentado dedicarte a la interpretación? –preguntó en cambio.

–Jamás. No es mi estilo –dijo ella, sacudiendo la cabeza enfáticamente.

–Pero trabajas en ese mundo a diario.

–Solo en la parte de negocio, no me interesan ni el glamour ni el mundo de las estrellas –dijo ella con vehemencia.

–¿No te gustaría actuar?

–No. Creo que ser honesto es más difícil. Y si actúas todo el tiempo, puedes olvidar quién eres de verdad.

Dado que su madre era un icono del cine americano, Nick supuso que había reflexionado mucho sobre el tema. Como si se diera cuenta de que su respuesta había sido muy emocional, Edie sonrió y se encogió de hombros para añadir:

–Prefiero estar tras la pantalla, eso es todo.

–Como yo –al ver que Edie lo miraba sorprendida, Nick aclaró–: Cuando trabajo, lo único que importa es el edificio, no la persona que lo posee.

Edie se quedó pensativa antes de decir:

–Entiendo. Has hecho un trabajo increíble. No se distingue lo antiguo de lo nuevo.

–Como debe ser.

–¿Por dónde empiezas?

–Lo estudio detalladamente, me empapo de su historia y me instalo a vivir en él.

–¿Así que es verdad que también restauras el dormitorio? –dijo ella, sonriendo.

–Por supuesto –Nick indicó una puerta al fondo del vestíbulo–: Ahí está mi cueva.

Edie la miró y se volvió de nuevo hacia él.

–¿Cuándo se construyó la torre?

–Se añadió al castillo en el siglo XIII, como puesto de observación y alojamiento de los soldados que lo protegían de posibles invasores.

–¿Quién se interesaría por un castillo tan pequeño?

–Por aquel entonces la familia tenía muchas posesiones y extensos terrenos de cultivo. Además, hay arroyos y ríos. Era muy codiciado y muchos señores feudales intentaron arrebatárselo a la familia real, pero todos fracasaron.

–No tenía ni idea.

–Los Chamion son una familia de supervivientes. Sabían cómo enfrentar a sus enemigos entre sí y cómo establecer alianzas. El castillo ha sido testigo de gran parte de la historia –dijo Nick, mientras la conducía por distintas salas hasta la sólida puerta de roble del extremo opuesto. Al abrirla, dio acceso a un distribuidor con un andamio.

–Esta es la parte en la que sigo trabajando.

Sobre una mesa se veían herramientas de carpintería y albañilería medievales con las que Nick trabajaba. Edie fue hacia ellas y preguntó con detalle por su función y cómo se usaban. Cuando Nick dijo que algunas las elaboraba él mismo, Edie lo miró admirada.

–¿Y trabajas tú solo?

Nick posó una mano sobre el andamio y dijo:

–Al principio sí, porque me gusta familiarizarme con el espacio. Ahora hay un par de artesanos ayudándome a reproducir algunas piezas.

Edie recorrió el espacio, observando los detalles y sacudió la cabeza.

–Debe tardarse una eternidad –Edie sonrió a Nick–. Es curioso, pareces un hombre tan moderno que cuesta imaginar que dediques tu tiempo a esto.

–La verdad es que casi nunca llevo traje cuando estoy trabajando –dijo él, haciendo una mueca.

–¿Cómo te metiste en esto? Los niños normalmente quieren ser vaqueros o bomberos.

–Yo quería ser arquitecto.

–¿De edificios antiguos? –al ver que Nick asentía, Edie preguntó–: ¿Nunca has diseñado un edificio nuevo?

–Una vez –dijo él con aspereza. Y le dio la espalda.

–Lo siento –dijo ella.

Nick la miró con sorpresa. Edie lo observaba con dulzura y él la encontró extremadamente deseable.

–¿Por qué me pides perdón? –preguntó con brusquedad.

–Por aproximarme demasiado.

Él frunció el ceño.

–¿Aproximarte, a qué?

–A ti –Edie esbozó una sonrisa–. Y por hacer demasiadas preguntas –añadió.

–No tiene importancia –dijo él, tomando una de las herramientas y balanceándola en la mano. Luego la dejó bruscamente y miró a Edie.

–Tengo la impresión de que sí la tiene –dijo ella quedamente.

Y tenía razón. Nick se frotó el cuello para relajar los músculos, luego metió las manos en los bolsillos y, mirando al vacío, explicó:

–Diseñé una casa –comenzó, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de contarlo. Era la primera vez que lo hacía–. La construí para mi prometida.

Edie permaneció inmóvil, expectante.

–Debía haber sido la casa perfecta –continuó él en un tono tan amargo como sus emociones.

Iba a ser un regalo para Amy y quería que fuera tan perfecta como ella. Amy solía reírse y decir que no lo era, pero él opinaba lo contrario. Así que le pidió que le dijera cómo sería su casa soñada, las cristaleras, la escalera de caracol, el balcón corrido en el primer piso con vistas al mar; la gigantesca chimenea, la cocina con isleta central, las tres habitaciones para ellos y sus hijos… Todo sería tal y como ella quisiera.

–Iba a ser la casa de sus sueños –concluyó Nick con tristeza.

–¿Pero no le gustó? –aventuró Edie.

Nick se encogió de hombros.

–Le encantó, pero le daba lo mismo. Ella solo quería casarse, y yo retrasaba la boda porque quería acabar antes la casa.

No porque no quisiera casarse, sino porque creía que valía la pena esperar. Pero estaba equivocado. Comparado con el tiempo que podía haber pasado con ella, la casa no tenía ningún valor.

Apretó los dientes e hizo crujir los nudillos.

–¿Qué pasó? –preguntó Edie con dulzura.

–Murió –dijo él bruscamente, desviando la mirada.

Edie guardó un prolongado silencio. Nick lo comprendió, y se molestó consigo mismo por abrirse a una mujer a la que apenas conocía.

–Disculpa. No debía haber dicho nada –masculló.

–Yo te he preguntado –dijo ella, posando la mano en su brazo–. Lo siento muchísimo.

Mucha gente le había expresado sus condolencias, pero nadie lo había hecho con tanta sinceridad como Edie. Se volvió hacia ella, que añadió:

–Al perderla a ella, perdiste tu futuro.

–Sí –nadie parecía haberse dado cuenta de ese detalle. Después de todo, él no había muerto, y eso era lo que podía ver en los ojos de la gente que lo rodeaba: que debía seguir con su vida, que debía salir con otras mujeres.

–Te comprendo perfectamente.

A Nick le costaba creerlo.

–Gracias –dijo, mirando por la ventana.

–Mi marido murió hace dos años.

Nick la miró al instante.

–Lo siento –dijo–. No lo sabía.

–No suelo contarlo –Edie sonrió tímidamente–. Supongo que tú tampoco.

–No –de hecho, Nick no recordaba la última vez que había hablado de Amy. Al recordar lo sucedido hacía un rato, añadió–: ¿Por eso te molesta que Mona te busque pareja?

También se acordó del comentario de Edie: «Quiere que vuelva a salir con hombres», y cómo aquel «vuelva» le había llamado la atención.

–Sí –dijo Edie tras un leve titubeo.

Nick la comprendía a la perfección. Aunque estaba a unos metros de distancia, percibía su presencia con fuerza. Parecía haber una conexión entre ellos, o al menos, él la sentía hacia ella. Ansiaba disipar su dolor y ayudarle a olvidar. Pero él sabía mejor que nadie que no se olvidaba.

Al oírla moverse, se volvió a mirarla y vio que, aunque con tristeza, sonreía.

–Debería irme –dijo ella–. Ya te he molestado suficiente.

Pero al pasar a su lado, él la sujetó del brazo.

–No, quédate.

A él mismo le sorprendió el tono entre implorante y autoritario en que se expresó. No supo interpretarlo; solo sabía que no quería que se fuera.

Edie también pareció sorprendida. Abrió la boca para decir algo, pero enmudeció, como si sopesara sus palabras. Finalmente, preguntó en tono ligero:

–¿Todavía no hemos acabado la visita?

Con ello consiguió que ambos pudieran relajarse, y Nick asintió.

–Aún no has visto la torre. También he restaurado la escalera que conduce al parapeto desde el que se contempla una vista impresionante. Deberías verla –Nick la miró e hizo una mueca al ver sus pies descalzos–. Aunque no llevas la ropa adecuada.

–Me arriesgaré –dijo ella al instante.

–Te llevaría en brazos, pero el pasadizo es muy estrecho.

–No importa. Treparé.

–Las piedras son muy ásperas. Espera. Voy a buscarte calzado.

Nick fue a su dormitorio y volvió con unas chancletas.

–Son muy grandes –dijo–, pero si quieres subir, son mejor que nada.

–Claro que quiero subir.

También él, así que se puso en cuclillas, pero al darse cuenta de que Edie tendría que quitarse las medias, se puso en pie y, mirándola a los ojos, dijo:

–Deja que te ayude.

Aunque el rostro de Edie quedaba en la sombra, vio que se llevaba la lengua a los labios. Luego se mordió el labio inferior y miró a Nick fijamente. Este tomó su silencio como un asentimiento.

–Espera un segundo –la instruyó. Y rezó para poder hacer lo mismo.

Resultaba de una extraña intimidad y extremadamente erótico alzar la mano por debajo de su vestido para buscar el punto del que tirar hacia abajo.

Las medias tenían tacto de seda, eran tan delicadas que Nick temió rasgarlas con sus manos encallecidas. Así que procedió con lentitud, delicadamente. El roce de la piel bajo las medias despertó en él el deseo de tocarla y acariciar los gemelos, ascendiendo pausadamente hacia sus muslos. Percibió que las piernas de Edie temblaban.

Unos dedos se posaron en su cabeza y le tiraron del pelo.

–Perdona –se diculpó ella.

Luego relajó los dedos, pero en cuanto Nick continuó, volvió a apretarlos.

Nick sintió un escalofrío recorrerle la espalda y un golpe de calor en la ingle cuando las medias se transformaron en encaje y, un centímetro más arriba, en carne.

Nick tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la respiración constante, recordándose que no se trataba de un acto de seducción… a no ser que él fuera el seducido.

Enlazó los dedos por encima de una de las medias y la deslizó hasta quitársela. Luego subió y le quitó la otra, aunque saber lo que iba a encontrar no le ayudó a mantenerse indiferente. Y sabía que cuando se pusiera en pie, ella lo notaría. Así que se tomó su tiempo para ayudarle a colocarse las chancletas y en empezar a doblar las medias.

–Yo me ocupo de eso –Edie prácticamente se las arrancó de las manos,

que estaban tan temblorosas como las de ella, pero al menos dio tiempo a que Nick se incorporara y se ajustara los pantalones para disimular lo obvio.

–Bueno, ya podemos subir –dijo él, tras carraspear. Tomó una linterna y fue hacia una de las puertas–. Ten cuidado.

Edie pensó que, de tener cuidado, no estaría allí, sino en su dormitorio, escuchando el sonido ahogado de la orquesta mientras leía un libro en lugar de subiendo unas estrechas escaleras detrás de un hombre que acababa de acariciarle las piernas y cuyas manos la habían dejado temblorosa. Su mente estaba activada tras la sobrecarga de hormonas que la habían asalta do tras dos años de total indiferencia, y sus emociones en aquel instante eran tan impredecibles como las de una adolescente.

¡Debería estar leyendo en la cama un libro tan aburrido como para dormirse al instante! Y sin embargo, seguía el rayo de la linterna con la que Nick iluminaba los peldaños. En cierto momento, por mirar las piernas de Nick en lugar de la escalera, perdió pie. Antes de que le diera tiempo a asirse a algo, Nick se volvió y la abrazó con tanta fuerza que Edie tuvo la certeza de que debía notar su acelerado corazón.

–¿Te has hecho daño? –sin esperar a que contestara, él mismo añadió–: No debería haberte hecho subir. Ha sido una locura.

Edie pensó que tenía razón, pero no tenía nada que ver con subir a la torre.

–Estoy perfectamente –dijo–. De verdad.

Nick insistió en que era una imprudencia, y ella pensó que, si alzaba el rostro, sus labios acariciarían la barbilla de él. No podía ver porque Nick sostenía la linterna en la mano del brazo con el que la sujetaba. Y sí, su corazón latía con tanta fuerza como el de ella.

–¿Estás segura que quieres seguir? –preguntó él finalmente.

Edie asintió. Era verdad. Su cabeza golpeó la barbilla de Nick.

–Lo siento. Subamos. Solo me he resbalado.

Nick pareció vacilar, pero acabó por ceder:

–Está bien, pero quiero que vayas delante –dijo, colocándola en un peldaño por encima del de él, y sin soltarla, dirigió el haz de luz por delante de ambos.

Estaba tan cerca de ella que sus rodillas le rozaban las pantorrillas y su mano, cuya aspereza había sorprendido a Edie cuando bailaban pero que comprendía al conocer su trabajo, le sujetaba la cintura.

Recordó la sensación sobre su piel cuando le había quitado las medias y se preguntó como sería sentirlas en partes más sensibles de su cuerpo.

Volvió a resbalarse y Nick la asió con fuerza.

–Cuidado.

Edie subió un par de peldaños.

–Intento tenerlo –dijo ella, jadeante.

Ni siquiera ella misma sabía si era sincera o si estaba siendo más temeraria de lo que había sido en toda su vida. Como solía decir su abuela: «Llegarás al final pasito a pasito». Edie siempre la había creído, pero en aquel momento lo que no sabía era adónde quería llegar.

–Ya hemos llegado.

Habían alcanzado una pesada puerta de madera. Nick alargó el brazo y la empujó para abrirla y ayudarle a salir.

Edie se quedó paralizado al ver el espectáculo que se extendía ante sus ojos de los maravillosos jardines del castillo iluminados tenuemente en la oscuridad.

–En el siglo XIII la vista sería muy distinta –comentó Nick.

–Pero es preciosa –dijo ella, apoyándose en el muro de piedra y asomándose para mirar hacia abajo–. Es increíble. Nunca había visto nada igual.

–Porque no hay nada que se le parezca –dijo él, colocándose a su lado.

Se veía a algunos invitados y les llegó el rumor de conversaciones y alguna risa aislada. Desde una ventana entreabierta se oía a la orquesta tocando un vals, pero Edie pensó que por mucha magia que tuviera todo lo que la rodeaba, nada era tan especial como el hombre que tenía a su lado.

Nick estaba pegado a ella, con los codos apoyados en el muro y los dedos entrelazados. Bajo la luz de la luna podía percibir los ángulos y planos de su rostro, y la mejilla que su hermana Rhiannon había acariciado, y Edie tuvo que

apretar los puños para no imitarla. Miró hacia abajo para concentrarse en el paisaje.

No tenía ni idea de lo que él estaría pensando. Parecía remoto, distante. Así que se arriesgó a mirarlo de nuevo. Él se giró al mismo tiempo. Sus miradas se encontraron y estalló una llamarada que dejó a Edie sin respiración.

Nick carraspeó y se irguió.

–Está refrescando. ¿Bajamos? –su voz sonó tranquila, pero Edie creyó percibir la contención del… ¿deseo?

¿Acaso conocía ese sonido cuando hacía tanto que no lo oía?

–Yo iré por delante –dijo él.

–¿Para que, si me caigo, te tire y bajemos rodando? –bromeó ella.

–Sujétate de mi hombro si quieres. Bajaré despacio.

Nick bajó despacio, pero ella, al contrario de lo que habría hecho Rhiannon y precisamente por eso, evitó sujetarse a él. Apoyó la mano en la pared y bajó con extremo cuidado. Al llegar abajo, suspiró aliviada.

–Ha sido fantástico. Muchas gracias –dijo cuando él cerró la puerta a su espalda. Se quitó las chancletas y se las devolvió con una sonrisa.

Se quedaron mirando en silencio, fijamente, hasta que Nick dijo:

–Te deseo.

Edie lo miró atónita, tanto por sus palabras como por el tono entre desesperado e irritado que usó. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que le encantaba oírlas.

–¿Y cuál es el problema? –dijo, esforzándose por mantener un tono ligero.

–¿No lo hay? –preguntó él, desafiante.

Ella parpadeó.

–Somos dos adultos –se oyó decir.

–No suele ser tan sencillo –dijo él. Pero Edie no estuvo segura de a qué se

refería. Entonces él añadió–. Yo no pretendo nada más.

–¿Nada más que sexo? –dijo ella, hablando con pasmosa claridad.

Nick apretó los dientes como si oírlo expresado tan crudamente lo perturbara, pero asintió.

–Exactamente.

Así que nada de cuentos de hadas, pensó Edie. Aunque en realidad, tampoco era eso lo que ella buscaba. ¿No era mejor ser franco que mentir? De haber sido tan honesto, Kyle Robbins no le habría hecho creer años atrás que deseaba algo más que sexo, ni ella habría albergado sueños de boda.

–No quiero una relación –continuó explicando Nick–. Solo una noche.

–¿Esas son las reglas? –preguntó ella, sonriendo.

Él asintió.

–Así es.

Se miraron fijamente, sin fingida dulzura.

–Está bien –dijo ella, aunque todavía estaba intentando asimilar las implicaciones de lo que iba a hacer.

–¿Estás segura? –preguntó él con incredulidad.

–Te aseguro que no espero una propuesta de matrimonio –dijo ella, cortante.

Nick se pasó una mano por el cabello.

–Me alegro –dijo, aliviado–, nunca volveré a hacerla.

–Puede que algún día…

–No –dijo él con firmeza–. Nunca.

Edie se guardó la opinión de que sentía lástima de él. Ella había amado a Ben con todo su corazón, pero jamás juraría que nunca volvería a enamorarse o a casarse.

De hecho, lo que estaba sucediendo era una buena muestra de cuánto

podían cambiar las cosas en cuestión de minutos. Hacía dos horas no había tenido el menor interés en ningún hombre y en aquel instante estaba contemplando la posibilidad de acostarse con uno al que acababa de conocer. En parte, evidentemente, porque la atraía. Pero sobre todo porque temía cometer un error aún mayor con un Kyle Robbins recientemente divorciado. Una noche con Nick era preferible desde cualquier punto de vista.

–Si no te interesa, lo entenderé perfectamente –dijo Nick.

–Sí me interesa –dijo ella–. Una noche nada más. Yo quiero lo mismo –Nick la miró fijamente y ella le sostuvo la mirada–. Sé lo que estoy haciendo. ¿Tú? –preguntó, retadora.

Por lo visto sí lo sabía, porque en una fracción de segundo recorrió la distancia que los separaba y la atrapó entre sus brazos.

El cuerpo de Edie respondió al instante, relajándose contra el de él. Sus ojos se cerraron y entreabrió los labios, qué él besó con exigente fiereza. Le había dicho que la deseaba y aquella era la prueba. Como ella lo deseaba a él. No era Ben, porque este se había ido para siempre; ni Kyle, afortunadamente. Era Nick y solo compartirían una noche. Por una noche sería suyo, y Edie no pensaba arrepentirse.

Capítulo 3

NO ERA el tipo habitual de mujer con la que Nick se acostaba, pero la deseaba como a ninguna. Era directa y dulce, decidida y dubitativa, distante y al mismo tiempo capaz de hacerle arder en deseo. Veía e intuía demasiado, y no vacilaba en hablar de ello… Pero ya no estaban hablando.

No. Se estaban besando y los labios de Edie parecían tan hambrientos como los suyos, sus manos igualmente ansiosas. Con ellas le recorrió la espalda, le tomó el rostro y lo acercó al suyo, y Nick no protestó porque quería hacer lo mismo. Él hundió los dedos en su cabello, le retiró las horquillas que se lo sujetaban, y lo dejó caer sobre sus hombros y su espalda. Enredó sus dedos en él y aspiró el aroma cítrico de su champú y del perfume natural de Edie Daley.

Era embriagador y daba lo mismo que no fuera una mujer con la que fuera a bastarle una noche para saciarse de ella. Haría lo que fuera necesario por lograrlo. Pero no se privaría de pasar la noche con ella.

–He olvidado enseñarte un sitio –musitó sin separar los labios de los de ella. Cuando Edie abrió los ojos, él añadió–: Mi dormitorio.

–Tienes toda la razón –susurró ella en un tono ronco que aumentó la excitación de Nick.

–Por aquí –dijo él, tomándola en brazos y yendo hacia una puerta que abrió con el pie. Luego la cerró con la cadera y echó a Edie en la cama, a oscuras, antes de acostarse a su lado.

–Enciende la luz –dijo Edie.

–¿Qué?

–Si vas a ser mi guía, no quiero perderme nada.

A Nick le encantó la idea porque estaba deseando verla mientras hacía el amor.

–¿O es que no hay electricidad y usas velas? –preguntó ella.

–Las velas no están mal, pero hoy prefiero una lámpara –dijo él,

encendiendo la que había en la mesilla.

La luz que proyectaba era tenue, pero permitía ver el austero mobiliario y la cama doble. No era un nido de seducción, pero Nick no tenía ojos más que para Edie, a la que habría querido seducir en cualquier parte. Estaba reclinada en la cama, con el vestido malva contrastando con su pálida piel. Bajo aquella luz, sus pecas desaparecían y su piel parecían tener un brillo dorado mientras que su cabello parecía aún más oscuro y lustroso. Nick se lo peinó con los dedos una vez más y se llevó un mechón a la cara para sentir su suavidad en la piel de la mejilla y en los labios. Luego, volvió a aspirar su aroma a limón y a aquella mujer a la que quería dedicar una noche inolvidable.

No pretendía borrar el recuerdo de su marido porque sabía que sería inolvidable, como Amy lo era para él. Pero quería que desde aquel día en adelante, cada vez que pensara en hacer el amor, se acordara de él.

Se echó hacia atrás para deshacer el nudo de la corbata, que se quitó junto con la chaqueta sin dejar de mirar Edie. Ella descansó la cabeza en la almohada y lo observó con una sonrisa y una expresión de deseo que disparó el de él un grado más.

Cuando Nick se llevó la mano a los botones de la camisa, ella se adelantó, diciendo:

–¿Me permites?

A Nick le costaba ceder el control, pero quería que Edie disfrutara y formara parte tan activa como él, así que asintió.

–Como gustes.

Edie se sentó y se inclinó hacia él y fue desabrochándolo lentamente, dejando que sus nudillos acariciaran la piel que iba quedando al descubierto. Según descendía hacia su cintura, él sintió que le temblaba la barbilla y ella se mordió el labio inferior.

Nick apretó los puños para reprimir el impulso de apartarle las manos y terminar él y acelerar el proceso, pero habiendo cedido el control sabía que no debía recuperarlo, que era ella quien debía marcar el ritmo. Y la lentitud con la que ella actuó estuvo a punto de acabar con él.

Edie ni sabía ni le importaba saber qué pasaría después de aquella noche. Desde la muerte de Ben se concentraba exclusivamente en el presente, y ningún

presente había sido tan excepcional como hacer el amor con Nick Savas. Estaba decidida a disfrutarlo.

Echaba de menos la intimidad de compartir una cama. Su primer intento, con Kyle, la había dejado indiferente. Siempre quería llevar la iniciativa y, con veintitrés años, había dado muestras de inmadurez, preocupándose más por el final que por el camino. Con él no había descubierto ninguna de las sutilezas del sexo.

Con Ben había sido distinto. Habían aprendido juntos, habían hecho el recorrido juntos, y darse placer mutuo había sido mucho más importante que alcanzar el orgasmo deprisa.

No esperaba tener nada parecido con Nick. Pero al menos, era la primera vez que sentía el deseo de hacerlo, y aunque no sabía muy bien qué significaba, quería descubrirlo.

Quizá de no haber aparecido Kyle, se habría limitado a volver a su dormitorio, y tal vez habría soñado con Ben, aunque llevaba un tiempo que no recordaba sus sueños. A su pesar y aunque sabía que nunca lo olvidaría, era consciente de que su recuerdo se iba difuminando.

La camisa de Nick estaba almidonada y los botones ofrecían cierta resistencia, pero Edie disfrutó del instante, recordándose que sería una experiencia única. Por eso no quería hablar, ni pensar en su vida, sino centrarse en aquel hombre y aquel instante.

Cuando soltó el último botón, deslizó la camisa de Nick de sus hombros y por sus brazos, y él la dejó caer al suelo. Al ver que se sacaba la camiseta del pantalón y hacía ademán de quitársela, Edie lo detuvo y se sorprendió a sí misma diciendo:

–Déjame a mí.

Nick dejó escapar un gemido, pero bajó las manos.

–Está bien, pero luego te desnudo yo a ti –dijo con mirada insinuante.

–Cuando te llegue el turno –dijo ella, intentando disimular que la mera idea le hacía temblar de anticipación.

Ya estaba lo bastante temblorosa tras quitarle la camiseta y acariciar con las uñas su pecho. Él permaneció inmóvil, mirándola fijamente, y ella sintió bajo

sus dedos que lo recorría un escalofrío. Edie trazó círculos alrededor de sus pezones antes de bajar las manos por el centro de su torso hasta detenerlas sobre su cinturón.

–Supongo que también quieres que te deje eso –dijo él con voz ronca.

Ella alzó la mirada.

–Me parece bien. ¿Quieres ponerte de pie?

Nick se puso en pie. Los ojos de Edie quedaron a la altura del cinturón y ella se lo desabrochó con mucha más facilidad que los botones. Nick contuvo la respiración. Sin pensar en lo que hacía, Edie deslizó la mirada por la bragueta de los pantalones y solo entonces se dio cuenta de lo cerca que tenía la carne caliente que quería tocar y que, por la forma en que presionaba la tela del pantalón, también deseaba ser tocada. Hebilla suelta, cremallera bajada, los pantalones cayeron al suelo. Nick se quitó los zapatos y los alejó de una patada, luego dio un paso para salirse de los pantalones y se presentó ante Edie con tan solo un par de boxers que no lograban disimular su erección.

–También esto es tuyo –dijo él, mirándola y mirándose el sexo. Luego añadió–: Ahora me toca a mí.

–Todavía no he terminado –protestó ella.

Nick le sujetó las manos.

–No, pero a mí me falta mucho más que a ti.

Se inclinó y fue besándole la piel mientras descendía por sus hombros al tiempo que llevaba las manos a la espalda de su vestido. Apoyando la cabeza en su hombro, dejó escapar un gemido de impaciencia.

–¿Qué? –preguntó Edie.

–Hay al menos cien botones.

–Solo cuarenta –al recordar que había tenido que esperar un buen rato a que su madre acabara de abotonarlo, rectificó–. O quizá cincuenta.

–¿Cincuenta? –protestó Nick, aunque se puso de inmediato manos a la obra.

Como, tal y como Edie había deducido, era un hombre muy habilidoso y

capaz de hacer varias cosas a la vez, al mismo tiempo le mordisqueó la barbilla, las orejas y los hombros. Incluso parecía acariciarla con su cabello, que rozaba delicadamente su sensible piel.

–Por fin –susurró él, levantando las manos a sus hombros y deslizándolas hacia abajo. Como el sujetador era parte del vestido, los senos le quedaron al descubierto.

El aire la hizo estremecer, pero no tanto como la mirada de Nick. Edie nunca había tenido la confianza en su propio cuerpo de la que disfrutaban su madre y su hermana, pero Nick lo contempló con admiración antes de cubrir sus senos con las manos y acariciarlos con delicadeza, rozándole los pezones con los pulgares.

–Eres preciosa, preciosa –susurró, inclinándose para besar primero uno y luego otro.

Y Edie se estremeció con una sacudida de deseo.

–¿Tienes frío?

–No –dijo ella–. Solo… –como no encontró las palabras para expresarse, se limitó a sacudir la cabeza.

Nick se tomó tanto tiempo como ella. La hizo levantarse y colocarse delante de él, y mientras le besaba delicadamente la línea de las clavículas, se arrodilló, sujetó el vestido a la altura de la cintura y fue tirando de él hacia abajo. Sus dedos callosos acariciaron la piel de sus piernas, dejando la misma marca que Edie todavía percibía de cuando le había quitado las medias. Luego Nick le hizo levantar un pie y el otro para salirse del círculo del vestido, dejándola con solo un par de bragas de encaje.

–Ah –exclamó él, sentándose en los talones.

Edie sintió su mirada recorrerla desde los pies, subir por piernas y vientre hasta sus senos y su cara. Sonriéndole, Nick enganchó el dedo en el elástico de la cintura de las bragas y se las bajó.

Edie levantó los pies alternativamente para que se las quitara del todo y, antes de que su mente pudiera reaccionar, sintió las manos de Nick en los tobillos, en las piernas, en los muslos. Las piernas le flaquearon y tuvo que asirse a sus hombros. Podía sentir el cálido aliento de Nick en el vientre, mientras con sus dedos trepaba por el interior de sus muslos hasta llegar a la intersección y

acariciar el vello que cubría su feminidad, antes de tocarla allí mismo.

Edie ahogó un gemido.

En lugar de detenerse, Nick pareció tomárselo como una invitación, así que le separó los muslos y continuó.

Edie le clavó las uñas en los hombros.

–No…no es jus…usto –balbuceó.

Él la miró de soslayo.

–Apúntate cuando quieras –dijo.

Y sin saber cómo, Edie lo atrajo hacia sí hasta tenerlo tumbado a su lado y le quitó los boxers.

Él le ayudó y se acomodó para explorarla centímetro a centímetro. Edie estaba decidida a hacerlo durar, a disfrutar de cada segundo y explotarlo al máximo, pero estaba tan anhelante y ansiosa, que le costaba reprimirse. Deseaba a Nick. Cuando él se colocó entre sus rodillas, ella clavó las uñas en sus caderas, pero él actuó con lentitud, acariciándole los muslos y el sexo con delicadeza, retirando la mano después de alcanzarlo para comenzar de nuevo la espiral.

Edie dejó escapar un gemido intentando no alzar las caderas ni revolverse, no buscar sus manos ni demostrar cuánto lo ansiaba en su interior.

Pero Nick lo sabía. Sonrió y repitió la tortura, acompañando en aquella ocasión cada círculo con besos alternos de un muslo al otro, y dejando que su cabello rozara su sensible piel. Sus labios estaban calientes, pero el beso húmedo sobre el que soplaba antes de volver a tocarla, dejaba una huella de frescor en la piel de Edie.

Y con cada beso, se aproximaba un poco más. Edie tragó saliva y clavó los talones en el colchón. Más y más cerca… Dejó escapar el aliento con fuerza.

–¡Nick!

Él alzó la cabeza levemente.

–¿Sí? –y continuó. Una y otra vez.

Las rodillas de Edie temblaban violentamente y sujetó a Nick por el cabello.

Sin embargo, en lugar de tirar de él, tal y como había pretendido, lo mantuvo donde estaba. Como si se asiera a un salvavidas, desesperada, ciega.

Sacudió la cabeza de un lado a otro mientras él seguía acariciándola con sus dedos y su lengua, dibujando con el pulgar círculos de distinta presión en su punto más sensible hasta arrastrarla al límite. Sus caderas se alzaron bruscamente.

–¡Ahora! –dijo Edie, revolviéndose en la cama.

–Sí –susurró él. Y sin retirar los dedos, alargó la otra mano al cajón de la mesilla y sacó un cuadrado de aluminio.

Edie le ayudó a ponerse el preservativo y se tumbó para recibirlo, para cobijarlo donde quería tenerlo.

Instintivamente, meció las caderas y clavó los dedos en sus nalgas, que era lo que él quería. Edie no sabía por qué, pero tenía la certeza de intuirlo, no solo a un nivel físico, sino también emocional.

Quizá Nick había aparecido para que no sucumbiera a la atracción que Kyle siempre había ejercido sobre ella, pero aquello no tenía nada que ver con Kyle, sino solo y exclusivamente con ellos dos moviéndose al unísono, húmedos y calientes, dando y recibiendo en igual proporción.

No hubo la más mínima vacilación o duda. Solo la sensación de plenitud y bienestar.

Llegaron al clímax juntos y jadeantes; dos cuerpos fundidos en uno. Y en cuanto Nick se echó a un lado y la abrazó contra el costado, ella se quedó dormida. Diez minutos; quizá media hora, pero en cualquier caso, Edie se asombró de haberse quedado dormida. Cuando despertó se sentía sorprendentemente descansada y al girarse se encontró al lado de un cuerpo firme y caliente. El de Nick Savas.

Inicialmente se quedó asombrada y esperó arrepentirse, pero no fue así. Muy al contrario, recordó lo maravilloso que había sido. No sabía cómo ni por qué, como no sabía qué debía hacer en ese momento, aparte de no implicarse emocionalmente.

Nick no la había engañado y ella había aceptado jugar con sus reglas Pero no podía evitar que el sexo de una noche le resultara ajeno porque no lo había practicado nunca.

Asumiendo que Nick preferiría no encontrarla cuando despertara, inició el movimiento de levantarse, pero un brazo fuerte le rodeó la cintura y tiró de ella.

–¿Dónde vas?

Edie se volvió y vio que le sonreía con expresión somnolienta y seductora.

–Debería irme –dijo.

–¿Por qué?

–Porque… –en realidad no sabía qué decir, ya que no había ninguna razón lo bastante importante.

–No me convences –la sonrisa de Nick se amplió–. ¿Quieres irte?

Edie reflexionó y se dio cuenta de que no, que le encantaba estar en su cama y gozar de su proximidad. Sacudió la cabeza lentamente.

–Me alegro, porque ahora que nos hemos quitado la curiosidad inicial, podemos tomarnos nuestro tiempo –dijo, insinuante.

Y eso fue exactamente lo que empezó a hacer. Se acomodó al lado de Edie y acarició, besó y lamió cada parte de su cuerpo. Edie se entregó al placer sensualmente, consciente de que Nick tenía mucha experiencia y de que era extremadamente generoso. No actuaba para conseguir lo que quería, sino porque quería descubrir sus secretos, averiguar cómo reaccionaba, encontrar sus puntos ocultos, igual que hacía con sus edificios.

La sutil caricia de las puntas de sus dedos la hizo consciente de terminaciones nerviosas que jamás había sabido que tuviera. Su lengua en el interior del codo la hizo estremecer, sus pulgares le endurecieron los pezones, sus dedos acercándose pero sin nunca llegar a tocar su centro sensorial la hicieron enloquecer.

Edie quería que acelerara, que la tocara finalmente, que volviera a estallar en su interior y hacerle sentir plena. Pero al mismo tiempo quería que aquello no acabara nunca.

Por su parte, Nick parecía decidido a hacerle perder el sentido. Después de ascender una vez más y alejarse, volvió a deslizar las manos por sus muslos, la tomó por las nalgas y le abrió las piernas.

Ella gritó:

–¡Ahora! –y le mostró su impaciencia asiéndose a sus caderas y atrayéndolas hacia sí.

Él la penetró entonces con decisión, abandonando toda cautela, contradiciendo la lentitud y delicadeza de unos segundos antes. Apretó los dientes y la piel de su rostro se tensó. Su respiración se aceleró al compás de sus movimientos, y Edie se movió para acudir a su encuentro, para unirse a él; hasta que Nick dejó escapar un grito ahogado y una vez más alcanzaron el clímax al unísono. Una inmediata relajación y una profunda serenidad los envolvió y, cuando Nick se dejó caer sobre ella, Edie lo asió con fuerza, resistiéndose a soltarlo, a perder el contacto.

Sus corazones latían a un tiempo. Nick apoyaba la mejilla en la de ella. Edie giró la cabeza y se la besó, aspirando su aroma. Él también se giró y se quedaron mirando el uno al otro en silencio. Edie sonrió. Nick la observó con expresión seria. Parecía un hombre que hubiera recibido un golpe sin saber de dónde había llegado. Cerró los ojos y su respiración se ralentizó. Se había quedado dormido.

En aquella ocasión, Edie permaneció despierta. Se sentía maravillosamente, como cuando hacía el amor con Ben, pero con este nunca se había tratado solo de sexo. ¿Podría llegar a ser así con Nick? La pregunta la tomó por sorpresa y supo al instante que planteársela era un error.

Nick había dejado totalmente claro que no quería nada más. Pero ¿y si ella sí? Sería su problema.

Observó a Nick mientras dormía. ¿Habría sentido también él la sensación de conexión que había experimentado ella? O esa conexión no era más que la justificación que se buscaba una viuda solitaria para explicar un comportamiento tan poco característico en ella.

Ni tenía las respuestas ni las obtendría aquella noche, y quedarse allí, echada, no iba ayudarla, sino que solo podía contribuir a que deseara cosas a las que no tenía derecho con un hombre al que acababa de conocer. Y sin embargo, una parte de ella intuía extrañamente que conocía muy bien a Nick Savas.

Aquella noche le había demostrado que había vida después de Ben, y estaba segura de que pensaría en él durante tiempo. Pero por el momento debía ir a su dormitorio y retomar su vida. Cuidadosamente, se deslizó de debajo de su

brazo y buscó sigilosamente su ropa. Ya en el cuarto de baño se vistió precipitadamente, confiando en que no habría nadie paseándose por el castillo a aquellas horas. Ella tenía que tomar un avión en menos de seis.

Al salir, no pudo resistir la tentación de acercarse a la cama para ver a Nick por última vez. Se había girado sobre la espalda, la sábana se le había enredado en la cintura y Edie intentó memorizar sus músculos, sus labios sensuales, sus pómulos pronunciados. Le habría gustado ver sus ojos, a veces tan diáfanos y otras tan velados. El espejo de su alma.

Nick le había tocado tanto el cuerpo como el alma. Le había devuelto una parte de sí misma que había muerto con Ben, y Edie confiaba en haberle dado algo a cambio.

Lo miró largamente para grabarlo en la mente igual que lo llevaba grabado en el cuerpo. Y sin poder contenerse, se inclinó y le besó los labios. Él buscó los de ella, pero cuando Edie se retiró, él, no encontrándolos, dejó escapar un suspiro.

Edie lo imitó.

–Buenas noches, Nick –susurró–. Gracias –se dio permiso para acariciar por última vez su hombro–. O eso creo.

Y dando media vuelta, salió sigilosamente de la habitación.

Capítulo 4

LA INESPERADA llamada a la puerta de la mansión de su madre en Santa Bárbara sobresaltó a Edie, pero tras lanzar una mirada hacia el vestíbulo, volvió a concentrarse en la pantalla del ordenador, donde estaba cerrando una reserva para Rhiannon antes de que se pasara el tiempo de conexión… o de que su hermana cambiara de planes.

Desde que se había reconciliado con Andrew, Rhiannon estaba ansiosa y preocupada, tanto por temor a que Andrew la dejara como por el posible fracaso de su carrera profesional. Cambiaba de opinión constantemente y eso obligaba a Edie a reorganizar su agenda.

Afortunadamente, se había ido a las Bahamas a grabar un vídeo musical y Edie disfrutaba de una relativa paz.

Miró el reloj de arena de la pantalla con impaciencia.

Llamaron de nuevo y Roy, un enorme perro Terranova, alzó la cabeza con un vago interés, antes de volver a apoyarla sobre las patas delanteras.

El timbre sonó con más insistencia, dos llamadas seguidas. La pantalla finalmente cambió para confirmar la compra del billete. Edie pulsó el ratón y el reloj de arena reapareció. Edie esperó.

Y el timbre sonó dos, tres, cuatro veces.

No era frecuente que la gente se acercara hasta la aislada casa que Mona tenía en las montañas de Santa Bárbara, en la propiedad que había adquirido años atrás con el padre de Edie, Joe.

A la muerte de este, todo el mundo intentó convencerla de que se mudara, pero Mona se había negado porque habría significado traicionar la memoria de Joe. Además, la habían comprado para tener un refugio privado, un lugar en el que alejarse de los focos de la fama y ser ellos mismos.

Por aquel entonces, no existía la casa que posteriormente había construido Mona, y en la que Edie se encontraba, sino una sencilla vivienda de adobe que se conservaba en estado de ruina. Aunque Mona se había negado a abandonar la

finca, había aceptado que la vieja casa no era adecuada para vivir con dos niños pequeños, así que hizo construir otra, a la que se había mudado con Edi, cuando esta tenía cinco años, y Ronan, su hermano de siete, que desde entonces siempre la había llamado la casa de *hollywoodiense* de su madre.

Era grande y estaba lujosamente decorada. Tenía doce dormitorios y aún más cuartos de baño, una despensa en la que los hermanos gemelos de Edie de doce años, Dirk y Ruud podían patinar; una piscina, pista de tenis y… un sonoro timbre.

Quienquiera que estuviera llamando, decidió apoyarse en él y hacerlo sonar prolongadamente.

Edie estuvo tentada de no contestar, pero habría incumplido la norma de puertas abiertas de su madre. La hospitalidad Tremayne era legendaria, y a Edie no solía importarle contribuir a ella, pero su madre solía avisarla con anticipación.

El reloj de arena dio paso a una pantalla de confirmación. Aliviada, Edie dio a la tecla para imprimir el itinerario de Rhiannon y finalmente, con Roy pisándole los talones, fue a abrir.

–Ya voy –gritó, de camino a la puerta. Cuando ya sujetaba el picaporte, insistió–: Deja de llamar.

El irritante sonido cesó. Edie abrió la puerta bruscamente y se quedó boquiabierta. Ante sí tenía a Nick Savas en carne y hueso, y tan guapo como lo recordaba.

Sujetó el picaporte con fuerza y a Roy por el collar, como si necesitara asirse a algo para no ser arrastrada por el torbellino de emociones, recuerdos y preguntas que habían quedado sin respuesta y que había intentado olvidar en vano.

Lo más parecido a una explicación a la que había llegado para explicar aquella noche, era que Nick había logrado despertarla del letargo en que llevaba sumida más de dos años. Había algo en Nick Savas que la había tocado emocionalmente, y no se trataba ni de sus besos ni del sexo, sino algo en su personalidad y en su arrebatadora sonrisa. Además de sus ojos, risueños o tristes según el momento. Sentía una misteriosa conexión con él, y tenía la sensación de que ambos se habían entregado algo mutuamente aquella noche; pero al mismo tiempo se recordaba que no había sido más que una ocasión aislada, tal y como demostraba que Nick no hubiera intentado localizarla.

Así que, ¿qué hacía allí?

Su sensual boca esbozó una sonrisa y Edie supo que los recuerdos que la habían acosado no eran un producto de su imaginación.

–¿Qué haces aquí? –preguntó, perpleja.

La Cenicienta que albergaba en su interior ansiaba oírle decir que había acudido en su busca. El noventa y nueve por ciento de su sensato cerebro le dijo que no fuera estúpida. Cosas así solo tenían lugar en los cuentos de hadas.

–Yo también me alegro de verte –dijo él con un brillo risueño en la mirada. Luego la miró inquisitivamente y continuó–: No recuerdo que nos despidiéramos en malos términos. De hecho, ni siquiera recuerdo que nos despidiéramos. Me desperté y ya no estabas.

Edie sintió fuego en las mejillas y apretó la presión en el collar de Roy.

–No quise despertarte y tenía que tomar un vuelo –intentó expresarse con indiferencia, pero supo que sonó esquiva–. Lo siento –tras una pausa, añadió–. Fue una noche… maravillosa.

Él siguió sonriéndole, tan guapo como lo recordaba, en aquella ocasión con aire informal, vaqueros gastados y una camisa verde clara.

–Estoy de acuerdo –dijo él, deslizando la mirada por su cuerpo como si la desnudara–. He estado hablando con tu madre –al ver la expresión desconcertada de Edie, explicó–: Quería consultarme sobre la casa de adobe.

–¿Para qué? –preguntó ella.

–En Mont Chamion me comentó que necesitaba ser restaurada, así que me ofrecí a evaluarla.

–¿Evaluar el qué? –¿Nick estaba allí porque había hablado con su madre? No pudo evitar sentirse desilusionada al saber que su aparición estaba relacionada con trabajo–. Mona está en Tailandia.

–Ya. Hablé ayer con ella.

También Edie, pero no había mencionado a Nick.

–Además, hace dos semanas comentamos los planes de restauración, pero como no sabía cuándo podría venir, dijo que podía acercarme cuando acabara el

trabajo que tenía entre manos.

Edie empezaba a asimilar la noticia.

–¿Acercarte para qué?

–Para decidir si vale la pena trabajar en la casa –dijo Nick, alargando una mano hacia Roy para que se la olisqueara y comprobara que era un amigo.

Edie se sentía traicionada. Era evidente que al fallarle el plan de Kyle, su madre había decidido emparejarla con el hombre con el que se había ido de la fiesta. ¿Cómo lo habría convencido? Edie se sintió humillada.

–No vale la pena hacer nada con la casa de adobe –dijo, cortante.

En realidad confiaba en que no fuera así porque adoraba aquella casa, en la que había vivido su infancia. Desafortunadamente, Roy había decidido que Nick le gustaba y empezó a mover la cola. Ella forzó una tensa sonrisa.

–Tu madre parece opinar lo contrario. Pero hasta que no la vea no puedo saberlo –como si quisiera torturarla, Nick añadió–: Si decido que sí, puede que haya que hablar con la comisión de edificios históricos.

El que hablaba era el Nick profesional y práctico, y Edie estaba más preocupada valorando lo que todo aquello significaba.

–¿Dónde vas a alojarte? –preguntó bruscamente.

Nick parpadeó antes de recuperar la sonrisa.

–La verdad es que Mona me invitó a quedarme aquí –mirándola especulativamente, añadió–: ¿Te molesta?

Molestar no era palabra. Desconcertar, mortificar, inquietar, lo eran. Pero no podía decírselo. Obligándose a dedicarle su sonrisa más hospitalaria, dijo:

–Claro que no –dio un paso atrás y abrió la puerta de par en par–. Adelante. Por cierto, este es Roy.

Nick se inclinó para rascarle las orejas, y el gruñido de placer de Roy recordó a Edie el placer que aquellas mismas manos le habían proporcionado.

–Voy a por la maleta –dijo él al incorporarse.

Edie lo esperó al tiempo que su mente trabajaba frenéticamente para saber cómo manejar la reaparición de Nick Savas en su vida En primer lugar, se recordó, Nick no estaba allí por ella, sino por la casa de adobe. «No olvides que para él no es más que trabajo», se dijo con firmeza al verlo volver del coche con una bolsa de viaje en un hombro y un maletín de ordenador en el otro.

–¡Qué magnífico! –exclamó él, ya en el interior.

El salón de techos altos, paredes de color crema y suelo de terracota se abría a un amplio patio al que daba sombra una parra. Las puertas estaban abiertas y la brisa refrescaba el interior.

–Mi hermano dice que parece une decorado de película ambientada en España –dijo Edie, encogiéndose de hombros.

Nick rio.

–Entiendo a lo que se refiere, pero es una reproducción muy digna.

–Eres más condescendiente que Ronan –dijo Edie, sorprendida de que Nick no fuera más severo. Cuando llegaron al piso superior, comentó señalando las numerosas puertas abiertas que tenían ante sí–: Casi cualquiera de estos dormitorios está a tu disposición.

Luego le mostró cada una de ellas, indicándole cuál era la suite de su madre, la de su hermana pequeña, Grace, y la de sus hermanos gemelos, que daban a la piscina.

–Están de vacaciones en Tailandia con Mona –explicó. También ella de pequeña solía acompañar a su madre durante los rodajes.

–¿Y esta? –preguntó Nick, indicando una particularmente austera.

–Es la que usa mi hermano Ronan cuando viene de visita, pero puedes ocuparla. O –añadió Edie con una sonrisa– puedes dormir en la de la torre.

–¿Qué torre?

–¿No te has fijado en la torre morisca? –preguntó Edie. Era el lugar más romántico de toda la casa.

Nick sonrió.

–La había olvidado. ¿Hay un dormitorio en ella?

–Una pequeña suite que Rhiannon adora.

–Puedo imaginarlo. ¿La usa cuando viene?

–Sí, pero ahora está fuera, así que si la quieres…

–¿Y por qué no la usas tú?

–Porque vivo en un apartamento que Ronan se hizo sobre el garaje, y en el que me instalé tras la muerte de Ben.

–¿Y quién duerme en tu antigua cama?

–Nadie –dijo ella.

–¿Y de quién es esta? –preguntó Nick, al pasar junto a una que daba al bosque.

–Era la mía –dijo Edie.

–Pues entonces me la quedo –dijo él. Y, entrando, dejó la bolsa y el ordenador sobre la cama.

–Muy bien –dijo ella, evitando dotar a la elección de cualquier significado–. Te dejo para que te instales.

–¿Hay alguien más en la casa?

–No. Pero no te preocupes, Clara, la asistenta de Mona, vendrá y cocinará a diario.

–Por mí no hace falta, puedo cocinar yo mismo. Además, si no me parece que la restauración tenga sentido, puede que ni siquiera me quede.

–Claro.

Edie cruzó los dedos para que se hubiera ido antes del anochecer y para que la vida siguiera su curso.

–¿Quieres ir a ver la casa de adobe hoy mismo o estás cansado del viaje?

–No, sólo he volado desde Los Ángeles. Preferiría ir hoy mismo.

–Pues baja cuando quieras y te llevaré. Estaré en el despacho, en la parte de atrás de la casa, junto a la cocina.

Si te pierdes, sigue el sonido del teléfono.

En aquel mismo momento empezó a sonar, así que tuvo la excusa perfecta para marcharse.

Era la primera vez en mucho tiempo que se alegraba de oír la voz de Rhiannon, y ni siquiera se alteró cuando le dijo:

–He cambiado de idea.

Edie tomó un lápiz y se limitó a decir:

–¿Qué quieres que haga?

Como Rhiannon no era especialmente perceptiva, no notó la peculiar actitud de Edie, sino que le explicó que acababa de decidir que quería dar una sorpresa a Andrew, en Miami.

–¿Podrás cambiar la reserva? –concluyó.

–Seguro que sí –la tranquilizó Edie.

Suponía empezar una vez más desde cero, pero así tendría la mente ocupada en algo distinto que el hombre del primer piso.

«Tranquila», se dijo. «Solo necesitas unos minutos para recuperarte de la sorpresa. No es verdad que al verlo hayas pensado que venía a verte, ni que te importe que su presencia solo se deba a una cuestión laboral ».

–Edie, ¿estás ahí? –le llegó la voz de Rhiannon, a la que, evidentemente, no había escuchado.

–Claro –dijo ella, sobresaltándose–. Estaba tomando nota de lo que me has pedido. En cuanto haga la reserva, te mandaré un correo.

–Gracias. Y por favor, no le digas nada a Andrew. Quiero darle una sorpresa.

–¿Estás segura? –en opinión de Edie, las sorpresas a veces no eran bienvenidas.

–Tengo que demostrarle cuánto le quiero antes de que se dé por vencido.

Ah, su hermana, siempre tan dramática.

–Como quieras –dijo Edie.

–Gracias, Ede, eres la mejor –dijo Rhiannon antes de colgar.

El teléfono sonó dos veces más, obligándola a concentrarse en el trabajo, por lo que dio un respingo al oír una voz a su espalda:

–Así que aquí es donde trabajas.

Edie se volvió y vio a Nick en la puerta, sonriendo.

–Así es –dijo Edie, abarcando la acogedora habitación de vistas espectaculares sobre el jardín y los tejados de Santa Bárbara en la distancia con un gesto de la mano.

–No está nada mal. No sé cómo puedes concentrarte –dijo Nick.

–Aunque parezca un sacrilegio, terminas acostumbrándote –dijo ella, poniéndose de pie.

–Lo entiendo. A mí me pasa lo mismo. Puedo estar en un edificio espectacular y solo ver vigas podridas o humedades.

–¿Encontraste muchas en la iglesia de Noruega?

En Mont Chamion, Nick le había mencionado que ese era su siguiente proyecto.

–Así es –dijo Nick. E hizo lo que Edie confiaba que hiciera, hablar del proyecto y así desviar la conversación hacia un tema interesante pero impersonal.

Sin embargo, cuando al salir para ir a ver la casa, Nick le colocó bien la etiqueta de la gorra de béisbol que se había puesto a la vez que comentaba que le gustaba mucho cómo le quedaba, Edie supo que no iba a ser sencillo pensar que no estaba allí más que por trabajo.

–Me quemo con facilidad –dijo, desviando la mirada y guiándolo por un sendero bordeado de eucaliptos, con Roy trotando delante de ellos.

–¿No hay un camino de acceso asfaltado? –preguntó Nick.

–Uno en bastante mal estado, que pasa por el otro lado de la colina. ¿Te cuesta caminar? –preguntó, provocadora.

Nick rio y su risa hizo que a Edie se le pusiera la carne de gallina.

–Solo lo preguntaba pensando en cómo podría acercar el material para la restauración –dijo él.

Continuaron caminando en silencio mientras Edie iba recuperando recuerdos de la casa hacia la que se dirigían. La casa de adobe solo tenía un significado especial para Ronan y para ella, porque habían pasado allí su infancia. Edie la adoraba, y en más de una ocasión había pensado en restaurarla e ir a vivir a ella con Ben, pero nunca habían llegado a hablarlo.

–Creía que no restaurabas casas –dijo al cabo de un rato.

–Y quizá no me ocupe de esta tampoco. Depende del estado en el que esté.

–Claro. Has sido muy amable viniendo a verla –Edie se esforzaba por sonar lo más indiferente posible–. No sé qué le ha dado a Mora por restaurarla.

Aunque por supuesto que lo sabía. Era Mora en plena misión de celestina. Edie miró a Nick de soslayo, pero él no hizo ademán de contestar.

–¿Cuándo acabaste en Mont Chamion? –preguntó ella.

–Una semana después de la boda. Fui un par de veces a supervisar el trabajo de los artesanos, pero he pasado casi todo el tiempo restante entre Noruega y Escocia.

–¿En Escocia? –preguntó Edie.

–Así es –en lugar de extenderse en una explicación, Nick cambió de tema–. Háblame del rancho.

A Edie le sirvió para establecer una mínima distancia con la situación.

–Creo que es de mediados del siglo XIX. Mi padre solía contarnos historias de sus primeros propietarios, aunque no sé si eran verdad –sonrió al recordar cuánto le gustaba a su padre subirse a Ronan y a ella al regazo y hablarles de los colonizadores de California.

–¿Pertenecía a tu familia?

–No. Mis padres lo compraron después de casarse. Aunque estaba ya bastante deteriorada, a mi padre le interesaba el terreno. Había nacido en un

rancho y quería criar caballos. No tenía nada que ver con el mundo del cine –Edie todavía podía verlo, alto, moreno, guapo–. Equilibraba a mi madre. Era tranquilo y sólido –Edie pensó que estaba hablando demasiado–. Pero supongo que eso no te importa.

–Al contrario, cuanto más sepa de los habitantes de la casa, mejor.

Edie recordó las historias de la familia real de Mont Chamion que Nick le había contado en el castillo.

–Por aquel entonces, a mis padres lo que más les importaba era la familia –continuó Edie–. Pero la muerte de mi padre cambió a Mona. Se sentía perdida, e intentó desesperadamente recuperar el equilibrio que le daba estar en pareja.

A medida que hablaba, Edie fue recuperando recuerdos de los días felices que habían pasado en la casa de adobe, y de la dolorosa pérdida de su padre en una accidente de coche. Llegaron a lo alto de una colina desde la que, al fondo de la ladera y entre un bosque de pinos, se divisaba la casa.

–¿Por eso se ha casado tantas veces? –preguntó Nick.

–Yo creo que sí –dijo Edie–. Quería estar casada, tener un hombre. Y como nunca le han faltado, ha tenido muchos hijos.

–Debió de resultarte difícil.

–No, fue lo mejor que podía pasarme, sobre todo desde que se hizo famosa. Ser seis hermanos permitía repartir la atención de los paparazzi.

Estaban ya cerca de la casa y, al verla a través de los ojos de Nick, su estado de deterioro horrorizó a Edie.

–Está mucho peor de lo que recordaba –comentó.

Nick guardó silencio y se limitó a estudiar el edificio, con su ancho porche y ventanales profundos.

–Mi padre siempre estuvo demasiado ocupado como para mejorarla –dijo Edie en tono defensivo.

–Lo comprendo –dijo Nick crípticamente mientras seguía acercándose.

Edie observó las pruebas del deterioro. El techo del porche estaba hundido, la fachada estaba descascarillada en numerosos sitios… Nick recorrió el perímetro

lentamente, observándola desde todos los ángulos. En cierto momento tiró de una madera, y el ruido que hizo al troncharse hizo estremecer a Edie.

–No parece que valga la pena restaurarla –se aventuró a decir.

En lugar de hablar, Nick raspó parte del estuco que su padre había usado para cubrir algún agujero, y estudió la superficie que quedó a la vista.

Edie se consoló diciéndose que cada vez era menos probable que Nick aceptara el proyecto, y que los esfuerzos de Mona para emparejarlos fracasarían. Pero por otro lado, le causaba dolor pensar que la casa no tenía remedio, y el gen de Cenicienta que llevaba en la sangre seguía deseando que Nick Savas se quedara en el rancho.

–¿Está abierta?

A Edie le sorprendió que el exterior no hubiera bastado para desanimarlo.

–Tengo la llave –dijo. Y sacó del bolsillo un llavero con varias llaves, entre las que seleccionó una.

Nick la tomó de su mano y, cuando sus dedos se rozaron, ella comprobó, horrorizada, que una sacudida eléctrica la recorría de la cabeza a los pies. Nick subió al porche y abrió la puerta.

Edie lo siguió, sorteando las tablas rotas del suelo.

–Me temo que no hay electricidad, así que no vas a poder ver demasiado.

Rodeada de eucaliptos que contribuían a mantener la casa fresca, el sol solo se filtraba indirectamente. Sin embargo, Nick parecía acostumbrado a trabajar con el tacto, porque, en lugar de mirar, se dedicó a palpar las paredes y se agachó para tocar el suelo.

Edie no tenía ni idea de qué estaba viendo, pero cuanto más pasaba en la casa, más recuerdos de los años vividos allí la asaltaban. En el salón, su padre solía llevarlos a caballo a cuatro patas; al lado de la ventana, ponían el árbol de Navidad; en la cocina comían platos preparados por Mona, y no por una cocinera.

Mirando alrededor sintió que la emoción le atenazaba la garganta. Pasó la mano por la encimera de la cocina, viéndose a sí misma sobre una silla ayudando a su madre a cortar unas galletas; detrás de la puerta permanecían las marcas que su padre había hecho registrando el crecimiento de Ronan y de ella. Pasó el

dedo por la última y recordó cómo se erguía cuanto podía, haciendo reír a su padre que solía pedirle que dejara de crecer.

–¿Estás bien? –preguntó Nick, apareciendo en el umbral de la puerta.

–Sí. Estaba acordándome de lo bien que lo pasamos en esta casa –dijo ella con una tímida sonrisa.

Nick asintió como si lo comprendiera. Edie no lo conocía lo suficiente como para saber si era sincero, pero lo que sabía de él le gustaba enormemente. Cuando habían pasado la noche juntos en un escenario ajeno, había querido creer que la atracción desaparecería si se encontraban en un espacio familiar. Pero estaba equivocada.

Nick empezó a abrir armarios y a estudiar su interior, y Edie se permitió observarlo y recordar los momentos de intimidad que había compartido con él, así como la forma en la que él la había tocado… y no sólo físicamente.

–Tengo que irme –dijo bruscamente–. He de trabajar.

Nick, que estaba agachado observando un punto del suelo, alzó la mirada con expresión distraída:

–Claro. No te preocupes. Vete.

–Vamos –llamó Edie a Roy. Al ver que miraba hacia Nick, añadió, más para sí misma que para el perro–. Él no viene. Está aquí por trabajo y se va a marchar pronto.

O al menos eso esperaba. Porque al fin y al cabo, no estaba allí por ella. Ni siquiera era consciente de haberla sacado de un prolongado letargo, porque no estaba allí más que por las maquinaciones de Mona.

Nick no había hecho ninguna promesa.

–La iré a ver –le había dicho a Mona la semana anterior por teléfono–. Y si vale la pena restaurarla, lo haré.

–Estupendo –contestó ella–. Puedes alojarte en mi casa. Hay sitio de sobra. Ahora me tengo que ir a filmar.

Edie podrá ayudarte. ¿La recuerdas?

Claro que la recordaba. Y no había cambiado nada.

La práctica cola de caballo que llevaba no se parecía ni por asomo al sofisticado peinado de la boda, ni los pantalones y camiseta resaltaban sus curvas en la medida en que lo había hecho el vestido malva.

Pero Nick estaba seguro de que, si se lo soltaba, el cabello le caería en mechones sedosos por la espalda, como sabía que, debajo de cualquier ropa, encontraría su piel de seda y los secretos femeninos que había tenido la oportunidad de explorar.

–Maldita sea –masculló, mirando hacia la puerta por la que se había ido.

En contra de lo que había esperado, la encontraba tan atractiva como en Mont Chamion. Por eso mismo había insistido en que solo se quedaría si valía la pena hacer el trabajo.

Una noche no había sido suficiente.

La observó hasta que la perdió de vista, pensado que, de espaldas, podía pasar por una espigada adolescente. ¿Cómo era posible que no hubiera logrado borrarla de su mente en dos meses y medio?

Nick nunca pensaba en las mujeres con las que se acostaba más allá de la noche que compartía con ellas. Eran divertidas y guapas y lo pasaba bien con ellas, pero en cuanto dejaba de verlas, las olvidaba. Ni siquiera recordaba sus nombres. Y, sin embargo, no lograba olvidar el de Edie Daley.

Edie, la mujer de cabello oscuro y ojos chispeantes verdes; de labios sensuales y cuerpo atlético; Edie, anhelante y apasionada. Su ingenio, su encanto, su curiosidad, su vulnerabilidad, todo ello había poblado sus sueños de día y de noche. Era absurdo.

Al principio pensó que se debía a que habían compartido su cama, cuando siempre se aseguraba de pasar la noche en la cama de la mujer con la que se acostaba. No las llevaba jamás a su territorio.

Ni siquiera tenía una casa que considerar un hogar. Ni la poseía ni la alquilaba. Había vendido la que construyó para Amy al poco de morir esta. Las pocas pertenencias que tenía las dejaba en casa de su tío Socrates, en Long Island. Y vivía en constante movimiento, instalado en las casas que renovaba. Le gustaba así. No había ninguna razón por la que tener una casa. No tenía esposa, ni hijos. Ni siquiera perro o gato.

No los necesitaba; no los deseaba.

¡Tampoco quería a Edie Daley! O quizá sí, aunque solo fuera físicamente. El deseo era como un picor que necesitara rascarse. Así que lo rascaría y pondría final a aquel absurdo.

Capítulo 5

CÓMO que se ha ido? –preguntó Edie a la sirvienta tailandesa con la que no llegaba a entenderse.

–*Señora Tremayne no aquí.*

–Pero si acababa de amanecer –indicó Edie.

–*Irse ayer noche*.

–¿Ayer? No me dijo nada.

–*Cambio planes* –dijo la mujer.

–¿Cuándo vuelve?

–*No sé. Tres, cinco días. Ir a montañas.*

Edie empezó a inquietarse.

–Necesito hablar con ella.

Había llamado a la casa que Mona tenía alquilada porque cada vez que llamaba al móvil saltaba el contestador.

–¿Y los niños? –preguntó. Lo normal era que los hubiera dejado con la sirvienta mientras estaba fuera.

–*También ir.*

–Ah, de acuerdo –llevarse a los gemelos y a Grace sin contar con ayuda era una sorprendente novedad–. ¿Se ha llevado el teléfono?

–*Sí. Pero difícil hablar. Intente. Igual suerte.*

Edie reprimió las ganas de decirle que la suerte no estaba precisamente de su lado. Le dio las gracias, llamó a su madre otras dos veces y se dio por vencida. La regañina tendría que esperar. Después de lo sucedido en la boda con Kyle Robins, pensó que había aprendido la lección, pero estaba claro que no.

Todavía enfurruñada, se puso a trabajar en el ordenador con la esperanza de estar lo bastante ocupada como para no pensar en Nick. Pero, desafortunadamente, cambió las reservas de Rhiannon, hizo varias llamadas, contestó algunas preguntas de los abogados de Mona…, pero todo el tiempo permaneció atenta a cualquier ruido que indicara la presencia de Nick.

Pasaron las horas, y a las cinco y media seguía sin volver. Dio el trabajo por terminado y fue a la puerta principal. De no haber dejado su bolsa de viaje en el dormitorio, Edie había creído que, después de inspeccionar la casa, Nick se había marchado sin despedirse.

«Tienes que dejar de pensar en él», se aconsejó. E hizo lo que acostumbraba a hacer después del trabajo: se puso el bañador y se metió en la piscina.

Pasaban las seis cuando Nick volvió a casa de Mona. Había recorrido la casa de adobe milímetro a milímetro, incluido el tejado, y estaba sucio y sudoroso. Necesitaba una ducha urgentemente.

Rodeó la casa para usar la puerta más próxima a las escaleras y así evitar dejar restos de barro, además de poder saludar a Edie en el despacho, pero antes de llegar, un movimiento que percibió con el rabillo del ojo, llamó su atención.

Más allá de un macizo de adelfas, alguien nadaba en la piscina. Antes de que su mente tomara una decisión consciente, sus pies lo encaminaron en esa dirección, donde el cuerpo esbelto de Edie se deslizaba por el agua. Nadaba con suavidad y elegancia, pero no fue eso en lo que Nick se concentró, sino en su cuerpo, sus largas piernas, su bronceada espalda y aquella preciosa piel dorada que él recordaba tan bien.

La necesidad de tomar una ducha se convirtió en una urgencia. Y tendría que ser helada. Aunque otra opción era meterse en el agua y resolver el problema de una manera mucho más placentera.

Para cuando alcanzó el suelo de terrazo que rodeaba la piscina, se había desabrochado la camisa. Tiró la camisa sobre una hamaca y se quitó los zapatos con los pies al tiempo que se empezaba a quitar la camiseta.

–Has vuelto –dijo Edie, sobresaltada.

Nick tiró de la camiseta para mirarla. Edie había salido del agua y se acercaba a él, envuelta en una toalla a la cintura y secándose el cabello con otra.

–¿Qué piensas? –preguntó ella, mirándolo fijamente.

–¿De qué? –preguntó él, aturdido. Si lo había visto llegar, ¿por qué no se había quedado en el agua? ¿Estaría evitándolo?

–De la casa. ¿Es mejor que la derruyamos?

A Nick le extrañó que sonara esperanzada porque durante la visita había observado su actitud melancólica, cómo había recorrido las habitaciones acariciando los muebles, tocando las pequeñas marcas de la pared.

–No –dijo él, más alto de lo que pretendía–. Vale la pena salvarla. Es un ejemplo interesante de arquitectura vernácula.

–¿De verdad?

–Sí. No tiene un valor espectacular –dijo él con sinceridad–, pero el que no sea una mansión, sino un rancho, hace que sea más interesante.

Desde el punto de vista arquitectónico era un pastiche de estilos y terribles adiciones. Como evaluador profesional de arquitectura histórica, debía haber salido huyendo. Pero no iba a hacerlo. No. Había preferido decir con toda seriedad que valía la pena salvarla. Y finalmente tuvo como recompensa ver el rostro de Edie iluminarse.

–Creía que te parecería imposible –luego, perdiendo la sonrisa, preguntó–: ¿Y eso qué quiere decir?

«Que podemos hacer el amor aquí mismo», pensó Nick, pero dijo:

–Que tengo que redactar el proyecto, hablarlo con Mona y ponerme a trabajar.

–Entonces… ¿vas a quedarte un tiempo? –Edie no parecía entusiasmada.

–Así es –dijo él con firmeza.

Edie sonrió, pero sus ojos no se iluminaron.

–Ah, estupendo.

–¿No quieres que recuperemos la casa?

–Claro que sí… Es… genial –balbuceó ella.

–¿Y por qué no te invito a cenar para celebrarlo? –preguntó Nick. Edie abrió la boca, pero no consiguió articular palabra.

–¿A celebrar qué? –preguntó finalmente.

–Que la casa se puede restaurar, que voy a pasar un tiempo aquí, que vamos a estar juntos –concluyó Nick intencionadamente, mirándola con intensidad–. ¿No crees que vale la pena celebrarlo?

Nick vio que Edie tragaba saliva. Luego, ladeó la cabeza y respiró.

–Sí, claro –tomó aire y le dedicó una sonrisa crispada–. Me parece bien.

–¿Bien? –Nick la miró entornando los ojos con sorna–. ¿Bien?

Edie se encogió de hombros y mantuvo la misma sonrisa superficial que hizo recordar a Nick a la que desplegó al volver junto a él en la boda y pedirle que le enseñara sus trabajos de restauración. También había estado tensa entonces, pero en aquella ocasión intentaba evitar al rubio de oro y las manipulaciones de su madre. ¿Qué la ponía nerviosa en ese momento? ¿Estaba insegura? ¿Prefería no estar con él?

Nick frunció el ceño, preguntándose si habría olvidado lo bien que lo habían pasado, y diciéndose que, si era así, tendría que recordárselo.

–Tengo que ir a cambiarme –dijo ella, alejándose hacia la verja.

–Por mí no te molestes –bromeó él.

Edie se ruborizó, así que Nick dedujo que no había olvidado. Aun así, la mirada que le dirigió fue de incomodidad.

–Si vamos a salir, debo ducharme y lavarme el pelo.

–Si prefieres, podemos quedarnos en casa y celebrarlo aquí –a Nick se le ocurrían muchas maneras de celebrar que no implicaban que Edie tuviera que vestirse.

–Prefiero salir.

–Muy bien. Yo me daré un baño y te iré a buscar dentro de una hora.

La velada transcurrió como una cita en toda regla. En cuanto Edie abrió la puerta a Nick, se sintió como si la estuviera cortejando, y por más que se dijo que

no era verdad, que estaba allí por trabajo, la forma en que le sonreía, la calidez de su mirada, el roce de sus dedos, que buscaba cada vez que le rellenaba la copa, consiguieron que deseara que no fuera así.

Hacía una preciosa noche californiana en la que soplaba una suave brisa; la comida era exquisita y Nick se comportaba de manera encantadora. Ese era el problema: le resultaba demasiado fácil hablar con él, y era un placer mirarlo. Le contó en detalle lo agotadores que habían sido los proyectos de Noruega y Escocia.

–¿Y aun así te has animado a venir? –Edie sabía que Mona era muy persuasiva, pero le extrañaba que hubiera accedido a inspeccionar la casa, y más sabiendo que coincidiría con ella.

¿O acaso también él había despertado con su encuentro? Edie se inclinó hacia delante para observarlo más detenidamente al tiempo que él se apoyaba en el respaldo y la observaba entornando los ojos.

–Es a lo que me dedico –dijo finalmente, encogiéndose de hombros–. Me gustan los retos.

Edie sintió al instante la corriente de atracción que se trasmitía entre ellos como un puente que los unía, aunque siguiera sin estar segura si era solo físico o también emocional.

–¿Quieres café? –preguntó él, esbozando una juguetona sonrisa.

Edie recordaba bien el sabor de aquellos labios y la deliciosa presión que podía ejercer sobre los de ella. Había llegado la hora de marcharse, pero eso adelantaría la hora de tomar una decisión, y antes, debía fortalecer sus defensas. Así que pidió un café, que resultó ser delicioso, y tan fuerte que le permitiría hacer el amor toda la noche. Si no fuera porque…

Se asió a la taza como si fuera un salvavidas. Finalmente, miró a Nick a los ojos y dijo:

–Tenemos que dejar una cosa clara –Nick arqueó las cejas ante la solemnidad de su tono y esperó–. No voy a acostarme contigo –concluyó Edie.

Nick se irguió y su expresión pasó de la sorpresa a la sorna.

–¿De verdad? –preguntó en un tono de indiferencia que avergonzó a Edie.

–No, y ya sé que no me lo has propuesto –tomó aire–, pero por si surge.

–Podría surgir –Nick siguió usando un tono neutro, pero algo en su actitud indicó a Edie que no se había equivocado al sacar el tema.

–Solo quería aclararlo desde un principio –dijo, mirándolo fijamente.

Nick guardó silencio sin parpadear.

–¿Por qué no? –preguntó tras lo que Edie percibió como una eternidad.

Ella empezó a arrepentirse de haber sacado el tema. Le sudaban las manos.

–No es que no lo disfrutara –bajó la mirada–. Lo pasé muy bien.

–Me alegro –dijo él en tono grave, aunque hizo una mueca.

–Te estás riendo de mí.

–Qué va –dijo él sacudiendo la cabeza–. Estoy sorprendido, que no es lo mismo. Creía que los dos lo habíamos pasado bien.

–Y así fue –dijo Edie–. Pero tú mismo dijiste que era una única vez.

A Edie le pareció que a Nick se le torcía el gesto, pero en la penumbra, no fue fácil determinarlo.

–No es una ley escrita –masculló él–, ni me convertiría en calabaza por hacer el amor dos veces con la misma mujer.

Edie sonrió a su pesar.

–Me alegro.

–¿Ah, sí? –dijo él, alerta.

–De que no te conviertas en calabaza –aclaró ella. Lo miró fijamente y dijo–: Podría enamorarme de ti.

–¿Qué? –Nick dejó la taza en la mesa bruscamente, y en tono de alarma, añadió–: ¿Enamorarte de mí?

Edie se encogió de hombros. Ya no había marcha atrás.

–Tras la muerte de Ben, creí que me moriría de dolor. Hasta que has aparecido tú, no me había interesado ningún hombre.

–Pero no estás enamorada de mí.

–Claro que no –replicó ella al instante–. Pero me gustas.

–También tú a mí, pero no estoy enamorado de ti –dijo él, frunciendo el ceño.

–Precisamente. No quiero empezar a sentir algo por alguien que no tiene el menor interés en mí. Ya lo he hecho antes.

–¿Cuándo? –preguntó él, sorprendido.

–Tenía dieciocho años, era joven e inocente. ¿Te acuerdas del actor de Mont Chamion?

–¿Él? –preguntó Nick, atónito.

–Salimos un tiempo, pero para mí fue mucho más importante que para él –Edie se resistió a dar detalles–. En cambio con Ben aprendí lo que era el amor.

–¿Ah, sí? –los ojos de Nick brillaron, desafiantes.

Edie lo miró directamente.

–Desde luego.

Nick bebió café sin apartar la mirada de la de ella. El camarero llegó a continuación y le rellenó la taza, mientras que Edie tapaba la suya con la mano.

–No, gracias –dijo–. Si bebo más, no pegaré ojo.

–Traiga la cuenta, por favor –dijo Nick.

Edie buscó en su bolso.

–Pago yo.

–Ni hablar –dijo Nick.

–Es una cena de trabajo –protestó Edie–. Mi madre…

–¡Tu madre no tiene nada que ver con esto! –Nick le dio la tarjeta al

camarero. Al ver que Edie iba a protestar, añadió–: No discutas y guarda el dinero.

Edie obedeció a regañadientes.

–No esperaba…

–Has dejado muy claro lo que esperas y lo que no. Deja que te aclare una cosa: si invito a cenar a una mujer, pago yo, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo ella.

El camarero volvió con el recibo para firmar y Nick se guardó la copia en la cartera.

–Al menos, podrás desgravarla –sugirió Edie.

Nick la miró contrariado, se puso en pie y fue a separar la silla de ella con extrema cortesía a pesar de que no podía disimular su enfado.

–Gracias –dijo Edie–. Y gracias por la cena.

–De nada –dijo él.

Al ir hacia la puerta, Edie se tropezó con la pata de una silla y Nick tuvo que sujetarla por el brazo para evitar que cayera.

–Gracias –dijo ella de nuevo.

–De nada –repitió él en tensión.

El problema fue que no la soltó de camino al coche y Edie podía sentir su mano a través del fino algodón del vestido como si la tocara directamente.

Una vez en el coche, Edie le dio instrucciones para salir de Santa Bárbara en dirección a la casa de Mona. No hablaron en todo el camino, y cuando llegaron, Nick la acompañó también en silencio hasta su apartamento. Edie lo consintió porque sabía que no valía la pena discutir.

Una vez alcanzaron el pequeño porche, la envolvió el olor de la loción del afeitado de Nick y Edie supo que, si se volvía, lo tendría tan cerca que podría besarlo. Pero en lugar de hacerlo, terminó de meter la llave en la cerradura y abrió la puerta. Solo entonces se volvió:

–Gracias por la cena –dijo con una rápida sonrisa. Roy acudió a recibirla, y

lo sujetó por la correa.

–Edie –dijo Nick, mirándola fijamente–, no tiene por qué pasar.

–¿El qué? –preguntó ella, desconcertada.

–Que te enamores de mí. La gente elige de quién se enamora. Solo tienes que elegir no hacerlo.

Edie fue a protestar, pero se limitó a decir:

–Buenas noches, Nick.

–Buenas noches, Edie –dijo él con sorna–. Avísame cuando cambies de opinión.

Por la mañana se había marchado.

A Edie no le sorprendió ver que su coche no estaba y en cierta forma pensó que debía considerarse halagada de que el trabajo no le interesara si no incluía acostarse con ella. Aunque por otro lado, y eso no era tan agradable, significaba que solo pensaba en ella como un desahogo físico.

–Me alegro de haberle aclarado las cosas –dijo a Roy mientras desayunaba.

El perro se limitó a mirar ansiosamente la tostada que estaba untando con mantequilla.

–Tú ya has desayunado y sabes que no te doy de comer de la mesa –dijo Edie.

Pero eso no impidió que Roy siguiera cada movimiento de su mano hasta que la tostada desapareció. Luego trotó tras Edie hacia la casa de Mona.

En la cocina no había ningún rastro de que Nick hubiera desayunado antes de irse, y Edie llegó a preguntarse si no habría sido un sueño, pero como sabía que no lo era, se preguntó si no se trataba de un aviso.

Quizá Mona estaba en lo cierto y, ya que sus hormonas habían despertado, no tenía sentido que esperara en casa sentada a que apareciera el hombre perfecto. De hecho, al romper con Kyle había ido a la universidad y allí había conocido a Ben.

Tal vez debía actuar de la misma manera. Por mucho que hubiera amado a Ben, no quería pasar el resto de su vida sola. Ben no lo habría querido. Y si Nick Savas no era la persona adecuada, le correspondía a ella buscar a alguien que sí lo fuera.

Tanto se lo dijo que llegó a convencerse y a entrar en acción. Cuando Derek Saito, un profesor en el instituto de Santa Bárbara, llamó aquella mañana para saber si Mona acudiría a dar una charla al grupo de teatro cuando empezaran las clases, en lugar de limitarse a tomar nota y quedar en avisarle, Edie charló con él.

Derek era de la edad de Ronan; habían sido compañeros de clase y de surf; también era amigo de Ben, y Edie recordaba lo amable que había sido al morir este.

Tras hablar sobre Ronan, Derek le preguntó por su vida.

–Estoy bien –dijo ella–. Aunque trabajo mucho.

–Demasiado, como de costumbre –dijo él.

–Puede que tengas razón. Debería salir más –dijo ella, a pesar de que cualquier otro día habría dicho que no era para tanto.

Hubo una pausa, como si la respuesta tomara a Derek de sorpresa. Luego este dijo:

–¿Quieres que salgamos? –tras una pausa, añadió–. No pretendo ligar contigo, Edie. Al menos por ahora –bromeó–. Hay un concierto de un grupo de los ochenta el viernes por la noche en el campus. Pura nostalgia. ¿Te apetece?

Podía ser divertido, y Derek era un buen amigo. ¿Por qué no?

–Muy bien.

–¡Fantástico! ¿Quieres que cenemos antes?

–Podría cocinar yo.

–No. Te recojo a las seis.

–No hace falta, podemos quedar en el restaurante.

–No, será un placer recogerte. Hasta entonces.

En cuanto colgó, Edie pensó que había cometido un error.

–No es verdad –se dijo en alto con toda la firmeza que pudo–. Vas a salir con un amigo. Tienes que vivir. Mona estaría orgullosa de ti –añadió con sorna.

Y al mencionar a su madre recordó que tenía que hablar con ella, pero una vez más, no obtuvo respuesta.

Era la tercera vez en aquella mañana. Era evidente que estaba fuera de cobertura. Edie suponía que Nick le habría enviado un correo anunciándole que no haría la restauración, y pensó que Mona se lo merecía por meterse donde no la llamaban.

Por otro lado, no podía evitar sentir lástima de que la casa de adobe no fuera a renovarse. Visitarla con Nick le había hecho recuperar numerosos recuerdos que tenía asociados con ella, y cómo Ben y ella habían planeado recuperarla aunque solo fuera como casa de veraneo.

Pero ya nada de eso iba a pasar.

La vida pasa mientras estás ocupada haciendo planes. Era una frase de John Lennon, pero su madre había empezado a usarla como si fuera suya. Al menos tenía una cita con Derek, y aquella tarde terminaría de clasificar los papeles que había empezado el día anterior, cuando Nick había sido la «vida» que había interrumpido sus planes.

Sonó el teléfono y contestó:

–Edie Daley.

–Hola –oyó que la saludaba una voz masculina que no esperaba volver a oír–. ¿Puedes ir a la casa de adobe con la llave? Tengo que descargar un camión lleno de herramientas y tejas.

Capítulo 6

INCLUSO con los brazos en jarra y mirándolo pasmada, Nick encontraba a Edie irritantemente atractiva.

–Gracias –dijo, dedicándole una amplia sonrisa al pasar con el camión a su lado.

Se concentró en aparcar el camión lo más cerca posible de la casa, apagó el motor y bajó de un salto.

–¿Qué haces aquí? –preguntó ella.

–Voy a empezar por el tejado. He ido al pueblo y he encontrado material.

–Te habías marchado –dijo ella.

–No. Solo había ido a pedir los permisos correspondientes y a comprar material –dijo él, dedicándole otra luminosa sonrisa.

–Pensaba que habías cambiado de idea y te habías ido –repitió ella.

Nick se lo había planteado durante la noche, que había pasado en vela, inquieto, recorriendo la casa y nadando para ver si se le pasaba la frustración. Tenía todo el trabajo que quería y acercarse a ver el de Mona había significado reajustar su calendario. Pero había decidido hacerlo aunque no había tenido la oportunidad de decírselo a Mona porque estaba ilocalizable.

Si se había quedado, era por la expresión que había visto en el rostro de Edie el día anterior mientras recorrían la casa, una mezcla de nostalgia, felicidad y tristeza se había alternado en su rostro mientras miraba por la ventana o acariciaba las paredes.

Durante la noche había bajado al salón a estudiar las fotografías familiares, entre las que había muchas de Edie: jugando en la piscina, riendo a carcajadas; abrazada a dos niños idénticos en el patio, con Roy; de niña con el que debía de ser su hermano mayor; con Rhiannon y otra niña que debía de ser hermana de los gemelos. Edie, del brazo de un hombre joven, que debía de ser su marido, ambos con una sonrisa resplandeciente.

Le sorprendió que la conservara, además de otra el día de su boda, porque él no había podido volver a mirar ninguna fotografía de Amy.

Las fotografías y pensar en Edie en la casa de adobe le habían hecho quedarse. Quería restaurar la casa para ella. Y además, él no acostumbraba a darse por vencido. Si Edie creía que podía tomar una decisión que los hacía a ambos desgraciados, estaba equivocada. Él se iría cuando supiera que podía olvidarla, y ese momento llegaría. Porque tal y como le había dicho, el amor era una elección, y él no pensaba volver a elegir a nadie. Pero eso no significaba que no pudieran pasarlo bien.

Empezó a descargar las tejas.

–Podrías ayudarme –dijo, mirándola de soslayo.

Edie no se movió de donde estaba. Hasta que Nick oyó unas pisadas a su espalda y le oyó decir:

–Diez minutos. Después tengo que volver a trabajar.

Edie miró a Nick mientras dejaba unas tejas junto a la casa. Estaba aturdida, en estado de pánico, turbada y exultante, al mismo tiempo que intentaba no sentir nada de todo eso.

Sabía lo que Nick pretendía. Quería obligarle a demostrar que podía resistirse a él. Lo miró apretando los dientes. Pero entonces Nick se incorporó después de dejar las tejas en el suelo y se volvió, y ella sintió que la cabeza le daba vueltas.

Tenía que conseguirlo. Se conocía y sabía cuánto se implicaba en las relaciones. Recordaba el dolor que le había causado no ser correspondida por Kyle. Una sola noche con Nick ya la había afectado en exceso.

Quizá no se había enamorado de él, pero tampoco la había dejado indiferente.

Volvió a imaginar a Nick en su cama durante el periodo de restauración, o hasta que se cansara de ella, y luego su marcha, con una sonrisa y un adiós que la dejaría sola y con el corazón destrozado.

Nick podía tener razón al decir que era sencillo, que bastaba con elegir a quien amar. Pero esa no era su forma de ser.

Así que tendría que hacer acopio de fuerza de voluntad y resistirse como fuera.

Obligándose a prestarle la menor atención posible, le ayudó a descargar las tejas mientras intentaba ignorar el brillo de sus ojos, su elegante caminar, su luminosa sonrisa. Y cuando terminaron, dijo:

–Hasta luego.

–¿Eso quiere decir que nos vemos más tarde? –bromeó él.

–Vamos, Roy –dijo ella en lugar de contestarle.

Pero Roy seguía a Nick que le dio algo para comer.

–Es mi amigo –dijo él.

–¡Porque le estás sobornando! –protestó ella–. Está bien, quédatelo –dijo, irritada–, pero no te pases.

–Tranquila. Volveremos para la cena –prometió Nick.

Edie masculló algo a la vez que tomaba el sendero hacia la casa.

–Iré por una pizza –dijo él, alzando la voz–. ¿Cuál te gusta más?

–Voy a estar muy ocupada –dijo ella. Así era. Evitando cruzarse con él.

–Muy bien. Hasta luego –dijo él, como si no la hubiera oído.

Edie terminó de trabajar y se dio un baño temprano para no coincidir con él. Estaba preparando una ensalada en su apartamento cuando oyó el coche de Nick.

Solo miró por la ventaba, se dijo, para asegurarse de que Roy seguía con él. Luego volvió a la cocina.

Una llamada a la puerta la sobresaltó.

–Ya estamos aquí –dijo Nick, que entró sin ser invitado, con una pizza en la mano. Observó el cómodo sofá, las estanterías de maderas, la mesa de comedor y añadió–: Muy agradable. ¿Quién es ese? –preguntó al ver al gato en el alféizar de la ventana.

–Gerald –dijo Edie–. ¿Qué haces aquí? No te he invitado.

–No. Soy yo quien te invita a pizza –dijo él sin darse por aludido.

–Te he dicho que estaba ocupada.

Nick volvió a mirar a su alrededor, indicando que no había la menor muestra de actividad.

–Ya veo –dijo con sarcasmo.

Edie exhaló el aire con impaciencia.

–No quiero cenar contigo.

–Porque no quieres enamorarte de mí –bromeó él.

Y con una amplia sonrisa, añadió–: ¿O te resulto tan inaguantable que no quieres ni verme?

–Más o menos –dijo ella, tan seria como pudo.

–Bueno, si no quieres… –dijo él, acercándole la pizza para que la oliera.

–Está bien –dijo ella con resignación–. Siéntate.

–Antes tengo que darme una ducha. Ahora mismo vuelvo. No te la comas –y dándole la caja, Nick salió y fue hacia casa de Mona.

Edie la metió en el horno para mantenerla caliente.

Luego terminó la ensalada y puso la mesa para dos.

Roy y Gerald se acercaron y les dio de comer.

–Eso es todo. No os dediquéis a mirarnos expectantes –les dijo.

–No, eso lo haré yo.

Edie se volvió y vio a Nick en la puerta, dedicándole una mirada que no dejaba lugar a dudas de lo que deseaba. Edie le dijo a su corazón que se calmara. Y a sus hormonas.

–Pues no te servirá de nada –dijo ella.

Nick se encogió de hombros y fue hacia la mesa.

–De acuerdo. Estoy muerto de hambre –añadió, poniendo un trozo de pizza en cada plato y sirviendo la ensalada–. ¡Qué buena pinta!

Tenía razón y estaba deliciosa. Inicialmente comieron en silencio. Cuando acabó el cuarto trozo de pizza, Nick se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró.

–Desmontar un tejado abre el apetito.

Edie alargó la mano hacia la encimera y le tendió la llave.

–Será mejor que la tengas tú. Así no tendrás que llamarme todo el rato.

Nick puso cara de escepticismo, pero la tomó y la guardó en el bolsillo.

–Gracias.

La miró fijamente y una sonrisa bailó en sus labios.

Edie se levantó bruscamente.

–Gracias a ti por la pizza –dijo, recogiendo la mesa.

–Y a ti por la ensalada –dijo él, imitando su tono amable.

Se acercó a ella por detrás, que contuvo el aliento.

No necesitó girarse para percibir el momento en el que Nick se separaba.

–Tengo que planear la obra –dijo él–. Así que será mejor que me vaya –al ver que Edie lo miraba por encima del hombro con sorpresa, añadió–: A no ser que tengas una idea mejor.

Edie sacudió la cabeza automáticamente.

–No, no. Buenas noches.

«Es lo mejor», se dijo. «Mucho mejor». Pero se quedó escuchando las pisadas alejarse.

Nick terminó de desmontar el tejado a la mañana siguiente, y dedicó el tercer día a limpiar y clasificar las tejas.

Echaba de menos a Edie, con la que solo coincidía durante la cena. O bien ella cocinaba aduciendo sentirse obligada a invitarlo porque la hospitalidad de Mona era legendaria; o él compraba algo en el pueblo. Pero Edie nunca lo visitaba

en la casa de adobe.

El viernes, mientras retiraba la última viga podrida del porche, antes de poner las nuevas, dirigió la mirada hacia el columpio enroñado que colgaba de un árbol, en el que Nick suponía que Edie había jugado de niña.

No le costó imaginársela en él, alargando y encogiendo sus largas piernas, con el cabello flotando al viento. Sonrió para sí porque podía ver la escena sin ninguna dificultad gracias a las fotografías que estudiaba regularmente.

En cambio le costaba imaginar a Mona antes de ser famosa, de joven madre y esposa, cocinando para su familia. Pero quien le interesaba era Edie.

Normalmente, los habitantes de las casas que solía restaurar eran figuras históricas distantes, y no una mujer de carne y hueso con la que había comido pizza el martes y pastel de carne la noche anterior; la mujer con la que había hecho el amor en Mont Chamion, la mujer digna y de lengua afilada que se había derretido en sus brazos, la mujer con la que quería volver a acostarse.

Pero cuando observó la fila vertical de marcas que ascendían por la pared, las azules marcadas con una R, de su hermano, y las rojas con una E, de Edie, volvió a pensar en ella como la niña que había vivido en aquella casa, a la que imaginó irguiéndose lo más posible mientras su padre la medía. Al instante recordó una fotografía, en la que, sentada en el porche, sonreía a su padre como si fuera el ser más maravilloso del mundo.

Nick sonrió para sí, hasta que recordó que aquel mismo año, Joe Tremayne había muerto en un accidente de coche y la vida de Edie había cambiado para siempre.

Unas pisadas en el suelo de madera le hicieron volverse bruscamente. Era Roy, y Nick miró expectante por si Edie lo acompañaba.

–¿Dónde está? –preguntó a Roy, que obviamente no contestó–. ¿Edie?

Tras comerse unas migas del almuerzo de Nick, el perro salió al porche y permaneció allí, sacudiendo la cola.

–¿Has venido solo? –preguntó Nick, desilusionado.

Tras una pausa, se encogió de hombros–. Ponte cómodo, tengo que seguir trabajando.

Edie pensó irritada que cuando Mona se dignara a volver, se quedaría asombrada de todo el trabajo que había hecho. Aunque fuera habitualmente eficaz, dedicarle al trabajo cada hora del día y parte de la noche para evitar pensar en Nick Savas, estaba dando unos resultados espectaculares.

Incluso contestar y recibir llamadas de las que normalmente se ocupaba Mona, era preferible a pasar la noche en vela pensado en el hombre que dormía en casa de su madre… en lugar de en su cama.

Pero no caería en la tentación. No podía permitirlo.

Ya era bastante malo que esperara cada cena ansiosamente y que no pudiera evitar preguntarle por el progreso en la restauración.

–Deberías venir a verla –decía él cada noche.

Y ella se excusaba por estar muy ocupada, pero lo cierto era que se moría de curiosidad.

También él, que no dejaba de hacerle preguntas sobre el tiempo que había vivido en la casa. ¿Cuál era su dormitorio? ¿Quién puso el columpio? ¿Cómo celebraban las Navidades?

Edie, que durante años había evitado pensar en aquel periodo de su vida, descubrió que en lugar de abatirla, ir recordando y contándole cosas la llenaba de dicha.

Al preguntarse por qué no habría intentado recuperar aquellos recuerdos antes, se dio cuenta de que había temido vincularlos a la dolorosa muerte de su padre.

Por otro lado, tampoco Ronan había vuelto a hablar de ello. Ni siquiera Ben, quizá porque no quería entristecerla.

Pero Nick hacía preguntas y ella las contestaba.

Cuando se quejó de estar hablando demasiado de sí misma y que era su turno, Nick le contó historias de su infancia y de los veranos en Long Island con su hermano, Ari, y sus primos Savan, especialmente Demetrios y George, que eran de su misma edad.

–Éramos unos gamberros y siempre nos metíamos en líos –dijo.

Edie rio con las anécdotas y se espantó al ver las cicatrices. Y se dio cuenta de que, a pesar de no acostarse con Nick, se enamoraba un poco más de él cada noche.

Las sobremesas se prolongaban y se hacía más difícil cortarlas para ir a trabajar. Pero siempre lo conseguía porque era su única defensa.

Cuando llegó el viernes, se alegró de haber quedado con Derek. Para las cuatro de la tarde, tras varias conversaciones intensas y un nuevo intento frustrado de contactar con Mona para hablar de un guion, decidió tomarse un descanso e ir a su apartamento para decidir qué ponerse.

–Vámonos –dijo, volviéndose hacia Roy.

Pero Roy no estaba a su lado.

Edie se levantó y recorrió la casa llamándolo. Desde que lo había adoptado de un refugio de perros, al volver a los Estados Unidos tras la muerte de Ben, Roy había sido su sombra. Jamás se separaba de ella. Intentó pensar cuándo lo había visto por última vez y recordó que había sido al mediodía.

Roy era un perro muy sociable y cuando había más gente, le gustaba jugar. Pero ella era la única persona en aquel momento. Excepto…

–¡Roy, no te habrás atrevido! –exclamó.

Era imposible que hubiera ido tras Nick a la casa de adobe. ¿Por qué iba a hacerlo? Sin embargo, era la única explicación. A no ser que le hubiera pasado algo.

«No, Dios mío».

Se le hizo un nudo en el estómago al pasársele por la mente la desaparición de Ben. Racionalmente, sabía que no era lo mismo. Roy era un perro y estaba en su territorio; no era un hombre en un pequeño bote en medio de una tormenta. Roy era habilidoso y competente…

Pero también lo había sido Ben; además de ser un experto patrón. Simplemente, estaba en el lugar y el momento inadecuados. Cuando estaba en el colegio, el perro de una amiga suya había muerto por la mordedura de una serpiente de cascabel.

Edie sabía que no habría podido hacer nada por salvar a Ben, pero si a Roy

le pasaba algo…

Después de recorrer toda la propiedad, se decidió a ir a la casa de adobe.

–¡Roy! –lo llamó una y otra vez en el recorrido.

La primera vez que obtuvo respuesta, fue ya cerca de la casa, antes de llegar a lo alto de la colina. Una voz, apenas audible, dijo:

–Está aquí.

–Menos mal –gritó ella, apresurando el paso.

Sintió una alegría extrema al ver a Roy en el porche, sacudiendo la cola entusiasmado, y se espantó al ver a Nick, con el torso desnudo y a mitad de subir una escalera de mano, haciendo equilibrios con una viga apoyada en el hombro. Un extremo ya estaba en su sitio, pero para terminar de colocarla, debía apoyar el otro extremo en el lado opuesto del porche.

–¡Espera! –gritó al tener la impresión de que la escalera se tambaleaba.

En cuanto gritó, temió asustarlo y provocar su caída. Pero no fue así. Nick se detuvo, y la buscó con la mirada.

Edie terminaba de bajar la colina precipitadamente, resbalando y escurriéndose. Al verla, Roy empezó a ladrar y a dar saltos de alegría.

–¡Para, Roy! –dijo Edie, temiendo que golpeara la escalera.

Por una vez en su vida, Roy obedeció, y se quedó mirándola mientras se acercaba con paso firme. Al llegar al pie de la escalera, lanzó una mirada furibunda al hombre que estaba encima.

–¿Qué demonios estás haciendo? ¡Podrías matarte!

–Tengo práctica –dijo él con la voz forzada por el peso que sujetaba.

Edie podía ver las gotas de sudor correr por sus mejillas y hacer surcos en el polvo que le cubría la espalda.

–Eso no quiere decir que sea sensato. Necesitas ayuda.

–¿Te estás ofreciendo voluntaria?

–Sí –Edie pasó de largo a Roy y sujetó la escalera con fuerza.

Nick la miró sorprendido y dijo:

–Quítate de ahí. Puedo caerme encima de ti.

–Pues será mejor que no te caigas –dijo ella, asiéndose a la escalera de manera que casi rozaba con la nariz la parte de atrás de los vaqueros de Nick.

–¡Edie!

–¡Nick! –dijo ella sin moverse.

–Maldita sea –masculló él.

Pero cuando se dio cuenta de que Edie no pensaba moverse, esta vio que las piernas se tensaban y subían un nuevo peldaño. La escalera vibró y ella la sujetó con fuerza. Desde arriba, le llegaba la respiración alterada de Nick.

–Eres un idiota –dijo por distraerse de lo que podía pasar si Nick se caía.

–Tú… –Nick subió otro peldaño–. También.

Edie ya no veía ni sus botas, así que tuvo que alzar la mirada. Aparte de la viga, que daba miedo, la visión era espectacular. Quería haber apartado la vista, pero le fue imposible porque estaba como hipnotizada. Nick había cambiado el peso para deslizar la viga hacia delante.

Al moverse, la escalera tembló y Edie la afianzó hasta que se le quedaron los nudillos blancos.

Tras una pausa, Nick, dijo:

–Ya está –y al mismo tiempo descendió de la escalera con la destreza propia de los profesionales y alcanzó el pie antes de que Edie la soltara, de manera que esta se encontró con la nariz pegada al cuello de Nick, y su cuerpo encerrado entre sus brazos.

Justo donde quería estar.

Por un instante, ambos se quedaron paralizados.

Luego Nick apoyó la frente en un peldaño y suspiró.

El leve movimiento acortó aún más la distancia entre la piel sudorosa de su espalda y los labios de Edie.

Ella la besó. Sabía a sal, a Nick.

Él se volvió bruscamente.

–¡Por Dios, Edie! –exclamó. Y, abrazándola, la besó apasionadamente–. ¡Lo sabía. Te lo dije! –dijo, alzando la cabeza y mirándola con ojos brillantes de triunfo.

Edie se aferró a la razón y sacudió la cabeza.

–No.

Nick la sujetó por los brazos con fuerza.

–¿Cómo que no? Tú me has besado. Me deseas.

Edie no negó lo evidente.

–Nunca he dicho lo contrario. Te deseaba.

–Me deseas –le corrigió Nick.

Edie apretó los labios.

–Sí –admitió–. Pero como te dije, quiero más que eso –y bajando la voz, añadió–: Y tú no.

Mirándolo fijamente, retó a Nick a que la contradijera.

Él apretó los dientes y tensó la mandíbula. Edie bajó la mirada a su pecho moreno, que se movía al compás de su respiración agitada. Lentamente, volvió a alzarla y Nick se la sostuvo en silencio.

Un silencio que para Edie fue tanto como una confirmación.

En la copa de los árboles se oía el trino de los pájaros.

El sonido lejano de una motocicleta irrumpió en la naturaleza. Roy, a sus pies, jadeaba.

Edie dio un paso atrás, suspiró y dijo:

–Tengo que marcharme.

Nick relajó los hombros y, mirándola con expresión recriminatoria como si la acusara de haber hecho un movimiento de aproximación y haber cambiado de idea, abrió las manos que había cerrado en puños.

Lo que no sabía era que Edie habría preferido no tener que tomar esa decisión.

Capítulo 7

CUANDO Edie había dicho que se tenía que ir, Nick había asumido que se refería a la casa, pero al llegar al atardecer, todavía enfadado y excitado, decidido a enfrentarse a ella, encontró una nota: *He salido. Hay lasaña en el frigorífico. Ya he dado de comer a Roy.*

Nick resopló. No estaba dispuesto a cenar la lasaña ni a quedarse solo con Roy. Se dio una ducha y salió en busca de una buena cena y, a ser posible, de una mujer que le ayudara a olvidar a Edie Daley.

Lo primero fue sencillo porque Santa Bárbara tenía una amplia oferta de buenos restaurantes, pero las mujeres que conoció en un bar le resultaron o demasiado charlatanas o demasiado coquetas, y ninguna consiguió que se le alteraran las hormonas.

Tomó una cerveza, charló con el camarero y vio un poco de béisbol antes de decidirse a volver a casa de Mona.

Roy lo recibió entusiasmado, de lo que dedujo que Edie no había vuelto. Y aunque solo eran las once, no pudo evitar preguntarse dónde demonios se había metido.

Recorrió la planta baja y fue hasta el ventanal para contemplar la vista. Su móvil vibró. Miró la pantalla, pero no reconoció el número.

–Savas, ¿dónde demonios estás?

–¿Mona?

Claro que era ella. Ni siquiera Edie tenía aquella voz tan sensual e inmediatamente reconocible.

–¿Dónde estás? –preguntó ella de nuevo–. ¿Estás trabajando en la casa? ¿Dónde está Edie?

Nick se frotó la nuca.

–Sí, estoy trabajando en la casa –respondió con impaciencia–. Y no tengo ni idea de dónde está Edie.

–¿Por qué no?

–No soy su guardián.

–¿Ah, no? –dijo ella en un tono que erizó el cabello de Nick.

–No.

–Pero al menos la habrás visto. ¿Está en casa?

–Esta tarde estaba, pero ahora no –dijo él, malhumorado.

–Ah –con una sola sílaba Mona conseguía trasmitir más significado que otros con cien palabras. Tras una pausa, añadió–: ¿Ha pasado algo? –preguntó con aparente preocupación.

Nick giró la cabeza en un círculo para relajar la tensión de los músculos.

–No, claro que no.

–Pues no contesta al teléfono –dijo Mona, claramente irritada–. Edie siempre contesta.

–Pero si es casi medianoche. Puede que esté dormida.

–Oiría el teléfono.

–Quizá no quiera contestar.

Mona descartó la idea con un resoplido.

–Necesito hablar con ella. Dile que me llame.

–Se lo diré.

Nick se quedó mirando el teléfono al colgar, sin saber si estaba más irritado con Mona o con Edie… o consigo mismo por haber sido tan exigente con las mujeres que había conocido aquella noche.

Derek Saito era un hombre agradable y divertido, y más guapo de lo que Edie recordaba. Daba clases de Lengua y Literatura, no salía con nadie, y era evidente que mostraba interés por Edie. En resumen, era el tipo de hombre tranquilo y estable que Edie debía elegir si se planteaba mantener una relación seria.

Pero lo cierto era que el despertar hormonal que sentía cerca de Nick se había convertido en un apacible letargo desde el momento en que Derek la había recogido. Y no se trataba solo de su cuerpo, sino también de su mente.

Fueron a cenar antes del concierto y, por más que se esforzó por seguir la conversación de Derek, no dejaba de pensar en aquel otro hombre que cualquier día desaparecería de su mente; el hombre que quería acostarse con ella. Nada más.

Intentó concentrarse en el presente y hacer las preguntas oportunas. Pero supo que había fracasado cuando Derek, tras hablarle de una obra de teatro que estaba montando en el instituto, le preguntó si la había leído y ella preguntó:

–¿De quién es?

–¿*Romeo y Julieta*? –preguntó él a su vez con una expresión de desconcierto que Edie estuvo segura de que no olvidaría.

Notó que se ruborizaba.

–Perdona. No sé en qué estaba pensando. Últimamente no duermo demasiado bien.

Al menos eso no era una mentira. Derek asintió en actitud comprensiva.

–Comprendo que todavía sea difícil –alargó la mano para darle una palmadita en la suya–. Me alegro de que hayas salido hoy conmigo.

–Yo también –dijo ella, aun sabiendo que los motivos eran distintos–. ¿Qué escenas vais a hacer? –preguntó volviendo al tema del teatro. Y consiguió mantener la atención el resto de la cena.

El concierto fue ruidoso y divertido, en la playa, y con gente decidida a pasarlo bien. Como Edie. A pesar de que no pudo evitar preguntarse qué tipo de música le gustaría a Nick; algo que nunca averiguaría, porque estaba decidida a evitarlo durante el resto de su estancia.

Incluso cabía la posibilidad, se dijo mientras Derek la conducía a casa por las serpenteantes carreteras de la costa, que al llegar a casa descubriera que Nick había decidido marcharse.

Hacía una noche oscura y una luna creciente proyectaba sombras plateadas entre los eucaliptos. Edie vio las luces de la casa de Mona encendidas,

y tomó el bolso del suelo mientras ensayaba mentalmente una despedida cordial de Derek.

Tras una última curva llegaron frente a la casa y, al ver el coche de Nick aparcado delante del garaje, el corazón de Edie, sobre el que no tenía control, dio un salto de alegría.

–Lo he pasado muy bien –dijo a Derek.

Él apagó el motor y se giró hacia ella, sonriente.

–Yo también. Me alegro de que te animaras a salir.

–Y la comida estaba deliciosa.

–Son los mejores tacos de Santa Bárbara –la sonrisa de Derek brilló en la oscuridad–. Espero que repitamos.

–Yo también –Edie alargó la mano hacia la manija–. Gracias, Derek.

Tal y como suponía, él bajo del coche para abrirle la puerta. Luego la acompañó hacia su casa. Al llegar al pie de la escalera. Edie se detuvo y se volvió hacia él.

–Gracias de nuevo, Derek.

Él sonrió con dulzura, como si la comprendiera.

–Ha sido un placer.

Por un segundo, Edie pensó que no tendría que besarlo, pero Derek inclinó la cabeza y le rozó los labios.

No fue nada. Y Edie no sintió la más mínima alteración.

–Le preguntaré a mi madre sobre la charla en el instituto –dijo–, aunque no sé cuándo hablaré con ella porque no contesta el teléfono.

–Ahora ya sí –dijo una voz grave. Edie se volvió sobresaltada y vio a Nick salir de las sombras–. Quiere que la llames esta misma noche.

Edie no supo cómo lo hizo, pero de pronto Nick estaba entre ella y Derek, como un padre cuya hija se hubiera saltado la hora de llegada.

–Este es Nick Savas –dijo a Derek–. Está restaurando la casa de adobe para mi madre –explicó, aunque no supo si a Nick o a Derek.

–Tu madre quería saber dónde estabas y con quién habías salido –siguió Nick, como si ella no hubiera hablado.

–Gracias por esperar para darme el mensaje –dijo Edie, cortante, sin molestarse en presentar a Derek al ver que Nick no escuchaba.

–Yo también he salido. Acabo de llegar –dijo él, sonriendo con sorna.

Edie recibió el dardo. Era evidente que no perdía el tiempo.

Derek, que los había observado como si jugaran un partido de tenis, dijo a Nick con amabilidad:

–No te quedes despierto por nosotros.

Edie se volvió a él, admirada de que se mantuviera firme frente a un Nick que se estaba comportando como un bulldog defendiendo un hueso.

Nick se tensó ostensiblemente y Edie, aunque fascinada con la escena, pensó que no quería ser testigo de una pelea entre dos hombres tratando de marcar su territorio. Además, no quería que Derek saliera perjudicado.

Así que se volvió hacia él y dijo:

–Será mejor que vaya a llamarla. Mañana por la mañana te llamo para decirte qué ha dicho.

Derek pareció vacilar, pero finalmente asintió con la cabeza.

–Muchas gracias –la miró prolongadamente, como si estuviera reconsiderando lo que había pensado hasta entonces. Entonces se volvió a Nick–: Soy amigo de Edie… y de su marido –dijo, para explicar su actitud protectora.

Con ello pareció haber dejado clara su posición, volvió a su coche y se marchó. Edie tuvo ganas de abofetear a Nick.

–Podías haber esperado –dijo, entre dientes.

Él se encogió de hombros.

–Y tú podías haber dicho dónde ibas.

En lugar de mirarse, mantuvieron la vista fija en el coche que se alejaba. Solo al perderlo en la distancia, Edie se encaminó hacia casa de Mona para buscar a Roy.

–No creía que te importara –dijo, malhumorada.

–A tu madre sí.

Ese era el resumen de la situación. A él le daba lo mismo.

–Ya la llamaré –Edie abrió la puerta y dejó salir a Roy. Retrocediendo sobre sus pasos, ignoró a Nick y siguió de largo, mientras sentía su mirada clavada en la espalda hasta que cerró la puerta de su apartamento.

–Has llamado –dijo Edie, irritada, cuando su madre finalmente contestó el teléfono.

–¿Estás bien? –preguntó Mona, sorprendiéndola.

Al llegar al apartamento, Edie había encendido el teléfono y había encontrado once mensajes de ella.

Mientras que los primeros trataban asuntos de trabajo, en los últimos sonaba alarmada.

–Estoy perfectamente. Tenía una cita –dijo.

–Nick ha dicho que no sabía dónde estabas –replicó su madre sin disimular su irritación.

–No había quedado con él –dijo Edie en el mismo tono–. Y, por cierto, no necesito que me busques pareja.

–¿Qué? –preguntó Mona, fingiendo que no sabía qué quería decir.

–Sabes a qué me refiero –dijo Edie, que no se dejaba engañar por las habilidades interpretativas de su madre–. No necesito que me busques hombres. A ver si te enteras de que se trata de mi vida y que hago con ella lo que quiera.

Tras una prolongada pausa, Mona contestó:

–Estoy segura de ello.

Edie no se ablandó.

–Lo digo en serio. Te lo dejé claro después de la boda en Mont Chamion.

–Me dijiste que no intentara reunirte con Kyle Robbins nunca más –dijo Mona.

–¿Y no lo entendiste? –dijo Edie–. ¿O también me has mandado a Kyle?

–¿Qué quieres decir con «también»?

–Además de a Nick –dijo Edie, furiosa con la fingida inocencia de su madre.

–No te entiendo.

–Ah, no. ¿Y qué hace aquí?

–Cuando llamó, me dijo que quería ver la casa de la que le había hablado –dijo Mona.

Edie abrió la boca, pero no le salieron las palabras.

¿Nick la había llamado?

–¿Quién llamó a quién?

–Nick a mí –dijo Mona con firmeza.

–Entonces… ¿por qué…? No comprendo –dijo Edie. Y se sentó porque las piernas le temblaban.

–Pues a mí me parece evidente –dijo Mona.

Edie sacudió la cabeza.

–No –se limitó a decir.

–¡Por Dios, Edie! –dijo Mona, exasperada–. ¿Por qué crees que quería renovar la casa, para mejorar su currículum? Permite que lo dude.

–Pero entonces…

–Ha ido por ti –dijo Mona con absoluta certeza.

–Pero… –una vez más, Edie se quedó sin palabras y sacudió la cabeza.

Al llegar Nick, había creído en esa posibilidad inicialmente.

El corazón se le había acelerado y había albergado la esperanza de que esa fuera la razón de su visita. Pero entonces le había preguntado qué lo había llevado hasta allí.

¿Y qué había contestado Nick? Edie no conseguía recordarlo. Pero aunque no hubiera afirmado que había acudido por ella, tampoco lo había negado. Dijo:

«He estado hablando con tu madre».

Edie se quedó paralizada, concentrándose en el recuerdo de la escena, pero sin querer llegar a creer en una nueva explicación.

–¿Edie? –dijo su madre en el silencio.

Edie seguía pensando. ¿Qué habría movido a Nick a renovar la casa de adobe si no era…?

–¿Estás segura de que te llamó él? –preguntó.

–¿Qué está pasando? ¿Debía haberle dicho que no?

Te fuiste con él la noche de la boda, así que suponía que te gustaba.

–Apenas le conocía. Y sí, me gusta.

–Entonces, espero que me perdones –dijo Mona.

–Está bien –dijo Edie–. Pero no vuelvas a hacerlo.

–Ojalá no haga falta –dijo Mona, dejando claro lo que quería decir.

–No es tan sencillo.

–Sé que amabas a Ben…

–Esto no tiene que ver con Ben.

–Porque amar a Ben no puede ser la excusa de que des la espalda a la vida –dijo Mona como si Edie no hubiera hablado–. Yo adoraba a tu padre –a Edie le sorprendió que la voz de mona se quebrara–. Lo adoraba –repitió con la misma emoción.

–Lo sé, Mona –dijo Edie–. Siempre lo he sabido.

Pero esto no tiene que ver ni con Ben ni con papá.

–¿Entonces? –insistió su madre.

–Se trata de Nick.

–¿Qué pasa con él?

–Ese es el problema, que no lo sé. Mañana te llamo –dijo Edie–. Estoy cansada. Necesito dormir y pensar.

–Procura no hacer las dos cosas al mismo tiempo –bromeó Mona–. Y si necesitas hablar, llámame.

–Gracias –dijo Edie, distraída, enfrascada ya en sus propios pensamientos.

En términos científicos, cuando los fenómenos no eran explicables por las leyes de la naturaleza, exigían un cambio de paradigma y una profunda reflexión.

Aquella noche, eso fue lo que Edie hizo: permanecer con la mirada fija en el techo repasando los acontecimientos de la semana previa desde una nueva perspectiva.

En lugar de olvidar la casa de adobe tras aconsejar a Mona un par de arquitectos, tal y como había hecho en la boda, Nick se había acercado en persona a verla, y costaba imaginar que fuera por el entusiasmo que le producía realizar aquel trabajo.

Como Mona había insinuado, los dueños de edificios históricos se rifaban a Nick Savas para que llevara a cabo su restauración. A su pesar, Edie no había podido reprimir el impulso de buscar información sobre él y había descubierto que era considerado una autoridad en su campo. Así que, ¿por qué habría elegido la casa de adobe como uno de sus proyectos? Si la capacidad de seducción de Mona no había intervenido, entonces… ¿qué?

La única explicación podía ser que hubiera acudido por ella.

Edie no se atrevía ni siquiera a considerar la posibilidad por más que hubiera sido su instinto inicial.

Además, Nick se había ocupado de anular cualquier expectativa por su parte. Ella le había dejado claro que podía llegar a sentir algo más por él, y Nick la había rechazado. Solo quería una relación física.

Pero podía haberse marchado al ver que ella no lo aceptaba. Podía haber

dicho que la restauración no valía la pena. Y, sin embargo, no lo había hecho. Se había quedado, lo que significaba…

Edie se sintió recorrida por un escalofrío al llegar a la conclusión de que le importaba a Nick más de lo que él mismo estaba dispuesto a admitir.

No se había quedado porque disfrutara con el proyecto, ni por el apasionado sexo que *no* estaban teniendo, sino por ella.

Fue en aquel momento, a las tres de la madrugada, cuando Edie se descubrió sonriendo al techo. Al instante se dijo que no era el momento de sonreír, sino de decidir qué hacer. Que Nick sintiera algo hacia ella, lo cambiaba todo.

Nick estaba irritado, pero se dijo que era porque tenía hambre. Había tomado un café a las siete de la mañana, había trabajado desde entonces, y ya eran las dos. No pensaba volver a por su almuerzo, que había olvidado en casa de Mona, porque no quería que Edie pensara que quería averiguar qué había entre ella y su «perro guardián», el amigo de su marido. Además, seguramente se había tomado el sábado libre… igual que el viernes por la noche.

Habría querido estar haciendo algo que exigiera más fuerza física, como tirar una pared, para así poder liberar la rabia que sentía acumulada en su interior. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente antes de colocar una teja en su sitio.

–¿Tienes hambre?

Nick alzó la cabeza creyendo que oía voces. Pero entonces tuvo la seguridad de escuchar pisadas y, al volverse, vio a Edie bajar la colina con Roy.

Llevaba unos shorts de lino y una camiseta verde, y su estilo informal le indicó que, efectivamente, no pensaba trabajar. Se había recogido el cabello en una coleta, se cubría la cabeza con una pamela, y llevaba una cesta al brazo. Al llegar al patio, dijo:

–Has olvidado el almuerzo.

–Ya.

–Te lo he traído –dijo ella, sonriendo–. Y el mío.

Nick la miró con suspicacia, pero ella siguió sonriéndole, sin moverse. Nick tuvo la sensación de que algo no encajaba. La noche anterior Edie estaba furiosa

con él y de pronto…

–O puede que no quieras comer –dijo ella finalmente–. ¿Te importa que yo sí?

Y sin esperar, entró en la casa.

Si hubiera sido una veleta en el tejado, Nick habría girado ciento ochenta grados al recibir la sacudida de una ráfaga de aire. Se rascó la cabeza. ¿Habría sufri do una insolación? Sacudió suavemente la cabeza y colocó otra teja. El estómago le rugió.

–Maldita sea –farfulló–. Está bien.

Y fue mejor que bien. En contra de lo que había esperado encontrarse, o bien la misma actitud arisca que la noche anterior o una disculpa, Edie se comportó como si no hubiera pasado nada y se mostró tan natural y encantadora como la inolvidable noche de Mont Chamion.

Había llevado los sándwiches y la manzana que él había preparado, pero, además, añadió una ensalada de patata, té helado y un par de cervezas.

–No estaba segura de lo que solías beber –explicó–. Así que he traído las dos cosas.

Había despejado la mesa de herramientas y había puesto platos de cartón y cubiertos. Nick se sentó frente a ella entre divertido y perplejo.

La única referencia a la noche anterior que hizo Edie fue decir que había hablado con su madre.

–Está encantada con la reforma –dijo con ojos brillantes–. Pero supongo que ella misma te lo dijo.

Nick pensó que no habían mencionado la casa, y que a Mona solo le había interesado saber dónde estaba Edie. Pero eso habría significado explicar por qué había ido allí en primer lugar, y Nick prefería evitar el tema. Así que asintió y dio un bocado a un sándwich seguido de un trago de cerveza. Después de todo, era sábado.

–¿Vas a trabajar todo el día? –preguntó ella.

–¿Se te ocurre algo mejor? –preguntó, seguro de que Edie se incomodaría.

Pero ella se limitó a decir:

–Estaba pensando en ir a la playa.

–¿Con tu novio? –dijo Nick sin pensarlo.

Edie lo miró desconcertada.

–¿Te refieres a Derek? –sacudió la cabeza–. No, pensaba ir sola. A no ser que quieras acompañarme.

Hizo la invitación como de pasada, y luego fue a servirse un vaso de agua al fregadero. Nick titubeó.

–No me importaría –dijo finalmente–. Pero antes tengo que terminar algo. ¿Qué te parece en una hora?

–Perfecto –Edie sonrió y empezó a guardar las cosas en la cesta.

Nick terminó la manzana y la cerveza y fue hacia la puerta para seguir trabajando. Pero antes de salir, dijo:

–Gracias por el almuerzo –tras una pausa, añadió–. ¿Qué ha cambiado?

Edie metió el cuenco de la ensalada en al cesta antes de mirarlo.

–¿A qué te refieres? –dijo con fingida inocencia.

Nick la presionó.

–Hasta ahora has intentado evitarme. Hoy, no.

Edie sonrió con dulzura y bajó su cálida mirada, Nick sintió que le subía la temperatura.

–Tienes razón –dijo ella–. Ya no.

–Porque… –Nick intentó que continuara con una explicación.

Edie se encogió de hombros y se humedeció los labios.

–Porque solo tengo una vida –dijo con voz queda.

Capítulo 8

FUERON a Leadbetter, la playa a la que Edie solía ir cuando estaba en el colegio. Se trataba de una playa urbana, de arena blanca y mar apacible, con el cielo azul a un lado del horizonte y las casas de tejados rojos de Santa Bárbara al otro.

Edie la eligió porque tenía buenos recuerdos de ella y no era un lugar que soliera visitar con Ben.

Nadaron y pasearon, y Nick pareció disfrutar tanto como ella.

Se alegraba de haberlo invitado y de que lo que le había dicho Mona le hubiera dado esperanzas de poder conseguir algo.

Gracias a Ben sabía cómo hacerlo, porque él lo había hecho por ella. Tras la dolorosa ruptura con Kyle, Edie había evitado la compañía de los hombres y había perdido la confianza en ellos y en el amor. Por eso se había resistido a Ben. «No quiero salir», solía decirle.

«No quiero una relación». Ben se limitaba a sonreír y a sugerir: «Vayamos a nadar», o «¿Por qué no volamos una cometa?».

Nunca le exigía, solo le proponía. Y su perseverancia había vencido su resistencia. Porque antes que amantes, habían sido amigos. Quizá no había sentido la pasión que había despertado Kyle en ella, pero a la larga, habían construido una relación duradera y profunda.

Claro que con Nick las circunstancias eran otras.

Ni se conocían desde hacía tiempo ni eran amigos. Lo primero que habían sido era amantes. Y desde ese instante había habido entre ellos algo… una chispa, una sospecha, una promesa. Ella había intentado ignorarlo, pero ese «algo» no había perdido intensidad.

Por eso había decidido dejar de oponerse a ello, y seguir el consejo de Nick. No porque pudiera elegir entre enamorarse de él o no, puesto que ya había sucedido.

Si no entre huir o intentar establecer una relación.

Había elegido detenerse y abrirle los brazos.

¿Y Nick?

Estaba en la posición en la que ella se encontraba antes de que Ben apareciera en su vida, atrapado en el pasado por la muerte de su prometida. Había dado la espalda a los sueños y a la esperanza. Sin embargo, Edie estaba segura de que sentía algo por ella. Si no, no habría estado allí.

Aunque las posibilidades fueran limitadas, Edie había decidido que entregar el corazón no era para los pusilánimes, que arriesgarse, tal y como había descubierto con Ben, valía la pena.

Nick no sabía por qué Edie había cambiado de actitud, pero estaba encantado. Desde que había dejado de evitarlo y acudía regularmente a visitarlo a la casa de adobe, los días eran mucho más agradables.

¿Y las noches? Tal y como las había imaginado.

No había sabido qué esperar, pero Edie no había tardado en dejárselo saber.

La misma noche del paseo por la playa y tras recoger la cena, dijo:

–Estaba pensando en darme un baño.

Nick, que había confiado en que la sobremesa se prolongara, la miró desconcertado. Pero ella le dedicó una sonrisa pícara y añadió:

–¿Quieres acompañarme?

No tuvo que preguntarlo dos veces.

Hacía una atardecer tibio y el sol, que no había llegado a ponerse, flotaba como una bola naranja sobre los tejados de Santa Bárbara y el mar.

Edie tardó más tiempo que él en ponerse el bañador y pasó corriendo a su lado cuando él ya iba a la piscina.

Cuando llegó, ella ya estaba nadando. Nick se sentó en el borde y metió los pies en el agua mientras seguía el cuerpo de Edie que atravesaba el agua turquesa haciendo largos.

–¿No te bañas? –preguntó ella, asomando la cabeza al llegar a su altura.

–Estoy reservando energía –dijo él, sonriendo.

–¿Crees que vas a necesitarla? –preguntó ella con ojos chispeantes.

–Eso espero.

Se miraron fijamente y Nick sintió su sexo endurecerse al instante. Edie se sumergió en el agua y le tiró de la pierna hasta que cayó al agua.

Para cuando Nick emergió, Edie ya se había alejado.

Pero él, en lugar de intentar alcanzarla precipitadamente, nadó con lentitud. Tenían tiempo. Se trataba de un juego y de algo más.

Cuando la alcanzó, Edie lo esperaba y rio cuando él tiró de ella hacia sí y la besó. Aunque había pensado limitarse a besarla para provocarla, hacía tanto que ansiaba besarla que, estrechándola con fuerza, le abrió los labios con la lengua y se adentró en su boca para explorarla. Pero ni un beso ni tres fueron suficientes.

Necesitaba más.

–Se supone que ibas a nadar –dijo ella, contra sus labios.

–No puedo –Nick sacudió la cabeza–. Me estoy ahogando –de deseo, de necesidad por ella–. Edie –susurró, apretándola por las nalgas contra su endurecido sexo para que supiera cuánto la deseaba.

Ella enredó las piernas con las de él para acercarse aún más; se asió a sus hombros y con los talones le presionó la parte de atrás de las rodillas. Nick metió los pulgares en la goma de su biquini y empezó a bajárselo.

Edie se soltó de una pierna y luego de la otra para terminar de quitárselo.

Entonces Nick le acarició los muslos, subiendo la mano hasta la intersección entre ambos, y la acarició.

Edie gimió, y presionó los labios contra los de él. Pero seguía sin ser suficiente. Se frotó contra su mano, la presionó. Él la penetró con los dedos y sintió las paredes de su interior contraerse en torno a ellos.

–¡Nick! –exclamó ella.

–¿Sí? –musitó él.

La deseaba con desesperación, pero sabía que, si la tomaba en aquel instante, no duraría más que unos segundos.

Había esperado tanto tiempo que no podría contenerse. Por eso quería proporcionarle placer a ella, y así demostrarle que había tomado la decisión correcta.

Así que cuando Edie deslizó las manos hasta su cintura para quitarle el bañador, la detuvo.

–Pero… –protestó ella.

–Ya habrá tiempo. Ahora te toca a ti –dijo él.

Y movió los dedos para proporcionarle placer, mientras ella le presionaba los muslos con los talones y se arqueaba contra él, echando la cabeza hacia atrás. Hasta que Nick sintió su cuerpo sacudirse y contraerse, y finalmente dejó caer la cabeza sobre su hombro y se quedó laxa en sus brazos, quieta, con el agua formando ondas a su alrededor y refrescando sus ardientes cuerpos y sus palpitantes corazones.

Tras unos segundos, Edie le acarició el pecho y susurró:

–Ha sido… increíble –¿Mejor que nadar? –bromeó él.

–Desde luego –dijo ella, sonriendo y pasando la mano por la parte de delante del bañador de Nick–. ¿Y ahora?

–Aquí no –dijo él, elevándola hasta sentarla en el borde de la piscina e impulsándose él a su vez–. Para la segunda vuelta, es mejor la cama.

–¿Va a haber más de una? –dijo ella, provocadora.

–Tantas como podamos –dijo él, besándola.

Edie no se arrepintió de haber cambiado de idea.

Pasaban los días juntos gracias a que ella, con tal de tener un teléfono móvil y un ordenador, podía trabajar en cualquier parte. Así que llevaba al mediodía el almuerzo y se quedaba el resto de la tarde.

Comían en el porche, o en el interior si hacía demasiado calor; Nick le contaba lo que estaba haciendo y ella recuperaba para él recuerdos del pasado.

Cuanto más hablaban, más consciente era de lo importante que la casa era para ella. En una ocasión le dijo que allí había empezado todo, que era el lugar en el que sus padres le habían trasmitido la importancia del amor, de la lealtad y del compromiso. Pero se guardó para sí que esos eran los valores que le gustaría compartir con él y con sus hijos.

–Así que es una casa muy importante para ti.

–Exacto. Aquí he pasado los momentos más felices de mi vida –Edie recordó el día en que apareció el sheriff para hablar con su madre y la sonrisa se borró de sus labios–. Y algunos de los peores.

Pero Nick la besó y dijo:

–Haremos que solo queden los buenos recuerdos.

Nick Savas la hacía feliz. Parecía gozar haciéndola reír, e incluso adivinaba las cosas que le importaban sin que ella tuviera que expresarlas. En una ocasión, ella le mencionó que le encantaba jugar en el porche trasero, bajo las ventanas de la cocina.

–Era mi sitio favorito –dijo–. Ronan prefería los árboles.

Pero yo jugaba a colegios allí con mi amiga Katie.

Me dejaban estar sola porque a mi madre le bastaba asomarse a la ventana para verme.

Resultaba extraño recordar a la famosa estrella de cine Mona Tremayne comportarse como una madre normal, pero así había sido por un tiempo.

–Me gustaría hacer lo mismo con mis hijos –dijo, pensativa.

Al día siguiente, cuando llegó para comer, Nick dijo:

–¿Por qué no vamos al porche trasero?

–Está hecho un desastre –dijo ella. Porque lo había estado el día anterior.

Pero cuando llegaron a la cocina, la puerta se abría a un porche de madera nuevo. Edie dejó escapar un grito, posó la cesta en la mesa y corrió al exterior.

–Oh. Oh, ¡es maravilloso! –exclamó, mirando alrededor–. Y las escaleras…

El día anterior le había dicho a Nick que había seis peldaños. Los contó y se volvió con una sonrisa resplandeciente.

–¡Son seis! ¡Es perfecto! Gracias –se echó en brazos de Nick, y lo besó. Cuando ya pensaba que los besos pasarían a más, Nick se separó de ella.

–Vienen dos escayolistas después de comer.

–Mala idea –bromeó ella.

–Esta noche te compensaré.

–¿Es una promesa o una amenaza? –preguntó Edie, diciéndose que cada día era mejor que el anterior.

–¿Tú que crees?

–Que estoy ansiosa porque llegue la noche.

Edie colocó el mantel en el nuevo suelo del porche para disfrutar allí del picnic.

Después se fue para dejar que Nick esperara a los escayolistas, no sin antes darle las gracias una vez más por el porche y decirle cuánto le gustaba.

–Me alegro –dijo él.

–También te lo agradecerán mis hijos.

Nick parpadeó, pero antes de que pudiera reaccionar, ella se puso de puntillas, lo besó y se fue.

¿Sus hijos? Nick lo había hecho para ella, pero desde ese momento no pudo dejar de imaginar a varias niñas de cabello oscuro y niños pecosos jugando en él.

La imagen le causaba ternura y rechazo al mismo tiempo. Nunca había pensado en Edie más que en el presente, pero de pronto la podía ver rodeada de niños.

¿De quién?

Borró la pregunta al instante porque de lo que estaba seguro era de que no serían los suyos, así que no era su problema. Pero la sombra de la duda lo

acompañó toda la tarde.

Cuando visitó la casa con los albañiles y entró en el antiguo dormitorio de Edie, lo imaginó como el de sus hijas. Y el de Ronan le pareció lleno de pequeños que serían los hijos de Edie.

No prestó atención a los comentarios de los albañiles, así que cuando le dijeron que empezarían el lunes, se limitó a asentir.

Se sintió aliviado de que se fueran y fue a casa de Mona antes de lo habitual.

Edie hablaba por teléfono y puso cara de sorpresa al verlo. Después de saludarlo con un gesto de la mano y una sonrisa, siguió escuchando lo que la otra persona le decía, asintiendo o dedicándole palabras de consuelo.

Nick estaba sudoroso y polvoriento. De camino a la casa había pensado ducharse con Edie, pero al ver que no sería posible, fue al cuarto de baño, se dio una ducha rápida y se cambió.

Edie seguía al teléfono, concentrada en lo que la otra persona le decía, a la vez que organizaba algo para cenar.

–Sí –dijo–. Me acuerdo.

Edie encendió la televisión para ver los resultados del béisbol. Edie no se unió a él hasta media hora más tarde.

–Era Grace –dijo a modo de explicación.

–¿Desde Tailandia?

–Sí. Su novio la ha dejado.

–¿Tenía un novio en Tailandia?

–No, aquí. Ha leído en una revista de cotilleos algo sobre ella y Matt Holden, un actor, y David se ha ofendido.

Nick no comprendía por qué Edie tenía que ocuparse de ese problema, pero por la expresión de su rostro, estaba claro que le importaba, como le importaba todo lo que le pasaba a sus hermanos. Edie era el pegamento que mantenía unida a la familia, y la persona a la que todos acudían en busca de ayuda.

Rhiannon parecía tener problemas constantemente; y su madre llamaba a diario, en general por cuestiones de trabajo. Pero los pequeños, Grace y los gemelos, Ruud y Dirk, acudían a ella en lugar de a su madre cuando necesitaban consuelo. Edie iba ser una madre excepcional.

Y Nick se encontró de nuevo pensando en la Edie del futuro.

–¿Tienes pensado vivir en la casa de adobe? –preguntó.

Edie, que iba a la cocina a meter una lasaña en el horno, se detuvo y, tras mirarlo con sorpresa, se quedó pensativa.

–No lo había pensado hasta hoy mismo –tras una pausa, asintió–. Creo que sí. No todo el tiempo, claro.

No quiero vivir en la propiedad de Mona, pero ¿no te parece un lugar perfecto para venir de vacaciones con mi familia?

Afortunadamente, no esperó a que Nick contestara, porque este no tenía respuesta.

–Así mis hijos podrán estar con Mona lo justo –sonrió–. Le encantan los niños, pero la rutina diaria no es su estilo.

Pero sí era el de Edie. Y Nick lo comprobó aquella misma semana, con los consecutivos capítulos del drama de Grace, y la llamada de Dirk al final de la semana pidiendo ayuda para poder ver por el ordenador un partido de béisbol desde Bangkok. Entre los dos lo consiguieron, afortunadamente para Nick, justo a tiempo de poder llevarse a Edie a la cama.

–Estás muy ansioso –dijo ella cuando la llevaba en brazos escaleras arriba.

–Así es –dijo él, besándola y quitándole la camiseta en cuanto la posó en el suelo, ya en el dormitorio.

–¿Por qué? –preguntó Edie al tiempo que, igualmente ansiosa, le soltaba el botón de los pantalones.

–Porque no me sacio de ti.

Nick la hizo retroceder hasta la cama. Era verdad.

Cuanto más tiempo pasaba con Edie dentro y fuera de la cama, más tiempo quería pasar. Por eso le obsesionaba aprovechar cada instante antes de acabar la

restauración.

Pero no fue fácil alcanzar su meta, y tuvo que pensar en todas las estrategias posibles para estar en su compañía. Comían, pasaban la tarde en la casa de adobe, cenaban e iban juntos a la cama. Nunca había estado tanto con nadie. Pero en lugar de hartarse, un mediodía que tras recoger la cesta Edie le dijo que lo vería por la noche, le dijo, molesto:

–¿Dónde vas?

Le sorprendió cuánto le importaba que se fuera.

Era la primera vez que trabajaba acompañado, porque no le gustaba que nadie interfiriera en lo que hacía. Ni siquiera Amy le había acompañado mientras construía su casa.

–Le prometí a Ruud que compraría las ruedas del patín y se las mandaría hoy mismo.

Nick la miró sorprendido. Aunque había aprendido a no subestimar los conocimientos de Edie, le pareció increíble que también supiera de patines.

–Tengo instrucciones muy precisas –dijo ella. Y sonriendo, sacó un papel del bolsillo.

Nick lo tomó y lo estudió.

–¿Cómo vas a elegir si te da cuatro opciones distintas?

–Me ha pedido las mejores –Edie suspiró–. Las ha puesto en orden de preferencia. Si no, me ha dicho que le pregunte a alguien que sepa –lo miró expectante–. ¿Tú sabes algo de patines?

Nick sonrió.

–En mis tiempos patiné bastante.

–¿De verdad? –dijo ella, entusiasmada–. ¿Por qué no vienes? Necesito un experto.

Nick no había patinado con un *skateboard* desde hacía años, pero si eso significaba pasar el día con Edie…

–Vale.

Después de comprar y enviar las mejores ruedas del mercado, dieron un paseo y Edie, con ojos brillantes, sugirió que cenaran en el Biltmore.

Se trataba de uno de los lugares más conocidos de Santa Bárbara. Estaba en la playa, y se trataba de un edificio de los años veinte, con un romántico estilo neocolonial español.

–Puede servirte de inspiración –dijo, animándolo.

Lo cierto era que quería ir al Biltmore con él para añadir una nueva página al álbum familiar, y aunque sabía que se arriesgaba demasiado, no había podido evitar hacer la sugerencia. En el Biltmore había celebrado con Ben su compromiso; en él su padre le había pedido matrimonio a Mona, y su abuelo, un hombre acaudalado, había conocido a su abuela cuando esta trabajaba en él de cocinera. Así que pasar días memorables en el Biltmore era una tradición familiar.

Pero no le dijo nada de eso a Nick. Y no tenía la menor intención de declarársele. Ni él tampoco. Pero quizá sí algún día.

Las semanas que habían pasado juntos había robustecido su relación. Las anécdotas de infancia que habían compartido les habían hecho sentir que tenían un pasado similar. Los dos había tenido una historia de amor dramática, valoraban la familia, los amigos, los perros, dar paseos, nadar y hacer el amor. Los habían amado y habían sufrido una pérdida. Edie no pretendía suplantar a Amy en su corazón como sabía que él no ocuparía el lugar de Ben. Había cabida para ambos.

La alocada capacidad de arriesgarse una y otra vez de Mona se lo había demostrado. Ben le había enseñado a confiar y entregarse al amor.

Amaba a Nick. Al volver de Mont Chamion se había dicho que no era posible, y al llegar Nick a Santa Bárbara se había resistido con todas sus fuerzas. Pero ya no quería evitarlo. Amaba a Nick.

Y sugerir ir al Biltmore podía ser una manera de tentar a la suerte, pero correría ese riesgo.

Aparcaron el coche junto a la playa, y como era temprano para cenar, se descalzaron y bajaron a la arena.

Nick le tomó la mano y ella expuso el rostro al sol mientras le acariciaba con el pulgar el dorso. Charlaron, rieron y compartieron historias. También hubo momentos de silencio. Estaban cómodos el uno con el otro.

Y cuando volvieron hacia el Biltmore, se sacudieron la arena, se calzaron y Edie se peinó el cabello.

La comida fue maravillosa: marisco, pasta, ensalada.

El vino que eligió Nick estaba exquisito. Alzó la copa y, mirando apasionadamente a Edie, la chocó contra la de ella diciendo:

–A tu salud, Edie Daley.

Ella respondió:

–A la tuya, Nick Savas –aunque en su corazón dijo «a la nuestra».

Se saltaron el postre porque en casa los esperaba algo mejor.

Hicieron el trayecto casi en silencio, con Nick sujetándole la mano mientras conducía con la otra. Solo se la soltó para salir del coche, y volvió a tomársela al llegar al pie de la escalera. Habían hecho el amor en casa de Mona, en la piscina, incluso en la casa de adobe, sobre una colcha. Pero normalmente iban a la casa de Edie. Y era su lugar preferido.

Aunque no fuera espectacular, era su hogar. Allí estaban sus fotos más queridas con su familia, y los recuerdos que conservaba de Ben.

Roy salió disparado en cuanto los oyó entrar y luego volvió a su plato de comida. Gerald maulló y se frotó contras sus piernas.

–Ya sé que tienes hambre –dijo Edie. Y le sirvió comida en su plato.

Nick la abrazó por la espalda y le besó el cuello, rozándole con las manos los senos.

–Por si no lo has notado, yo también estoy hambriento –susurró, mordisqueándole el hombro.

Edie rio, dejó la comida de Gerald y se sintió elevada y transportada al dormitorio.

Nick la dejó delicadamente sobre la cama, la desnudó y se desnudó a continuación. Luego ella le atrajo hacia sí para sentir el peso de su cuerpo, le rodeó el cuello con los brazos y se abrió a él.

Se amaron con una frenética intensidad, sudorosos, calientes,

conduciéndose mutuamente hacia la cúspide del placer. Pero tras el sexo, ninguno de los dos pudo dormir. Permanecieron abrazados; se adormecieron, despertaron e hicieron de nuevo el amor, antes de dormitar un poco más.

Era de madrugada cuando ella le acarició el rostro, en el que brotaba la barba, mientras él enredaba los dedos en su cabello. Edie le besó el pecho y fue descendiendo por su vientre dejando un rastro de besos.

Nick contuvo la respiración bruscamente.

–Vas a matarme –susurró.

–Tengo hambre –dijo ella. Y lo miró a través de la cortina de su cabello antes de volver a inclinar la cabeza y torturarlo con su lengua y sus labios.

Hasta que Nick tiró de ella, la colocó sobre su sexo y la hizo descender sobre él. Nick se mordió los labios mientras ella cabalgaba sobre él. Estallaron juntos y Edie colapsó sobre él y oyó su corazón latir con fuerza contra su pecho. Él la mantuvo asida con los labios apretados contra su cabeza.

–¡Dios mío, qué me has hecho! –susurró.

Edie lo miró sonriendo, y dejándose llevar por su instinto, decidió entregarle su corazón de la misma manera que acababa de entregarle su cuerpo.

–Te amo, Nick –se incorporó para besarlo–. Te amo –repitió.

Nick se quedó rígido y su mirada, hasta ese momento rebosante de pasión, se quedó en blanco, inescrutable.

Los dedos con los que le había acariciado la espalda y el cabello se quedaron paralizados. Y de sus labios escapó una única palabra:

–No.

Capítulo 9

QUÉ quieres decir? –preguntó ella, consciente del cambio experimentado en Nick.

–No te enamores de mí.

Edie tragó saliva y sonrió, decidida a mantener la complicidad con él.

–Ya es demasiado tarde –fue a apoyar de nuevo la cabeza en su pecho, pero Nick se alejó y, sentándose, empezó a buscar su ropa mientras mascullaba–: Maldita, maldita sea.

La espalda que Edie había acariciado unos segundos antes, era una pared que los separaba.

–Nick –lo llamó.

Él se volvió bruscamente.

–Te dije que lo evitaras.

Era verdad. Pero también lo era que ella tenía otra certeza.

–Te conozco –dijo con voz queda pero firme–. Tú también me amas.

Él clavó la mirada en ella.

–No.

Edie recibió la negación como una bofetada, pero se negó a darse por vencida.

–¿No? Y entonces, ¿qué hacemos aquí? –dijo, haciendo un ademán circular con el brazo.

–Disfrutar el uno del otro –dijo él.

Edie sacudió la cabeza.

–Es más que eso.

Pero Nick se cruzó de brazos.

–Solo ves lo que quieres ver.

Edie pensó que, si se refería a amor, compromiso, honestidad y un futuro en común, tenía razón.

–¿Y qué tiene de malo? –preguntó.

–Que no va a suceder.

–¿Estás diciendo que no te importo? –preguntó ella con cautela.

–Claro que sí –dijo él–. Eres una amiga y una gran mujer.

No eran las palabras que Edie quería oír, y menos en el tono crispado en el que las expresó. Aun así, consiguió forzar una sonrisa.

–¿Y una buen amante? –sugirió con una dulzura que ya no sentía, pues se le había helado el corazón.

Solo había sentido algo parecido al perder a Ben, pero este no había podido hacer nada al respecto, mientras que Nick tomaba la decisión consciente de rechazarla.

Él se volvió, a punto ya de ponerse los pantalones, y sonrió como si esperara que Edie lo invitara a volver a la cama.

–Una fantástica amante –dijo enfáticamente.

Pero Edie también se levantó. Sentía náuseas y frío y se vistió precipitadamente, como si la ropa pudiera darle calor. Aunque supiera que Nick no creía verdaderamente lo que decía, lo importante era que él sí lo creía.

–Lo pondré en mi currículum –dijo, abotonándose la camisa con dedos temblorosos.

–¿Qué significa eso? –preguntó él con ojos entornados.

–Nada –contestó ella mientras buscaba las sandalias debajo de la cama. Vestirse completamente se había convertido en un símbolo, como si con ello se pusiera una armadura.

Acababa de subirse la cremallera del pantalón cuando Nick la tomó por el

brazo.

–Edie –la miró fijamente y ella le sostuvo la mirada–. No hay motivo de que te enfades. Estamos pasándolo bien.

–Eso creía yo –dijo ella con voz quebradiza. No quería manifestar cuánto le habían dolido sus palabras, pero por otro lado, qué importancia tenía si ya le había dicho que lo amaba.

–Sabías que no era lo que yo quería –insistió él.

–¿Y qué pasa con lo que yo quiero?

–Estás cambiando las reglas.

–Las cambiaste tú al venir a por mí.

Nick pareció a punto de negarlo, pero luego apretó los labios en un rictus y dijo:

–Lo había pasado muy bien contigo en Mont Chamion.

–¿Y por eso cruzaste el Atlántico y dejaste la restauración del castillo en Escocia por una casa de adobe de tercera? –preguntó ella con sarcasmo.

–Cuando acabe aquí, iré a Escocia.

–¡Querrás decir cuando acabes conmigo!

Nick apretó los dientes ante la provocación mientras ella rezaba para que la contradijera, pero no lo hizo.

–Así es –dijo entre dientes, rabioso.

Edie se soltó de él.

–No te preocupes. Yo te ahorraré el esfuerzo –calzándose, tomó el móvil de la mesilla y bajó las escaleras enérgicamente.

Nick bajó tras ella y la alcanzó en la puerta.

–¿Qué estás haciendo?

–Marcharme.

–¿Adónde? ¡Vives aquí!

–Pero no quiero quedarme –Edie tomó las llaves y el bolso, y llamó a Roy–: Vamos.

–No digas tonterías –dijo él–. Si alguien ha de irse, soy yo.

–Muy bien. Vete al infierno. Me da lo mismo –mintió ella, sintiendo que las lágrimas le inundaban los ojos.

Abrió la puerta de par en par y bajó la escalinata con Roy pisándole los talones.

Nick la siguió:

–¡Edie! ¡Maldita sea!

Pero ella no se detuvo porque no quería oírle decir que fuera razonable. Nada de lo que había sentido por él desde el instante que lo vio hablando con su hermana en el salón de baile había tenido nada que ver con la razón, sino con el instinto. Y durante el último mes, al saber que había ido allí por propia voluntad y no forzado por su madre, había querido creer que él también sentía algo por ella.

Pero se había equivocado. Y ni quería ni podía quedarse cuando Nick negaba un futuro con ella.

–¡Edie! ¡Por Dios!

Edie subió al coche con Roy y puso en marcha el motor.

–¡No seas idiota! –Nick asió la manija de la puerta, pero ella cerró los seguros y arrancó, negándose a mirar atrás y pestañeando para librarse de las lágrimas.

Se había equivocado al dejarse llevar por la intuición.

Nick la dejó ir. No tenía sentido seguirla en su coche y arriesgarse a que cometiera alguna imprudencia.

Aunque ya lo había hecho al enamorarse de él.

No valía la pena explicarle que pedir demasiado era tentar a la suerte. Ella, que había perdido a su marido, debía de saberlo mejor que nadie.

Así que tendría que resignarse, se dijo, mientras las luces traseras del coche se perdían en la distancia. Aunque no pudo evitar desear que frenara, diera media vuelta y volviera a él para abrazarlo y dejar que la abrazara, para dar gracias a lo que había entre ellos. ¿Por qué no le bastaba?, se preguntó, iracundo, al tiempo que daba un puñetazo a la puerta del garaje.

Edie condujo hasta la playa más próxima a la universidad y fue a dar un paseo. Largo. Necesitaba despejar la mente y recuperar la perspectiva. Era el mismo lugar al que había acudido tras la debacle con Kyle.

Fue allí donde Ben se detuvo mientras practicaba footing y le dijo: «Te conozco». Y lo que siguió le cambió la vida.

Ya no era la joven inocente de entonces, cuyo orgullo había sido herido por Kyle. Con veinticinco años, tenía mucha más experiencia. Sabía lo que era verdad y lo que era un sueño, y estaba convencida de que entre Nick y ella había algo especial, y que él la amaba.

Él era el equivocado, quien no creía ni confiaba. Y ella había fracasado al intentar cambiar eso.

Pero no podía ni quería retirar lo que ya había dicho porque no podía vivir una mentira.

Suspiró y contempló el mar mientras pensaba qué hacer, dónde ir, cómo reconducir su vida.

Un hombre se aproximó corriendo. Tenía un leve parecido a Ben, pero pasó de largo y Edie sonrió con tristeza. No había otro Ben que la rescatara. Aun así había aprendido que la vida podía cambiar en cuestión de segundos. Jamás habría podido predecir que en aquel instante sonaría su teléfono y que, en cuanto contestó, Mona dijo:

–Ruud se ha roto una pierna.

En Bangkok hacía un calor intenso y húmedo, y Edie se sentía agotada y dolorida cuando veinticuatro horas más tarde, Mona se abrazó a ella llena de gratitud.

–¡Gracias a Dios que has venido!

Estaban en el salón de la preciosa casa de Mona y el abrazo entusiasmado de ésta le hizo perder el equilibrio.

Mona la sujetó por los brazos y le miró a la cara.

–¡Tienes una aspecto terrible!

Edie le dio las gracias mentalmente. Al menos «terrible » ya era una mejora respecto a cómo se sentía.

–¿Tan malo ha sido el vuelo? –Mona preguntó mientras la llevaba hasta un sofá y le hacía sentarse.

–No –se limitó a contestar Edie.

–¿Es por Rhiannon? –insistió Mona–. Edie, sé que ha vuelto a pelearse con Andrew, pero tiene que aprender a cuidar de sí misma.

Edie no lo sabía ni en aquel momento hubiera sido capaz de ocuparse de nadie más que de sí misma.

–Tampoco esperaba que lo dejaras todo y vinieras –continuó Mona–, aunque es verdad que Ruud se porta mejor contigo que conmigo y que él, Dick y Grace te han echado mucho de menos –mirándola con expresión inquisitiva, añadió–: Pero pensaba que tenías asuntos más importantes que resolver.

Edie sabía perfectamente a qué se refería y no tenía intención de contestarle.

–Me apetecía venir –dijo con firmeza–. Os echaba de menos. ¿Dónde está Ruud? Estoy deseando verlo.

Y aún más deseosa de evitar el interrogatorio de Mona.

Debió de ser lo bastante convincente porque después de decir al chico de servicio que llevara la maleta a su dormitorio, Mona dijo a Edie que la siguiera.

–No les he dicho que venías. Quería que fuera una sorpresa.

La sorpresa fue tan grande y tan bien recibida como era de esperar. Dick le saltó al cuello y Grace se abrazó a ella diciéndole lo contenta que estaba, mientras el rostro de Ruud se iluminaba. Cuando ella les dijo lo contenta que estaba de verlos, no lo dudaron.

Desde la muerte de Ben habían sido el centro de su vida, y no tenían motivos para pensar que se hubiera producido ningún cambio.

Cuando le anunció a Nick que se marchaba, este se había limitado a encogerse de hombros.

«Haz lo que debas», dijo.

Y ella, reprimiendo el impulso de abofetearlo, se fue. Porque estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para olvidarlo.

¡Olvidarla! Iba a ser imposible si cada vez que cerraba los ojos veía su imagen: Edie en la piscina, en la casa de adobe, en la mesa de la cocina, en Biltmore, en Mont Chamion, bailando descalza. Edie en sus brazos, en su cama. ¡No conseguía borrarla de su mente!

Lo que había entre ellos era excepcional. Nunca había sentido nada igual, ni siquiera por Amy. Nadie le había hecho reír tanto ni lo había conocido tan bien.

Pero había decidido tirarlo todo por la borda, y si eso era lo que quería, él no iba a impedírselo. Si se había recuperado de la muerte de Amy, se recuperaría de la pérdida de Edie. No la necesitaba ni necesitaba el compromiso que ella le pedía. Acabaría la casa porque era su deber y se marcharía. Nunca mezclaba trabajo y placer. Había sido un estúpido infringiendo sus propias normas.

–¿Señorita? Hay un caballero… –Malee, el ama de llaves, asomó la cabeza por la puerta de la habitación que Edie usaba como despacho.

Edie alzó la cabeza, sorprendida.

–¿Un caballero? –Edie sintió que el corazón le daba un vuelco y cerró los ojos esperanzada–. Hágale pasar –dijo. Y se puso en pie para calmarse.

Había pasado una semana y ya se había dado por vencida. Tomó aire mientras Malee acababa de abrir la puerta, se retiraba y dejaba pasar a… Kyle Robbins.

–¡Edie! –la saludó con una luminosa sonrisa.

–Kyle –dijo ella sin ocultar su desilusión.

–También yo me alegro de verte –dijo él son sorna.

–Perdona, pero no te esperaba. ¿Te ha hecho venir Mona?

–Sí, para revisar un guion. Empezamos a trabajar juntos el mes que viene, tú misma arreglaste la cita.

Edie lo recordó en aquel momento. Pero lo había hecho cuando Nick era lo único en lo que pensaba y haberse comunicado con Kyle por correo electrónico le había resultado indiferente.

–Lo había olvidado –dijo, encogiéndose de hombros.

–Lo que dice mucho del lugar que ocupo –dijo él con una mueca.

–Sí –dijo ella con franqueza.

–Lo sé. Me di cuenta demasiado tarde de que había sido un idiota.

–Un idiota infiel –le corrigió Edie.

–Así es… Jake es lo único de mi matrimonio de lo que no me arrepiento –Kyle se volvió hacia la puerta abierta y al otro lado Edie vio a un niño sentado en un sofá: el hijo que Serena había estado esperando cuando Kyle rompió con ella–. De saber que estabas aquí, no…

Edie lo interrumpió.

–Me encantaría conocerlo.

–Es un chico fantástico –dijo él, iluminándosele la mirada–. Quizá tú y yo…

–No –dijo Edie.

Pero era verdad que quería conocer a Jake y presentárselo a los gemelos. Así tendrían compañía y la mantendrían ocupada, que era lo que necesitaba hacer para dejar de pensar en Nick y olvidar cualquier esperanza de que fuera a buscarla.

Tenía que aceptar la verdad. Amaba a Nick Savas y, por más que pensara lo contrario, él ni quería ni podía amarla.

En contra de lo que había creído, Edie no iba a volver.

Después de intentar olvidarla en vano, había intentado convencerse de que se daría cuenta del error que había cometido y volvería. Él entonces sería generoso, sonreiría, la tomaría en brazos y la llevaría a la cama para demostrarle lo que se había estado perdiendo.

Ese pensamiento era lo único que le hacía sonreír.

Pasaba todo el día trabajando en la casa, imaginando cuánto le gustaría a Edie cuando volviera, pero a medida que pasaban los días sus esperanzas se iban diluyendo.

Hasta que una semana más tarde, cuando volvía exhausto a casa de Mona, Roy corrió hacia él, ladrando.

Nick se detuvo y se fijó en que había un coche desconocido en el garaje y que la puerta de la casa estaba abierta.

El corazón le dio un salto de alegría, y se frotó precipitadamente el polvo de la cara al tiempo que corría hacia la casa. Hasta que la aparición de una mujer en la puerta hizo que se detuviera en seco.

–¿Rhiannon?

Efectivamente. Y lo miraba tan desconcertada como él a ella.

–¿Dónde está Edie? –preguntó.

–En Tailandia.

–¿En Tailandia? ¿Por qué? ¿Y tú quién eres? –preguntó ella, desconcertada.

Nick sonrió al ver que no lo reconocía.

–Nick Savas. Nos conocimos en la boda de mi primo. ¿Qué haces aquí?

Ante la sorpresa de Nick, Rhiannon estalló en llanto y, entre sollozos, dijo:

–Necesito a Edie.

Nick tuvo dos impulsos contrarios, acercarse para consolarla y salir huyendo.

–¿Qué te pasa? –dijo, quedándose donde estaba.

–Andrew ha roto nuestro compromiso –dijo entre hipidos–. Y es mi culpa… Pero solo quería ponerlo celoso.

Matt no significa nada… Es solo un amigo.

–Entra –dijo Nick con dulzura–. Llevaré tus maletas y te haré un té.

Rhiannon sonrió con tristeza.

–Vale. Es lo que Edie haría. Te pareces a ella.

Nick pensó que era el mayor cumplido que había recibido en su vida. Tras meter las maletas y poner el agua a hervir, fue a lavarse y a ponerse una camiseta limpia.

Cuando volvió a la cocina, se dio cuenta de que se alegraba de que Rhiannon estuviera allí porque representaba un vínculo con Edie.

Rhiannon se había lavado la cara, pero tenía los ojos rojos e hinchados.

–¿Qué puedo hacer? –preguntó, siguiéndolo a la cocina.

Nick le sirvió un té y se lo pasó.

–Bébetelo.

Rhiannon se lo llevó hasta el sofá y se acurrucó en una esquina.

–Edie sabría qué hacer –susurró. Luego alzó la mirada hacia Nick y repitió–: ¿Qué puedo hacer?

Nick se preguntó qué diría Edie.

–¿Dónde está Andrew? –preguntó.

–Aquí.

Nick miró alrededor, preguntándose si no se había fijado bien.

–¿Qué quieres decir?

–En casa de sus padres, a un kilómetro de aquí –Rhiannon volvió a llorar–. No quiere hablar conmigo.

–¿Lo has intentado?

–No.

–Entonces…

–Me ha dicho que hemos acabado, que va a buscarse otra novia, que me odia.

–No es verdad –dijo Nick con firmeza–. Ve a hablar con él.

–Pero…

–Escucha –Nick se sentó al lado de Rhiannon y le dijo con convicción–: Si Andrew dice que te odia, es porque intenta no amarte pero no lo consigue.

Rhiannon lo miró con ojos muy abiertos y por primera vez esperanzados.

–¿Estás seguro?

¿Lo estaba? ¿Qué sabía él del amor? Mucho, fue la sorprendente respuesta que se dio. Había estado enamorado una vez y volvía a estarlo… de Edie. La admisión lo golpeó como un puñetazo en la boca del estómago.

–¿Y si tiene una novia nueva?

–Si fuera así, ¿qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí de brazos cruzados?

–Yo… –Rhiannon lo miró desvalida.

–Puedes elegir no hacer nada si no te importa, o actuar como si no te importara –dijo Nick. Tras una pausa, añadió–: O puedes arriesgarte.

Arriesgarte. Arriesgarte. Arriesgarte. La palabra se repitió como un eco en su mente.

Rhiannon guardó silencio mirando alternativamente la taza de té y a Nick, hasta que finalmente sostuvo la mirada de este y dijo:

–Voy a arriesgarme.

Sus palabras cayeron como piedras en un lago tranquilo, creando círculos concéntricos que tuvieron en Nick el efecto de un maremoto.

Edie se levantó, dejó la taza, se peinó, se secó las mejillas y dándole un beso en la mejilla, dijo:

–Ojalá tengas razón.

En cuanto salió por la puerta, Nick tomó el teléfono y llamó a la agencia de viajes a la vez que rezaba para, efectivamente, estar en lo cierto.

Capítulo 10

EL PROBLEMA de huir era que algún día había que volver a casa. Edie lo sabía, pero habría dado cualquier cosa por que su huida hubiera tenido mejores resultados.

Pero por más que se había entregado con todo el alma a la vida en Tailandia, al trabajo con Mona, a sus hermanos y hasta a dar paseos con Kyle y Jake… no había logrado olvidar a Nick.

Resignada a no poder seguir adelante si no se enfrentaba a él, decidió volver.

–No tienes que ir a casa –dijo Kyle cuando ella le entregó la tarjeta de embarque para él y Jake, que iban al Caribe antes de empezar a filmar la película. Las guardó en el bolsillo y, sonriendo, añadió–: ¿Por qué no vienes con nosotros?

Edie sacudió la cabeza.

–Gracias, pero no puedo.

–No estás contenta –dijo él. Edie no había conseguido engañar a nadie a pesar de sus esfuerzos por lograrlo–. Yo podría hacerte feliz, Edie. Podría intentarlo.

–Kyle…

–Sé que no confías en mí. Pero recuerda que hubo un tiempo que lo nuestro funcionó. Siempre me he arrepentido de haberlo estropeado.

–Pero no te arrepientes de Jake.

Kyle se volvió hacia su hijo, que jugaba en el jardín con los gemelos y lo observó largamente.

–No, de eso no me arrepiento.

Permanecieron en silencio mientras Edie se preguntaba si estaba cometiendo una estupidez al no aceptar una relativa felicidad porque la oferta no procedía del hombre del que quería recibirla. Pero solo había una respuesta

posible.

–Gracias –dijo, sonriendo–. Siempre seré tu amiga, pero no te amo.

–Me lo tengo merecido –dijo él con tristeza–. Pero si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme –entonces se inclinó, y la besó levemente en los labios.

–¿Qué demonios haces besándolo?

Edie se giró rápidamente. ¿Nick? Sí. Era él, en medio del salón, furioso.

Edie se quedó paralizada mientras su mente trabajaba aceleradamente. ¿Qué hacía allí? Y lo que era más importante, ¿qué más le daba a quién besara?

–Beso a quien me da la gana –dijo, mirándolo con ojos centelleantes–. ¿Qué demonios haces tú aquí?

Nick, con la mandíbula en tensión, dejó caer la bolsa de viaje que llevaba al hombro.

–Tengo que hablar contigo.

–¿De qué? –preguntó ella, negándose a albergar ni la más mínima esperanza.

–No tiene por qué hablar con él –dijo Kyle, interponiéndose entre ambos.

–Te equivocas –dijo Nick.

–¿Quieres hablar con él o que lo eché de aquí? –preguntó Kyle a Edie.

–Inténtalo –dijo Nick, retador.

Kyle dio un paso hacia él. Malee, que había acudido tras Nick, al que no había podido detener, los gemelos y Jake contuvieron el aliento.

–Deja que hable –dijo Edie temblorosa–. ¿Qué es tan importante como para que vengas al otro extremo del mundo?

Nick la miró fijamente.

–Rhiannon te necesitaba y tú no estabas.

La contestación hundió a Edie.

–¿Y para eso has venido?

Nick sacudió la cabeza.

–No, pero me ha ayudado a tomar la decisión.

–No comprendo –dijo Edie, atónita. Había seguido el consejo de su madre y había decidido no intentar resolver los problemas sentimentales de su hermana, pero de pronto temía que le hubiera sucedido algo grave–. ¿Qué le ha pasado?

–Preferiría contártelo en privado.

Edie cortó el impulso de Kyle de intervenir y dijo:

–Está bien. Vayamos a mi despacho.

Lo precedió sin mirarlo hasta que cerró la puerta.

Entonces se volvió hacia él.

–¿Qué pasa con Rhiannon?

–Está muy bien –dijo Nick, sonriendo–. De hecho, se ha casado con Andrew.

Edie tuvo que sentarse porque le temblaban las piernas.

–¿Qué? –preguntó, perpleja.

–A mí también me sorprendió. Apareció hace tres días buscándote –empezó a explicar Nick, mientras Edie lo observaba y apreciaba lo cansado que parecía estar–. Andrew la había dejado y estaba devastada. No hacía más que repetir cuánto lo amaba.

Edie asintió. La descripción le resultaba familiar.

–Quería saber qué hacer –continuó él. Estaba muy alterado, se pasaba las manos por el cabello, se masajeó la nuca–. Pero ¿cómo iba a poder aconsejarle yo?

–Puesto que no te interesan las relaciones, quieres decir –apuntó Edie.

Nick la miró y tensó los hombros.

–Exactamente. Así que pensé qué habrías hecho tú.

–¿Y qué habría hecho? –preguntó ella con curiosidad.

–Hacerle una taza de té –dijo Nick.

Edie sonrió con tristeza a la vez que intentaba librarse del nudo que tenía en la garganta.

–Seguro que fue de gran ayuda.

–Así es –dijo Nick–. Y luego le dije que fuera a verlo, que Andrew todavía la amaba.

–¿De dónde te sacaste eso?

–De que Andrew le había dicho que no pensaba seguir amándola, ¡como si eso pudiera decidirse libremente!

–Creía que para ti era una elección –dijo Edie con un hilo de voz.

–¡Es una estupidez! –Nick la miró fijamente–. No puede impedirse, porque lo decide el destino. Como ha decidido que yo te ame.

Edie pensó que el mundo a su alrededor se detenía, incluido su corazón. Miró a Nick con incredulidad.

–Te amo –repitió Nick con voz ronca.

–¿Eso es lo que has venido a decirme? –preguntó Edie, titubeante.

Nick la miró suplicante y de pronto dijo:

–¿No sabes decir «yo a ti también»?

Y por fin Edie comprendió y se dio cuenta de que lo que el rostro de Nick reflejaba era miedo. Echándose en sus brazos, dijo:

–Yo también te amó –y besó su mejilla áspera por la incipiente barba, y sus cálidos labios.

Nick la abrazó con tanta fuerza que apenas la dejó respirar, pero a ella le dio lo mismo. Los dos miraron a su alrededor al mismo tiempo llevados por el deseo, pero llegaron a la misma conclusión. No era el momento ni el lugar.

–Luego –prometió Edie–. Porque habrá un «luego», ¿verdad?

–¡Por favor, di que sí!

–Lo habrá –dijo Edie, consciente de que él necesitaba oírlo–. Lo habrá. No pasará lo mismo que con Amy.

–Eso no puedes saberlo –dijo él con voz dolida.

–Tienes razón, aunque no sé qué pasó.

–Tuvo un aneurisma. No sabíamos que le pasara nada y dos días antes de la boda… –se le quebró la voz.

Edie lo besó y luego apoyó su mejilla en la de él.

–Lo siento, lo siento mucho.

–Y yo. Fue por mi culpa.

–Los aneurismas no son culpa de nadie.

–No, pero soy culpable de haber retrasado la boda.

A ella la casa le daba lo mismo. No debía haberle hecho esperar.

–Es imposible adivinar el futuro.

–Lo sé, pero no puedo evitar pensarlo –dijo Nick–. Quería morirme y decidí no volver a pasar nunca por lo mismo –miró a Edie con ojos implorantes–. O al menos lo he intentado hasta ahora.

–Me alegro de que no lo hayas conseguido –dijo ella con dulzura.

–Yo también –dijo él, besándole la frente–. ¿Te quieres casar conmigo?

Por más que ansiara oír aquellas palabras, a Edie la tomaron de sorpresa.

–¿Es eso lo que quieres?

Nick esbozó una sonrisa pensativa.

–Sí. Le pregunté a Rhiannon si no iba a luchar por Andrew, si no pensaba arriesgarse. Y me di cuenta de que, si ella tenía el valor, yo también debía tenerlo –besó a Edie en los labios–. Te amo, Edie.

Edie le creyó, confió en él y le entregó su corazón.

–Yo también te amo, y sí, me quiero casar contigo.

El día de la boda, Nick estaba aterrorizado a pesar de que no era supersticioso. Si Amy había sido su primer amor, Edie era su amor para toda la vida, así que estaba seguro de no perderla.

Y mientras esperaba a que bajara la escalera de la casa de su madre para ir al jardín, donde se celebraría la ceremonia, sentía que el corazón le latía desbocadamente y que el cuello de la camisa lo ahogaba.

A su lado, su primo Yiannis, el padrino, murmuró:

–No pensarás desmayarte, ¿verdad?

Nick ni siquiera pudo contestar. Así que esperó.

Hasta que finalmente, Edie apareció en lo alto de la escalera, con el rostro luminoso y con una sonrisa que parecía destinada exclusivamente a él.

–¿Tienes la alianza? –preguntó entre dientes a Yiannis.

Su primo puso cara de susto. A Nick casi se le paró el corazón, hasta que Yiannis dijo, riendo:

–Claro que sí –se dio una palmada en el bolsillo–. Aquí mismo. No vas a librarte de esta.

–Ni quiero –dijo Nick, al mismo tiempo que Edie llegaba al pie de la escalera y le tendía la mano. Tomándosela, le susurró–: Allá vamos.

Y la boda se celebró. Una ceremonia sencilla, con la familia y los amigos más íntimos, seguida de una fiesta en honor de ellos y de Rhiannon y Andrew.

Edie y Nick la abandonaron pronto para ir de viaje de novios.

–¿No vas a decirme dónde vamos? –preguntó ella.

–Pronto lo sabrás.

Estaban en el apartamento, cambiándose, y la música y el murmullo de la fiesta se filtraba por las ventanas.

–Ni siquiera sé qué meter en la maleta –dijo Edie.

–Ya he hecho yo la maleta –dijo él. Y sin reaccionar a la cara de sorpresa de Edie, la tomó de la mano y bajó las escaleras.

Al ver que en lugar de ir hacia el garaje, giraba hacia el bosque, Edie comprendió súbitamente.

–¿Nick?

Sin decir palabra, Nick se limitó a tirar de ella.

Edie no había ido a la casa de adobe desde que volvieran de Tailandia, y cada vez que lo había propuesto, Nick había buscado alguna excusa para impedírselo.

Cuando llegaron, una suave luz iluminaba el porche, en el que había dos butacas de cuero de estilo español.

La casa estaba perfecta, Nick había elegido pintar la fachada del color verde original que contrastaba con la nueva madera, oscura y barnizada, y la luz que iluminaba cada ventana hacía que pareciera una casa de cuento.

–¡Qué preciosidad! –musitó ella–. ¿Vamos a pasar aquí la luna de miel?

–¿Te parece mal?

–¡En absoluto! Es el sitio ideal.

Nick la llevó hasta la puerta principal y le dio un sobre que estaba clavado en ella.

–Es para ti –dijo. Y se lo dio.

Edie lo abrió con dedos temblorosos y empezó a leerlo, primero en voz baja y luego en alto:

—«Mi querida hija» –leyó con la voz quebrada–.

«Cuando tu padre y yo vivimos aquí, esta casa rebosaba amor. Espero que tú y Nick disfrutéis de la misma felicidad. La casa es tuya. Sé que tú y Nick la vais a convertir en un hogar maravilloso. Confío en que los recuerdos que tienes de ella y los que vas a crear, sean tan excepcionales como tú. Te quiero, mamá». Edie hizo ademán de secarse las lágrimas que rodaron por sus mejillas.

–Permíteme –dijo él, inclinándose para besárselas.

–Mamá, mamá –susurró Edie.

Hacía años que no se refería a ella así.

–Exactamente. Y no Mona –dijo Nick.

–Ya verás cómo se pone cuando alguien la llame abuela –dijo Edie, riendo.

Nick rio a su vez.

–Espero que sea lo antes posible. Te amo, Edie –y tomándola en brazos, cruzó con ella el umbral de la puerta hacia la casa del pasado y del futuro–. De hecho, señora Savas, propongo que intentemos que ese «alguien» llegue lo antes posible.

